

La única esperanza

BARBARA HANNAY

La única esperanza

Barbara Hannay

La única esperanza (2011)
Título Original: A miracle for his secret son (2010)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2390
Género: Contemporánea
Protagonistas: Gus Wilder y Freya Jones

Argumento:

¿Podrían formar al final una familia?

Freya y Gus habían pasado un verano maravilloso hasta que Gus se fue en busca de un futuro que no incluía a Freya. Doce años después, Freya tenía que revelarle a Gus dos cosas trascendentales: la primera, que había sido madre de un hijo suyo, Nick; y la segunda… que Nick necesitaba un trasplante de riñón que sólo su padre podía donar. Gus, desconcertado, prometió ayudar a Nick, al tiempo que se daba cuenta de que el vínculo entre Freya y Gus seguía siendo muy fuerte.

Prólogo

Freya sabía que contarle a Gus lo del bebé no iba a ser fácil.

Gus era ambicioso y siempre que habían hablado del futuro le había dicho que no quería niños por lo menos hasta que cumpliera los treinta. De todos modos, ella trató de tranquilizarse, mientras viajaba en tren de Sugar Bay a Brisbane, diciéndose que cuando Gus lo supiera cambiaría de opinión. ¿Cómo no iba a querer a su hijo?

Sentada en el tren, se imaginó el aspecto de Gus. Estaría perdiendo el bronceado del verano, lo cual era de esperar ya que, en aquellos momentos, vivía en la ciudad y acudía a la universidad. Parecía que tenía que estudiar tanto que ni siquiera los fines de semana podía ir a verla a la costa. Al menos su pelo oscuro y suave sería el de siempre. Y sobre todo, sus ojos castaños se iluminarían de forma especial al verla.

Probablemente la llamaría Floss, el apodo que le había puesto a los pocos días de llegar a Sugar Bay. Le dedicaría una de sus maravillosas sonrisas y la abrazaría con tanta fuerza que ella sentiría los latidos de su corazón.

Cuando Gus se hiciera a la idea, pensarían en algo y el futuro de ella dejaría de ser un agujero negro. Tendría a Gus y a su hijo. Todo saldría bien.

Capítulo 1

Un viernes por la tarde, Gus Wilder descolgó el teléfono sin prestarle mucha atención.

—Es una conferencia, jefe —le dijo Charlie, desde el despacho frente al suyo—. Una tal Freya Jones, de Sugar Bay, en Queensland.

De repente, Gus se trasladó mentalmente desde su oficina desmontable, en un lugar perdido del norte a un pueblo de la costa de Queensland. Volvía a tener dieciocho años y miraba los ojos verdes de una chica preciosa que se reía. Hacía doce años que se había marchado de Sugar Bay y llevaba el mismo tiempo sin ver a Freya, pero claro que la recordaba. Perfectamente.

¿No recordaba todo hombre la dulce y frágil magia del primer amor? Había pasado mucho tiempo. Había terminado sus estudios y trabajado en el extranjero y había tenido amores alegres y difíciles. Freya también habría cambiado mucho. Estaría casada con algún tipo afortunado.

No se imaginaba qué querría Freya después de tanto tiempo.

—Jefe, ¿va a responder?

—Sí, claro —Gus tragó saliva para aliviar la inesperada sequedad que sentía en la garganta. Oyó la voz de ella.

—¿Gus?

—Hola, Freya.

—Supongo que te sorprenderá que te llame.

Parecía nerviosa, totalmente diferente de la chica risueña y segura de sí misma que recordaba.

—¿Qué querías, Freya?

—Me temo que es difícil de explicar por teléfono, pero es importante, Gus. ¿Podríamos vernos?

Gus se quedó atónito y tardó demasiado en responder.

—Desde luego, pero tengo mucho trabajo. ¿Cuándo quieres que nos veamos?

—Lo antes posible.

Gus miró por la ventana de su oficina provisional al paisaje salvaje que se extendía durante kilómetros hasta los acantilados rojos del horizonte.

—Sabes que estoy en Arnhem Land, ¿verdad?

—Sí, me han dicho que diriges un proyecto de viviendas para una comunidad de aborígenes.

—Así es. Me resulta casi imposible marcharme de aquí en estos momentos. ¿De qué se trata?

—Podría ir a verte.

Gus se quedó petrificado. ¿Por qué quería Freya ir a verlo hasta allí después de tanto tiempo?

Se la imaginó como la recordaba, con el pelo largo y cuerpo bronceado, generalmente en bikini y con un sarong atado a la cintura. Iba a causar conmoción si llegaba a una obra donde sólo había hombres.

—Sería difícil que vinieras. Esto está en medio de la nada.

—¿No llegan aviones hasta allí?

—No hay vuelos comerciales regulares —Gus se rascó la mandíbula—. Me has dicho que es muy importante lo que tienes que decirme.

—Sí —respondió ella y añadió con una vocecita asustada—: Es cuestión de vida o muerte.

Acordaron verse en Darwin, la capital de la zona, que, en muchos sentidos, era un lugar idílico para reunirse, sobre todo al atardecer de un sábado, al final de un suave invierno.

Freya había llegado demasiado pronto y vio que Gus no estaba en la terraza del hotel, por lo que se sentó en una mesa y se puso a retorcer ansiosamente la correa del bolso. Ese nerviosismo no era propio de ella y lo detestaba. Se vanagloriaba de ser una persona tranquila que hacía yoga y meditación.

Pero su serenidad había desaparecido justo cuando más la necesitaba: el día en que el médico le comunicó el diagnóstico. Desde entonces se había apoderado de ella un miedo horrible y luchaba por no desmoronarse.

Cerró los ojos y se imaginó a su hijo en casa, con Poppy, su madre. Si Nick no había sacado a *Erizo*, su perro, a pasear, estaría tumbado en la alfombra del salón jugando. Poppy estaría haciendo la cena.

Echaba de menos a su hijo. Era la primera vez que se separaban y tenía ganas de llorar.

«Puedes hacerlo y tienes que hacerlo. Por Nick», se dijo. Haría

cualquier cosa por él, incluso decirle a Gus Wilder la verdad después de tanto tiempo.

Localizarlo había sido fácil. Lo peor estaba por llegar. De pronto vio a un hombre que entraba en la terraza. Era Gus. Alto, bronceado, tal vez algo más delgado de lo que recordaba, pero guapo y atlético. El tiempo lo había tratado muy bien.

Mientras avanzaba hacia ella sorteando las mesas, le vinieron a la memoria escenas del pasado: el primer día que Gus llegó a Sugar Bay, con dieciséis años, a estudiar; los dos bailando; los paseos agarrados de la mano a la luz de la luna; su primer beso…

De pronto, Gus se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla.

—Qué alegría verte, Freya.

—Lo mismo digo —de pronto se le llenaron los ojos de lágrimas. Parpadeó con fuerza. No era momento para la nostalgia. Tenía que estar tranquila y centrada—. Gracias por venir.

—¿Cómo estás? —le preguntó mientras se sentaba y le sonreía con cautela—. Tienes un aspecto estupendo.

—Estoy bien, gracias —respondió ella, complacida por el cumplido—. ¿Y tú? ¿Y tú trabajo?

—Muy bien. Supongo que sigues viviendo en Sugar Bay.

—Sí —Frida se humedeció los labios y se preparó para decir lo que debía.

—¿Cómo estás tu madre? —preguntó él.

—Estupendamente, gracias. Sigue viviendo en la misma casa frente a la playa. Sigue tan hippy como siempre.

Él la miró de arriba abajo y ella, a pesar de los nervios que tenía agarrados al estómago, también se permitió hacerlo. Sintió un dolor en el pecho. Había echado mucho de menos a Gus. Llevaba doce años sin verlo. Sabía que había trabajado en África, pero quería saber mucho más.

—Sé que tienes que decirme algo muy importante —afirmó él— pero ¿quieres tomar algo antes? —sin esperar a que respondiera, alzó la mano para llamar al camarero.

Después de pedir las bebidas, se produjo un silencio incómodo y Freya supo que era ella la que debía romperlo. Si no iba al grano rápidamente, le resultaría terriblemente difícil hacerlo.

—Te estoy muy agradecida por haber venido, Gus.

—Dijiste que era cuestión de vida o muerte, pero espero que estuvieras exagerando.

—Por desgracia, no.

—¿Qué pasa, Freya? —preguntó él al tiempo que la tomaba de la mano.

La agarró con tanta suavidad y parecía tan preocupado que Freya cerró los ojos. No había sido capaz de abordar aquel asunto doce años antes y, en aquel momento, le iba a resultar mucho más complicado.

—Antes de que te lo cuente, tengo que preguntarte si estás casado.

Justo en ese momento, el peor de los posibles, volvió el camarero con las bebidas. Ella fue a agarrar el bolso, pero Gus se lo impidió.

—Invito yo.

—Pero te lo debo después de haberte hecho venir hasta aquí.

Sin embargo, él ya le estaba dando el dinero al camarero y Freya no se sentía con fuerzas para discutir.

—Perdona la curiosidad, pero ¿qué tiene que ver que esté casado o no con tu problema? —preguntó él.

Ella se sonrojó.

—Podría… complicarlo todo. Si estuvieras casado, puede que tu esposa no quisiera que me ayudaras.

Freya pensó que lo estaba haciendo muy mal y que Gus parecía perplejo, como cabía esperar. Deseó que hubiera una forma de poder transmitirle la información sin enredarse en explicaciones ni tener que buscar las palabras adecuadas.

Gus lanzó una rápida mirada a la mano izquierda de ella.

—¿Y tú? ¿Estás casada?

—Sigo soltera.

—Me sorprende. Pensé que ya te habrían cazado.

«No les di la oportunidad», pensó ella.

—Me casé hace tres años —afirmó él.

A pesar de que Freya se había armado de valor y había decidido que no le importaría, el caso era que le importaba, y mucho. Gus tendría que hablar del problema con su esposa y no estaba segura de que fuera a ser comprensiva.

Gus tragó saliva.

—Mi esposa murió.

—¡Oh! —susurró Freya. La invadió una mezcla de emociones: compasión, tristeza y envidia de la mujer que se había ganado su corazón—. Lo siento mucho. Gus. ¿Llevabais mucho tiempo, casados?

—Algo más de un año. Nos conocimos trabajando en África. Monique era francesa. Era médico y trabajaba para Médicos sin Fronteras.

«Una mujer inteligente, aventurera y valiente», pensó Freya. La mujer perfecta para Gus.

Se sintió avergonzada al sentir compasión por su desgracia y alivio porque un posible obstáculo hubiera desaparecido.

—Dime de qué se trata todo esto —dijo él con gravedad—. ¿Cuál es el problema?

—En realidad, es mi hijo el que tiene problemas.

—¿Tu hijo?

De pronto, Freya experimentó toda la tensión y la preocupación de las semanas anteriores. Comenzaron a temblarle los labios, pero no podía venirse abajo.

—¿Eres madre soltera?

Ella asintió, sin poder hablar.

—Como tu madre.

Ella volvió a asentir, agradecida de que su tono no fuera condenatorio. Pero Gus no era un esnob como su padre y nunca había despreciado a los hippys de Sugar Bay. Pero era verdad, ella había seguido los pasos de su madre. De hecho, Poppy la había animado a ser madre soltera.

«Criaremos a tu hijo juntas, cariño. Mira cómo te crié yo. Todo saldrá bien. Tú y yo nos parecemos. Estamos destinadas a ser independientes. No necesitas a un hombre».

—¿Sigues en contacto con el padre de tu hijo?

Era demasiado. A Freya se le llenaron los ojos de lágrimas. Había esperado mucho tiempo para decírselo y, para él, iba a suponer un duro golpe. Y no quería hacerle daño, pero no tenía más remedio.

Temiendo ponerse a llorar en público y poner a Gus en una situación embarazosa, le dijo:

—¿Te importaría que fuéramos a otro sitio para hablar? ¿Damos un paseo?

—Desde luego.

Bajaron al paseo que bordeaba el puerto. Freya se protegió de la brisa marina abrazándose mientras Gus caminaba a su lado con las manos en los bolsillos.

—¿Estás bien, Freya?

—Más o menos —inspiró profundamente sabiendo que no podía

posponer la revelación ni un minuto más—. Me has preguntado si seguía en contacto con el padre de mi hijo. No lo he hecho.

Lo miró de reojo y vio el momento exacto en que él se dio cuenta de lo que le quería decir.

Él se paró y la miró. Estaba muy pálido.

—¿Cuántos años tiene el niño?

—Casi once y medio.

—No puede ser —dijo Gus mientras negaba con la cabeza. La fulminó con la mirada. Su expresión de incredulidad rechazaba de entrada lo que ella le iba a decir.

Capítulo 2

Gus trató de respirar, de pensar, de entender… Pero en su fuero interno sabía la verdad que Freya aún no le había revelado.

Tenía un hijo, un niño de once años.

—Gus, lo siento mucho —Freya se plantó frente a él con los ojos llenos de lágrimas.

Él revivió el pasado, el último verano mágico que había pasado en Sugar Bay, tres meses idílicos entre el final de la escuela secundarla y el comienzo de la universidad, en los que Freya y él habían sido inseparables.

Habían pasado doce años y, en cierto modo, le parecía toda una vida. En aquel momento, le pareció una vida en el exilio.

—Dilo, Freya, suéltalo de una vez. Ese niño es mi hijo, ¿verdad?

—Sí —le respondió mirándolo a los ojos—. Eres el padre de Nick, de Nicholas Angus.

Gus sintió un terrible dolor en la garganta seguido de un torrente de emociones: marginación y soledad, frustración e ira. Dio la espalda a Freya tratando de recobrar la compostura. La brisa del mar le golpeó en la cara y él la aspiró con todas sus fuerzas.

Trató de imaginarse a su hijo, a un niño al que no había visto. Carne de su carne y sangre de su sangre. Pero no tenía ni idea de cómo sería.

Sus pensamientos carecían de orden y concierto. Tenía un hijo. Todos los niños necesitaban un padre. ¿Con qué derecho le había ocultado Freya la verdad? Y el niño, ¿sabía algo de él?

Era poco probable.

Se dio la vuelta para enfrentarse a Freya.

—¿Por qué demonios no me lo dijiste? ¿Lo mantuviste en secreto porque no sabías quién era el padre? ¿Es una especie de tradición familiar retorcida?

—Claro que no.

—¿Entonces? ¿Por qué no me dijiste que tenía un hijo?

—Creí… —Freya alzó los brazos y los dejó caer con un gemido de frustración—. Lo intenté, Gus. Traté de decírtelo.

—¿Cuándo? —grito él sin intentar ocultar que no la creía.

—El día que fui a verte a la universidad.

Gus abrió la boca al recordar aquel día y sintió en el estómago una sensación sospechosamente parecida al sentimiento de culpa.

Con los años había borrado de su memoria la repentina aparición de Freya en el campus, pero era innegable que siempre había experimentado una sensación desagradable sobre la última vez que se habían visto.

Vio que Freya cruzaba el césped y se dirigía a las rocas que bordeaban la orilla de la playa. Cuando Gus la alcanzó, había sacado un pañuelo y se sonaba la nariz.

—Tenemos que hablar de esto —afirmó él.

—Desde luego. Para eso he venido —dijo ella con resignación.

Buscaron una roca para sentarse mirando al mar, como en los viejos tiempos.

Freya lanzó un lento suspiro.

A pesar de su ira y frustración, Gus pensó en lo encantadora que estaba sentada en la roca frente al mar.

—¿Recuerdas el día que fui a verte a la universidad? —preguntó ella mirándolo con sus ojos de color aguamarina.

—Claro que sí.

—De verdad que pensaba decirte que estaba embarazada.

—Pero no me dijiste ni una palabra. ¿Por qué?

—Ahora, después de tanto tiempo, me resulta difícil de explicar —contestó ella apartando la mirada—. Era muy joven e inmadura.

El viento le alborotó el pelo y ella agarró un mechón para ponérselo detrás de la oreja. Consternado, Gus se dio cuenta de que estaba observando la delicada forma de su oreja y el agujerito en medio del lóbulo.

—El viaje desde Brisbane —prosiguió ella— fue difícil para mí. Tuve que recorrer una larga distancia en tren y levantarme a las cuatro de la mañana. Y tenía náuseas. Cuando llegué a Brisbane, tuve que tomar un autobús hasta la universidad. Llegué, y la universidad era tan… —agitó las manos mientras buscaba la palabra.

—¿Intimidante?

—Sí. Tan enorme y de aspecto tan serio e importante, con tantos edificios, columnas y patios…

Gus asintió. Le resultó increíblemente fácil imaginarse cómo se habría sentido una chica de un pueblecito de la costa, pero él también era joven por aquel entonces y probablemente poco

sensible.

—Te dije que iba a ir —continuó Freya —y pensé que te saltarías una clase para verme. Pero tuve que esperarte horas y, cuando saliste del aula, estabas rodeado de chicas adorables. Fui una ingenua, supongo, pero me quedé helada al ver lo mucho que habías cambiado en tan poco tiempo, ya que sólo hacía seis semanas que no nos veíamos.

—No podía haber cambiado tanto.

—Créeme, Gus, eras totalmente distinto. No dejabas de hablar de la facultad, de los profesores y de tus planes profesionales. Después de seis semanas en la universidad, ibas a salvar el Tercer Mundo tú solito. Y las chicas eran unas esnobs, con vaqueros de diseño, toneladas de joyas y perfectamente peinadas y maquilladas. Me despreciaron desde el primer momento.

—Seguro que no fue así.

—Me dejaron muy claro que no tenía derecho a estar allí persiguiéndote.

Gus recordó su aspecto aquel día, vestida como una hippy de los setenta. A él le había parecido bien, pues era Freya. Pero se dio cuenta de cómo se habría sentido frente a aquellas chicas de ciudad.

¿Por qué no había sido más perceptivo entonces? ¿Por qué no había protegido a su amiga? No lo entendía.

Sin embargo, a pesar de su falta de sensibilidad, ella debiera haberle dicho que estaba embarazada.

—¿Cómo te quedaste embarazada? Tomamos precauciones.

—Si lo recuerdas, no eras precisamente un experto en cómo usar un preservativo.

Gus, con la cara ardiéndole, miró los últimos rayos del sol en el horizonte.

—Si me lo hubieras dicho, si me hubieras dado una oportunidad, habría aceptado mi responsabilidad.

—Supongo que sí. Pero me habías dicho que no querías hijos en una larga temporada.

—Eso no significaba… —Gus hizo una mueca y negó con la cabeza.

—No quería que me consideraras responsabilidad tuya, sino ser mucho más para ti. Pero, al verte ese día, perdí la seguridad en mí misma. Sabía el coste que te supondría ser padre. Tenías sueños que un bebé hubiera destruido.

—Habría hallado el modo de hacerlos realidad.

—Sé sincero. Eras la joya de la corona de tus padres, que no te habrían perdonado que dejaras los estudios. ¿Y cómo te habrías sentido si hubieras tenido que hacerlo para ganar un sueldo y mantener a una familia?

—No lo sé, no tuve la oportunidad de averiguarlo.

Se produjo un largo silencio hasta que Freya volvió a hablar.

—De acuerdo, creo que ha quedado claro que tomé una decisión equivocada —bajó la cabeza con los ojos llenos de lágrimas—. Lo siento, pero a veces los errores se cometen con la mejor de las intenciones.

Gus suspiró y se preguntó hasta qué punto sus autoritarios padres habían influido en la decisión de Freya. Lo irónico del asunto era que cuando acabó de estudiar no eligió el puesto de alto ejecutivo que su padre tenía pensado para él. Se rebeló silenciosamente y se fue a África, lleno de ideales, a trabajar como voluntario.

Durante los nueve años siguientes se dedicó a ayudar a desconocidos que realmente lo necesitaban. Pero durante todo ese tiempo había habido un hijo suyo que lo necesitaba en Australia.

Lo peor de todo era que Freya hubiera tratado de decírselo. Había acudido a él, pero en lugar de salvarla, le había fallado por completo.

Aquel día, resistiéndose a la tentación de meter a escondidas a Freya en su habitación para darse un revolcón entre las sábanas, la había llevado a cenar a un restaurante de lujo. Pero durante la cena, ella había estado tensa mientras él no dejaba de hablar de la vida universitaria.

Recordó con pesar que se sintió aliviado cuando la llevó al tren de vuelta a Sugar Bay. Sólo descubrió que estaba llorando cuando siguió al tren andando por el andén hasta que se perdió de vista. Entonces se dio cuenta de que la había decepcionado.

La pregunta del millón era si habría introducido a Freya en su vida de haber sabido que esperaba un hijo y si lo habría hecho de buena gana o con resentimiento.

Desde luego que la quería. El verano con ella era su recuerdo más dulce. Pero en aquel primer trimestre en la universidad lo que le había encantado era la idea de que ella lo esperara en Sugar Bay no que se entrometiera en su atareada vida.

—Dejaste de contestar mis cartas —dijo él.

—Decidimos que era mejor empezar de cero.

—¿Decidimos? ¿Quiénes? Supongo que Poppy y tú.

—Fue un gran apoyo para mí.

A Gus no le cupo duda alguna. Poppy tenía que haberse encontrado en su elemento. No era capaz de estar mucho tiempo con el mismo hombre, pero se habría aferrado a su hija y a su futuro nieto. La habría inducido a acabar con él y a criar sola a su hijo.

Al final, su relación con Freya se había ido apagando. Ella no respondía a sus llamadas y él, absorto en su nuevo mundo, la había dejado ir. Ella, su madre y él habían tomado decisiones distintas doce años antes y estaban pagando el precio.

Mejor dicho, Nick, el niño, lo estaba pagando.

Gus miró al cielo que se oscurecía y vio que ya brillaba la primera estrella. De pronto pensó que seguía sin saber por qué Freya lo había llamado con tanta urgencia. ¿No le había dicho que su hijo tenía un problema?

¿Que era cuestión de vida o muerte?

—Hay algo más, ¿verdad? —le preguntó reprimiendo un gemido de miedo—. Aún no me has dicho por qué necesitas que te ayude. ¿Qué pasa?

Freya comenzó a sollozar y se tapó la cara con las manos.

Gus sintió miedo. Durante unos segundos pensó en huir, en negarse a escuchar lo que tenía que decirle. La tensión le resultaba insoportable.

—¿Está… está el niño enfermo?

Freya asintió y él tuvo la sensación de que le atravesaban las entrañas con un cuchillo. El terror le heló la sangre. ¿Se estaba muriendo su hijo? No sabía que se podía querer tan de repente y con tanto dolor a un niño que no conocía.

Freya alzó la cabeza. Ya no había vuelta atrás y le quedaba comunicar a Gus lo peor. No podía fallar a su hijo.

Había pensado muchas veces lo que le diría y cómo hacerlo, y siempre había llegado a la conclusión de que tenía que hablarle con claridad y sin rodeos.

Volvió a pensar en Nick y supo que no tenía elección. Inspiró profundamente y dijo en voz baja pero clara, para que Gus no pudiera malinterpretarla:

—A Nick no le funcionan los riñones y necesita un trasplante.

A pesar de que la oscuridad casi era ya total, Freya se dio cuenta de la reacción de Gus: se había quedado petrificado. Horrorizada,

comenzó a temblar y cerró los ojos, incapaz de contemplar el sufrimiento de Gus.

«Perdóname, Gus. No te habría hecho esto si hubiera habido otro remedio. Pero no tenía elección. Lo siento mucho. Gus», se dijo.

Se produjo un interminable silencio interrumpido solamente por el batir de alas de los murciélagos que buscaban fruta en los jardines de los alrededores.

Gus tardó un tiempo en hablar y, cuando lo hizo, su voz sonó apagada y carente de vida.

—Supongo que estás buscando un donante y que por eso me necesitas.

Freya trató de decir algo, pero sólo le salió un sollozo. Buscó un pañuelo en el bolso.

—Lo siento mucho —farfulló—. Sé que es la peor manera de enterarse —se mordió los labios para ahogar otro sollozo. No sabía lo que sentía Gus, pero era evidente que a cualquiera le partiría el corazón saber que tenía un hijo e inmediatamente después que necesitaban uno de sus riñones para salvarlo.

A pesar del estado de *shock* en que se hallaba y de la ira que sentía. Gus consiguió no demostrarlo al hablar.

—Supongo que tú no eres la donante adecuada.

—Poppy y yo queríamos donar el riñón, pero nuestro tipo de sangre no es compatible con el de Nick. Somos del tipo B y Nick es del tipo O, así que tú debes ser también del mismo tipo. Las personas que tienen sangre del tipo B pueden recibir un riñón de alguien del tipo O, pero quienes son del tipo O sólo pueden recibirlo de un donante del mismo tipo.

Gus se levantó de un salto. Cuando Freya trató de seguirlo, él levantó las manos para que se quedara donde estaba.

—Necesito unos momentos para hacerme a la idea —dijo con frialdad.

—Desde luego.

Comenzó a andar de un lado a otro con las manos en los bolsillos y los dientes apretados. Se detuvo bruscamente y se quedó mirando el mar.

Freya trató de decir algo pero no sabía qué. Sólo podía rogar que, en el torbellino de emociones que él estaba experimentando, decidiera ayudar a Nick.

Gus se dio la vuelta. Estaba pálido, tenía la mirada extraviada y

los puños apretados.

—¿Estás bien, Gus?

Por Dios, ¿cómo le hacía una pregunta tan estúpida?

La fría risa de él le hizo burla.

—¿Bromeas? —se acercó a ella con expresión amenazadora—. Claro que no estoy bien. Estoy enfadado, muy enfadado contigo, Freya. Y con Poppy. Y con el universo que consiente que esto le pase a mi hijo. O al hijo de cualquiera.

Freya nunca lo había visto así.

—No me extraña que estés enfadado.

—Por Dios, ¡si esto no hubiera sucedido no me habrías hablado del niño! Sólo te has puesto en contacto conmigo como último recurso.

¿Qué podía decirle Freya? Era la verdad. Las cosas podrían haber sido distintas si Gus no hubiera estado en África nueve años o si el padre de ella no hubiera aparecido de repente para demostrarle que los reencuentros familiares podían ser desastrosos.

—¡Maldita sea, Freya! Si Poppy o tú hubierais podido ayudar a Nick. me habría pasado la vida sin saber que existía.

Ella negó con la cabeza, pero él se había dado la vuelta otra vez. Se sentía profundamente herido.

Freya deseó no haberle tenido que hacer aquello, haber tomado decisiones más acertadas en su momento. Pero, aunque hubiera sido más valiente, aunque todo hubiera salido bien de milagro y Gus y ella se hubieran casado y hubieran criado a Nick como en un cuento de hadas, eso no habría evitado la enfermedad de su hijo.

Gus hubiera tenido que enfrentarse a la misma situación, pero, desde luego, tenía toda la razón al enfadarse. Freya creyó que iba a empezar a tirar piedras al agua.

Observarlo la llenaba de pena. Volvió a buscar un pañuelo. Llevaba semanas soportando la tensión y estaba a punto de venirse abajo. Y seguía sin saber sin Gus la ayudaría.

¿Le estaba pidiendo demasiado?

Recordó cómo se había sentido dos meses antes cuando el médico le dio la mala noticia. Llena de dolor y desesperada, se puso a pasear por la playa sin poder parar y fue pasando de una bahía a la siguiente.

Había vuelto quemada por el sol y exhausta, pero, a pesar de ello, fue incapaz de conciliar el sueño aquella noche. En realidad, no había vuelto a dormir bien desde entonces, pues tenía pesadillas

en las que perdía a Nick o soñaba que se curaba, para volver a la cruda realidad al despertarse. Desde entonces, el miedo la había acompañado en todo momento.

Gus se volvió de nuevo hacia ella con expresión grave pero resuelta. Freya se preguntó si habría tomado una decisión y sintió un escalofrío. Se puso en pie con dificultad y, para su sorpresa, él extendió la mano para ayudarla a bajar de la roca.

Ella contuvo la respiración.

—Tranquilízate, Freya. Estoy más que dispuesto a ayudar a Nick, si puedo.

Ella experimentó una inconmensurable sensación de alivio.

Supo que en un futuro inmediato estaría bailando de alegría y gratitud, pero en aquel momento sólo atinó a decir:

—Gracias.

—Estás temblando.

Seguía agarrándole la mano y, por unos instantes, ella creyó que la iba a abrazar. Y cuánto le habría gustado estar entre los brazos protectores de Gus mientras le susurraba su agradecimiento.

Pero estaba claro que Gus no tenía intención de abrazarla. Era un privilegio al que ella había renunciado hacía tiempo.

—Tienes la mano helada —observó él y le frotó los dedos con las manos—. Llevas ropa de verano.

—Creía que en Darwin no hacía frío.

Gus le soltó la mano y echaron a andar de vuelta al hotel.

—Creo que debes decirme lo que sabes de la enfermedad de Nick —dijo Gus—. Quiero hacerme una idea.

—Comenzó con problemas de estómago. Tenía mucha fiebre y vomitaba. Me di cuenta de que se estaba deshidratando, así que lo llevé al médico de cabecera que, al verlo, lo envió inmediatamente al hospital. Pareció que se había recuperado, pero le hicieron análisis de sangre y fue entonces cuando se comprobó que había otros problemas. Fuimos a Brisbane a ver a un especialista, que descubrió que Nick tenía glomeruloesclerosis global.

—¡Qué trabalenguas!

—Sí, pero a mí me resulta fácil por haberlo dicho muchas veces. Nick la llama «calentamiento global».

Gus sonrió con tristeza.

—Hay que tener valor para bromear sobre algo que te amenaza personalmente.

—Está siendo muy valiente —Freya se tragó las lágrimas—. Para

mí ha sido terrible. Tenía mucho miedo. Me ponía a llorar en cualquier momento, fuera de día o de noche. Pero al ver lo fuerte que era Nick, me di cuenta de que también tenía que serlo yo, por él. En esencia, la enfermedad implica que los riñones de Nick dejarán de funcionarle. Lleva medicándose dos meses y parece que le hace efecto. Se encuentra bien, pero, por desgracia, la medicación sólo servirá durante un plazo limitado. Por eso necesita un trasplante.

—Pobre chico. ¿Entiende lo que le pasa?

Freya asintió y, a pesar de la tensión, consiguió sonreír.

—Aparentemente no está preocupado. Se siente bien y no necesita diálisis, lo cual es una enorme ventaja. Los medicamentos le permiten hacer su vida habitual. Puede nadar, hacer deporte o salir a correr con el perro.

—¿Tiene un perro?

—Sí, uno feísimo, mezcla de terrier y quién sabe qué, que conseguimos a través de una sociedad protectora de animales. Nick lo adora. Se llama *Erizo* y están juntos siempre que Nick no está en la escuela.

Freya se dio cuenta de que Gus tenía los ojos empañados y estuvo segura de que se imaginaba a su hijo y al perro corriendo por la playa de Sugar Bay. Gus parpadeó inmediatamente y volvió a adoptar una expresión sobria.

—Entonces, ¿comprende que necesita un trasplante?

—Sí, pero no lo piensa demasiado.

—Supongo que son las ventajas de ser tan joven —Gus suspiró.

—Le he prometido que conseguiría un donante.

—¿Lo has intentado?

—Estamos en lista de espera, pero el médico me dijo que tú eras la mejor alternativa.

—¿Y con respecto al tiempo?

—Cuanto antes se le haga el trasplante, mejor.

—Entonces, esperemos que pueda ayudarlo.

—Sería… —a Freya le temblaron los labios. Quería expresarle su agradecimiento ante lo que le ofrecía: someterse a una operación y donar un órgano vital. Pero su instinto le dijo que a él no le gustaría que fuera efusiva. Seguía enfadado. De todos modos, tenía que decirle algo—. Siento mucho haberte metido en esto. Sé que es un imposición terrible y…

Él levanto la mano para que se callara.

—No es una imposición —su voz seguía trasluciendo la ira que sentía—. Soy su padre.

Freya asintió. Gus había reaccionado como esperaba. Estaba dispuesto a ayudar a su hijo y eso era lo fundamental. No podía esperar que, además, la perdonara por haberle ocultado la existencia de Nick.

—Quién sabe —prosiguió Gus—. Tal vez hoy sea el día de suerte de Nick. Pero no se trata sólo de que la sangre sea del mismo tipo, ¿verdad?

—Es el requisito principal, pero hay que hacer otras pruebas, que no sé exactamente cuáles son, porque yo no pasé del primer estadio —en ese momento se dio cuenta de que estaba tan preocupada por Nick que no había planeado nada para aquel encuentro salvo pedir ayuda a Gus. Se preguntó si debería pedirle que cenaran juntos—. ¿Estás alojado en el hotel?

—Sí.

—¿Tienes planes para esta noche? —preguntó al tiempo que se ponía colorada.

—Nada especial.

—No estoy segura de si querrías cenar.

Gus pareció sorprendido y dijo en tono seco:

—Tengo que comer algo, desde luego.

¿No la había entendido? Freya estaba confusa, pero su deuda hacia él era enorme. Se pasó la lengua por los labios resecos y volvió a intentarlo.

—Deja que te invite a cenar, por favor. Es lo menos que puedo hacer —le encantaría cenar con él. Tenían muchas cosas que decirse y probablemente podrían iniciar un acercamiento.

—Gracias, pero esta noche no —y se sacó del bolsillo la llave de su habitación—. Estoy en la seiscientos siete. Si quieres, llámame por la mañana para decirme cómo ponerme en contacto con el médico.

—Sí, desde luego.

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches, Gus —respondió ella tratando de no mostrar su decepción.

Y así terminó el encuentro. Sin besos en las mejillas ni un triste apretón de manos. Era evidente que esa noche no se iba a producir acercamiento alguno. Tal vez no se produjera nunca.

Capítulo 3

Gus se tomó un *whisky* del minibar y pidió que le subieran la cena, que se tomó mientras veía un partido de *rugby* en la televisión.

Sin embargo, estaba demasiado inquieto para prestar atención. A lo más que podía aspirar era a que las acciones de los jugadores y la voz del comentarista consiguieran distraerlo de sus pensamientos.

No tuvo suerte.

Apagó la televisión y salió al balcón a mirar el agua oscura y brillante.

Inspiró profundamente al tiempo que se decía que tenía que superar la ira, ya que su enfado no iba a ayudar a Nick. Para ello tendría que donarle un riñón, aunque todavía no era seguro que pudiera hacerlo. El niño podía morir.

Desesperado, se concentró en pensar que podía ayudarlo porque estaba sano y tenía el mismo tipo de sangre. Y por lo que sabía, ese tipo de trasplantes solían tener éxito.

Deseaba también superar el dolor que sentía al recordar que Nick existía desde hacía más de once años.

Le parecía haber estado viviendo una mentira. Se había casado con otra mujer y había pasado esos años trabajando en África para ofrecer a la gente una vida mejor. Y mientras tanto, en Australia tenía un hijo por el que no había hecho nada.

Era evidente que el hijo era suyo, pero le resultaba muy difícil aceptar que Freya hubiera optado por no decírselo y aún más las razones de ella para no hacerlo: que creyó que no se merecía a Gus y que iba a ser una carga para él.

Mirándolo desde otro punto de vista, él había sido juzgado indigno de un papel que la mayoría de los hombres consideraban un derecho.

Pensó en Monique, su esposa, y en lo que hubiera opinado de todo aquello. En realidad, sabía perfectamente cómo habría reaccionado. Como médico con una gran conciencia social, habría esperado que donara el riñón sin dudarlo. Habría apoyado el trasplante. Era una mujer pragmática y no se hubiera inmutado ante

un hijo ilegítimo de una antigua novia. Ante las relaciones, adoptaba una actitud realista y carente de romanticismo.

Él había creído que Monique y Freya eran polos opuestos: una científica práctica la primera y una artista soñadora la segunda. Pero después de aquella noche, ya no estaba tan seguro. La romántica Freya había tomado una decisión muy difícil doce años antes.

Suspiró mientras miraba las rocas en que habían estado sentados.

Freya, la sirena.

Siempre había habido un elemento de encantamiento en su atracción hacia ella y parecía que todavía tenía la capacidad de hechizarlo. Aquella noche, mientras la escuchaba, había estado a punto de sucumbir otra vez, encantado ante detalles visuales que había olvidado. Tenía una belleza natural que ningún tipo de maquillaje podía lograr. No había mechas en su pelo largo y sedoso y llevaba ropa muy sencilla: un vestido sin mangas cuyo color hacía juego con sus ojos azules verdosos.

Su único adorno era una pulsera de cuentas de cristal que llevaba en el tobillo. Recordó que cuando era joven siempre llevaba cadenitas en los tobillos y esa noche, a pesar de su sorpresa y enfado, le había parecido algo muy atractivo. Se había sentido atraído hacia ella como cuando tenía dieciocho años, y había estado a punto de perdonarle que no le hubiera hablado de Nick.

Después, ella le había lanzado la bomba de la enfermedad del niño y él se había dado cuenta de que aquel encuentro no era una acción voluntaria para reunir a un padre con su hijo, sino la búsqueda desesperada de un donante.

Y la furia había crecido en su interior de tal manera que dudaba que pudiera perdonar a Freya.

¿Debía intentarlo?

¿No era pedir demasiado?

Se sentía insoportablemente solo. Y furioso.

Pero con la furia se mezclaba la culpa.

¿Cómo no se había dado cuenta, el día en que Freya fue a verlo, de lo insegura que parecía? Y al dejar ella de contestar a sus cartas, ¿por qué no había vuelto a Sugar Bay a exigir una explicación?

Había hecho caso de sus compañeros, que defendían la filosofía de que había mucho más donde elegir, y había dejado que su relación se apagara.

Pero era demasiado tarde para lamentarse y buscar culpables. Lo único que importaba era su hijo. La ira que sentía no debía perjudicar a Nick. Recordaba lo que suponía tener once años: las frustraciones, las esperanzas, la energía… Y él no había tenido que hacer frente a una enfermedad renal.

Al pensarlo, volvió a sentirse desesperado. Si era un donante compatible y todo salía bien, Freya, su hijo y él se verían atrapados en un torbellino de emociones.

Así que lo lógico era planear, desde el primer momento, cómo iba a enfrentarse a los obstáculos.

Mientras observaba la luna, tomó la decisión de hacer lo que estuviera en su mano para ayudar a su hijo manteniendo al mismo tiempo una clara distancia emocional con respecto a la madre. Reconocía que Freya siempre lo atraería, pero, aunque estar con ella fuera una dulce tortura, no debía volver a caer en la tentación.

Lo último que necesitaba su hijo era que sus padres trataran de recuperar su juventud.

Él siempre reconocía sus errores, pero se enorgullecía de no tropezar dos veces con la misma piedra.

***

Normalmente a Freya no le importaba cenar sola.

Aunque había tenido varios medio novios, estaba acostumbrada a aparecer en público sin acompañante.

Sin embargo, por ridículo que fuera, le parecía que todos los comensales la miraban como si supieran que había invitado a un hombre a cenar y que éste había rechazado la invitación.

Para ser sincera, no sabía si se sentía aliviada o decepcionada por su rechazo.

Sabía que debería experimentar alivio, Gus iba a cooperar, pero iba a guardar las distancias con respecto a ella, lo que les ahorraría complicaciones innecesarias. Era lo máximo que se podía pedir.

Lo lamentable era que volver a ver a Gus hubiera revivido en ella todo tipo de deseos y añoranzas, que no dejara de recordar la calidez de sus manos, la profundidad de su voz y la forma exacta de su boca. Lo peor de todo era que, después de todos aquellos años, no hubiera olvidado el fabuloso sentimiento de los labios de él sobre los suyos.

Era estúpida por pensar en ello. Sería una locura volver a

enamorarse de él. Había aprendido que ella no era su tipo, lo cual había sido un doloroso descubrimiento cuando fue a verlo a la universidad. Y se lo acababa de confirmar cuando él le había dicho que la mujer a la que había amado era médico, y no un médico cualquiera, sino una mujer valiente y generosa que trabajaba en Médicos sin Fronteras. Ella sabía que nunca estaría a su altura.

Después de decirle a la camarera lo que iba a tomar, mandó un SMS a Nick para comunicarle que volvería la noche siguiente. Le había contado que iba a Darwin a ver a un posible donante y no sabía cómo iba a dar el siguiente paso: hablarle de Gus.

Deseaba que hubiera un modo de decírselo sin que el niño se emocionara ni se despertaran en él falsas esperanzas. Sabía por experiencia que conocer al padre de uno podría ser peligroso.

A la mañana siguiente, Freya llamó por teléfono a Gus.

—Tengo los números de teléfono y la dirección del médico —le dijo en tono serio y eficiente.

—Gracias —contestó él en el mismo tono—. ¿Nos vemos en la cafetería del hotel?

—Dentro de cinco minutos.

Freya había ordenado la habitación por si él decidía pasarse, pero la cafetería era una alternativa razonable, un terreno neutral.

Sabía que no debía haberse mirado en el espejo para ver qué aspecto tenía, porque daba igual, pero, de todas maneras, lo hizo y se maquilló y volvió a peinar.

Al ver a Gus, observó que también tenía ojeras, lo cual hizo que se sintiera culpable. Era evidente que había dormido tan poco y tan mal como ella.

Él no perdió el tiempo en cortesías, sino que fue directo al grano después de que hubieran pedido café.

—¿Has traído lo que necesito para ponerme en contacto con el médico?

Ella le dio un folio donde, la noche anterior, había hecho una lista con todo lo que necesitaba. Él la leyó sin hacer comentarios y la metió en la cartera.

—Tu escritura sigue siendo igual, con tantas florituras como siempre —dijo él con cierta calidez en la mirada.

Ella, sorprendida, se arriesgó a sonreír.

—Soy artista. ¿Qué te esperabas?

—¿Así que sigues dedicada al arte? A menudo me he preguntado si habrías estudiado pintura, como planeabas.

Freya sintió que él corazón se le aceleraba al oír «a menudo», pero trató de no hacerle caso.

—He estudiado poco a poco: algún curso, clases nocturnas…

—Tiene que haber sido difícil con un bebé.

—Me las he arreglado. Sigo pintando.

Llegaron los cafés y Gus, mientras agarraba la taza, preguntó con total tranquilidad:

—¿Tiene Nick aptitudes para la pintura?

—No —respondió ella con una sonrisa nerviosa—. Le gustan los deportes y es muy inteligente. Se le dan muy bien las matemáticas, las ciencias y el *rugby*. Como a ti —añadió sonrojándose.

Lo miró a los ojos y deseó no haberlo hecho al contemplar el dolor de su expresión. La noche anterior, mientras daba vueltas en la cama, se había convencido de que podrían resolver aquella situación sin implicarse emocionalmente. Se había engañado: una simple pregunta de Gus había bastado para que se le llenaran los ojos de lágrimas. Y sospechaba que él también estaba alterado.

Las heridas de Freya tenían doce años y ella creía que habían cicatrizado, pero al hurgar mínimamente en ellas, se dio cuenta de que seguían tiernas. Las de Gus. en cambio, eran recientes, estaban en carne viva y eran dolorosas.

—Con respecto a las pruebas médicas —dijo ella rápidamente para llevar la conversación a un terreno más práctico y seguro— estoy segura de que podrás hacértelas aquí, en Darwin, y que el hospital te enviará los resultados. De ese modo no tendrás que interrumpir en exceso tu trabajo.

Gus agitó la mano como si no le importara.

—¿Qué le has dicho a Nick sobre… sobre su padre?

—Que era alguien a quien conocí de joven.

—¿Sabe mi nombre?

—Le dije que eras una buena persona —respondió ella negando con la cabeza— y que pasabas mucho tiempo en otro continente. Una vez, hace mucho tiempo, me preguntó si te conocería y le contesté que lo mejor era esperar a que creciera.

—¡Por Dios, Freya! ¿Por qué?

Ella, incapaz de sostenerle la mirada, apartó los ojos.

—Sabía que estabas en África y que no podía ir a verte allí. Era demasiado complicado. Supongo que estaba esperando el momento

adecuado. Pero, después, tuve la experiencia de conocer a mi padre, y fue desastrosa.

—¿Qué paso?

—Dejémoslo en que sufrí una amarga decepción y que fue muy desagradable para todos.

—De acuerdo. Entonces supongo que Nick no sabe que estás conmigo. ¿Tienes una foto de él? —le preguntó al ver que ella negaba con la cabeza—. Me gustaría ver cómo es.

Freya se sintió abochornada. ¡Por Dios! ¿Cómo no se le había ocurrido llevar una foto?

Apenas se separaba de Nick. El colegio estaba a la vuelta de la esquina de la galería de arte y ella casi nunca se marchaba de Sugar Bay, por lo que no sentía la necesidad de llevar consigo una foto de su hijo. Y antes del viaje a Darwin en lo único que habían pensado era en salvarle la vida.

Gus observó su incomodidad sin compadecerla.

—¿No tienes una foto?

—No, lo siento. Pero la tendrás. En cuanto vuelva, escanearé el álbum entero y te lo enviaré por correo electrónico.

—¿Cuándo vuelves?

—Esta tarde.

Gus dejó la taza con cuidado en el platillo, apretó los labios y se inclinó hacia delante con los brazos cruzados y los codos apoyados en la mesa, lo que a ella le pareció algo amenazador.

—Quiero ir contigo. Supongo que entenderás que quiera conocer a mi hijo.

—¿Quieres decir que te gustaría volar a Sugar Bay hoy?

—Sí. ¿Por qué no?

«No estamos preparados, no estoy preparada», pensó Freya.

—Creía que estabas metido en un proyecto de construcción muy importante.

—Así es, pero he llamado y, puesto que hay otro ingeniero supervisando la construcción de los cimientos, no les importa que me ausente por un tiempo limitado.

Desde un principio, Freya sabía que Gus querría conocer a Nick y que su encuentro sería emotivo y maravilloso, aunque terriblemente complicado. Pero no se le había ocurrido que Gus quisiera volver a Sugar Bay con ella. Necesitaba tiempo para preparar a Nick.

Recordó el breve encuentro que había tenido con su propio

padre. Sean Hickey, cuatro años antes. Y no había merecido la pena. A los siete años, Nick había aprendido que un encuentro supuestamente feliz podía acabar siendo un desastre.

Aunque el caso de Gus fuera sin duda distinto, ¿tenía que ser tan pronto?

—Probablemente no habrá plazas —apuntó Freya como último recurso.

—Hay plazas —dijo él con una leve sonrisa.

—¿Lo has comprobado?

—Mi teléfono móvil está conectado a internet —respondió él sacándose del bolsillo un moderno aparato.

En pocas palabras, Gus se le había adelantado.

—Bueno… es estupendo —Freya trató de parecer entusiasmada, lo cual le resultó muy difícil. En otra época había soñado con la posibilidad de que Gus volviera a Sugar Bay. El único problema era que, en sus fantasías, él lo hacía tanto por Nick como por ella. Volvía a enamorarse de ella, adoraba a Nick. se casaban en seguida y formaban una familia perfecta.

Aquel sueño le parecía lamentable en ese momento. Por fortuna, había recuperado la cordura.

—No te opondrás a que vea a mi hijo, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Pero pareces preocupada. ¿Qué problema hay?

—Ninguno si tenemos cuidado.

—Quiero ayudar a Nick del modo que pueda. Freya. Te prometo que no actuaré con precipitación y sin pensarlo.

Eso por descontado. Ya se aseguraría ella de que así fuera.

Capítulo 4

A media tarde aterrizaron en Durranvale, a corta distancia de Sugar Bay. Tras ir por el coche de Freya al aparcamiento del aeropuerto, tomaron la carretera de la costa.

Todo estaba como Gus lo recordaba: el paisaje suave y ondulado, la tierra roja, el mar interminable… Lo invadió la nostalgia.

Recordó la primera vez que había hecho aquel viaje, a los dieciséis años, sentado junto a su hermana en la camioneta de sus padres. Su hermana y él estaban furiosos por tener que irse a vivir a Sugar Bay y dejar la ciudad y a sus amigos.

Estuvieron enfurruñados y peleándose todo el viaje desde Brisbane hasta que apareció la bahía ante ellos en toda su hermosura.

Al recordar la primera vez que vio el pueblo que iba a ser su hogar durante dos años mágicos. Gus se emocionó y casi sintió la arena bajo sus pies y el sol en los hombros desnudos.

Y, por primera vez en mucho tiempo, recordó la emoción que experimentaba al subirse en una tabla de surf y cabalgar sobre las olas.

Aquel lugar le encantaba. ¿Por qué había tardado tanto en volver?

—Seguro que a Nick le encanta vivir aquí —dijo volviéndose hacia Freya.

—No te quepa ninguna duda.

No habían hablado mucho en el avión, pero Freya le había dicho que Nick estaba en casa de Poppy en aquel momento, pero que ella y su hijo vivían en un piso encima de su galería de arte. Habían acordado que él se alojaría en un hotel.

—Supongo que habrás avisado a Poppy de que venía.

—Pues no, aún no se lo he dicho.

—¿Por qué? ¿Todavía tiene problemas conmigo?

—No, pero sé que no se hubiera podido contener y se lo habría dicho a Nick, lo cual lo hubiera puesto frenético.

Gus pensó que era comprensible, teniendo en cuenta lo nervioso

que se había puesto él al saber que tenía un hijo.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? ¿Voy directamente al hotel y espero a que me llames?

—Nick juega al *rugby* esta tarde y creo que es una buena idea que vayas al partido. El ambiente será mucho más relajado.

La sorpresa dejó momentáneamente sin habla a Gus. Llevaba todo el día imaginándose el encuentro con su hijo en una casa, con Poppy y Freya angustiadas. Un partido de *rugby* era lo último que se esperaba, pero era una idea atractiva.

—Buena idea. ¿Qué clase de partido juega?

—Uno de la liga de *rugby*.

Gus tragó saliva con dificultad. Había habido una época en su vida en que vivía para jugar en la liga de *rugby*. Le gustaba tanto como hacer surf.

—¿Cómo juega al *rugby* estando enfermo? Es un deporte muy duro.

—Lo sé. Creí que los médicos se lo prohibirían, pero dijeron que podía seguir jugando mientras la medicación surtiera efecto. Pero, como te he dicho, lo hará durante un tiempo limitado.

—Entonces, ¿cuándo le vas a decir quién soy y qué hago aquí?

—No creo que debamos hablar de eso en el partido. Iremos a mi casa.

Contra toda lógica, Gus se sintió excluido. Freya y Nick tenían un hogar donde llevaban todos aquellos años viviendo. Sin él.

En ese momento la bahía apareció ante sus ojos y le pareció incluso más hermosa de lo que recordaba.

Freya paró el coche para que gozara de la vista.

—Vaya. No ha cambiado.

—No mucho.

—Me preocupaba que la playa estuviera llena de turistas o que la hubieran destrozado con construcciones.

—Hay muchas más casas y edificios —dijo ella señalándoselos —. Pero el Ayuntamiento ha sido muy estricto y no ha permitido que se construyeran edificios de más de seis plantas.

—Bien hecho.

La cabeza se le llenó de imágenes desconectadas entre sí de sus dos años en el pueblo y sintió que se le desgarraba el corazón.

Freya arrancó y, al bajar la colina, él vio la casa en la que habían vivido. Al llegar a las afueras del pueblo, observó las de muchos de sus amigos y, después, el instituto, al que le habían

añadido un impresionante gimnasio de ladrillo.

Ninguno de los dos habló. Gus sintió la boca seca al divisar entre los árboles el campo de *rugby*, los palos de la portería, los chicos con camisetas de colores y los coches aparcados de los familiares y amigos de los jugadores.

Durante dos años felices, aquél había sido su mundo.

Y se había convertido en el de su hijo. La vista se le volvió borrosa a causa de las lágrimas.

Freya paró el coche.

—¿Cómo estás? —preguntó él.

—Un poco nerviosa.

Gus asintió. Se sentía igual. Era un momento importante, casi tanto como casarse o presenciar un nacimiento. Con un retraso de doce años, estaba a punto de ser padre.

La multitud rugió cuando se bajaron del coche.

—Parece que el equipo contrario ha marcado.

—¿Qué equipo es?

—Durranvale. Siempre nos gana.

—Entonces, nada ha cambiado —Gus le dirigió una leve sonrisa a la que ella respondió del mismo modo.

La sonrisa transformó el rostro de Freya. A pesar de las gafas, volvió a ser la chica risueña del pasado y a Gus se le aceleró el corazón.

Le pasó el brazo por los hombros impulsado por el deseo de besar su boca sonriente.

Justo a tiempo recordó que ella había decidido expulsarlo de su vida y de la de su hijo y reprimió su deseo. De todos modos, a Freya no le hubiera hecho gracia. Incluso le molestó que la rodeara con el brazo. Le temblaron los labios, la sonrisa se le evaporó y se apartó dejándolo con el brazo colgando.

«¡Qué estupidez!», pensó Gus. Se metió las manos en los bolsillos. Estaba allí para conocer a Nick, para salvarlo. Flirtear con su madre era inadmisible. Ninguno de los dos quería desenterrar emociones pasadas, y se prometió que no volvería a meter la pata.

Freya ya había llegado a la zona que rodeaba el campo y algunos de los espectadores se volvieron para saludarla. Cuando Gus la alcanzó, lo miraron con curiosidad, pero él no les hizo caso. Inmediatamente se fijó en el equipo de niños con la camiseta azul y dorada del Sugar Bay.

Su hijo era uno de ellos.

—¿Dónde está Nick? —le murmuró a Freya—. ¿Está en el campo?

—Seguro que lo reconoces.

Gus sintió pánico. ¿Tenía que reconocer a su hijo de forma instantánea? ¿Era una especie de examen?

Había trece chicos. No tenía ni idea de si Nick era rublo o moreno, alto o corpulento, si se parecía a la familia Wilder o a los Jones.

¿Debería buscar al niño más frágil de todos? ¿O era su hijo un chico regordete, que jadeaba con las mejillas encarnadas y evitaba la pelota?

Observó que todos los chicos estaban sanos, contentos y rebosantes de energía. Era difícil creer que uno de ellos estuviera gravemente enfermo.

De repente, el chico que llevaba la camiseta con el número siete se adelantó al resto. Tenía el pelo negro y los ojos grises y había algo en su cara… Gus experimentó un sobresalto, una corriente de conexión. ¿Lo había reconocido?

—Supongo que no será aquél, ¿verdad? El número siete.

—¡Sí, ése es! —el grito de Freya fue casi un sollozo.

Nick, su hijo, Nicholas Angus. Gus sintió una descarga de adrenalina al observarlo y trató de determinar por qué le resultaba tan familiar, pues no se parecían mucho.

Jugaba bien, muy bien. Gus no pudo reprimir el orgullo que sentía. Tocó con el codo el brazo de Freya.

—No me habías dicho que fuera un jugador extraordinario.

Freya lo miró con una expresión a medio camino entre la risa y el llanto.

Gus apartó la mirada para tratar de controlar sus emociones. Cuando el partido acabara, conocería a Nick y debía estar tranquilo.

Pero era increíble saber que aquel chico maravilloso era su hijo. Lo invadió una mezcla de emociones: responsabilidad, felicidad, orgullo, miedo y pérdida por todos los años que había estado privado del placer de tenerlo a su lado.

«Si me lo hubiera cruzado en la calle, habría pasado de largo sin prestarle atención», pensó.

Pero había muchas más cosas que quería saber de él. ¿Cómo podrían Nick y él recuperar todo el tiempo perdido?

Freya creyó que iba a estallar a causa de la tensión.

Había pensado que ver el partido daría la oportunidad a Gus de observar detenidamente a Nick antes de hacer las presentaciones. Pero a ella no le estaba resultando nada fácil. Se estaba poniendo cada vez más nerviosa.

Había visto jugar a Nick muchas veces, pero se limitaba a animarlo con el resto de las madres y prestaba poca atención a lo que sucedía en el campo. En aquel momento no podía apartar la mirada de su hijo y trataba de verlo con los ojos de Gus.

Sabía que su opinión no era objetiva, pero Nick era guapísimo. No sabía lo que significaría para Gus ver a su hijo por primera vez.

Recordó cuando ella lo hizo, muchos años antes.

Poppy estaba al lado de la cama, había música suave de fondo y velas encendidas con aroma a lavanda. Poppy la había ayudado a respirar durante las contracciones y, aunque había sido duro, la llegada de Nick fue una experiencia hermosa y tranquila.

Y era perfecto. Pesaba cuatro kilos, tenía el pelo castaño y precioso, miembros fuertes y potentes pulmones.

Freya sólo lloró después, cuando se hubieron ido Poppy y la comadrona.

Lloró por Gus.

Lo echaba terriblemente de menos y deseaba que viera al bebé. Lloró tanto y durante tanto tiempo que la enfermera llamó al médico, que intentó recetarle un calmante.

Freya sabía que un sedante no podía ser bueno para su hijo, al que iba a dar el pecho, por lo que se tranquilizó y decidió que, desde aquel día, siempre daría prioridad a las necesidades de Nick.

Y, como ella se había manejado perfectamente sin padre, se convenció de que su hijo no lo necesitaba. Se dijo que se conocerían cuando Nick fuera mayor y pudiera entenderlo. Sin embargo, para entonces, Gus estaba en África.

Freya estaba tan absorta en sus pensamientos que no se dio cuenta de que el partido había terminado hasta que vio que los chicos se daban la mano en el campo e iban por una botella de agua. Era evidente que Sugar Bay había perdido.

Echó una rápida mirada a Gus. Mostraba tal tensión que era como si estuviera en formación militar.

Ya fuera del campo, el entrenador de Nick le dio una palmada en la espalda, el chico se volvió, vio a Freya y le sonrió al tiempo que la saludaba con la mano. Después echó a correr hacia ella

cruzando el campo.

A mitad de camino se fijó en Gus y disminuyó la velocidad. El corazón de Freya, por el contrario, se desbocó, inspiró profundamente para calmarse y reprimió el deseo de tomar la mano de Gus.

No debía dar la impresión de que lo necesitaba. Y, desde luego, no debía transmitir a Nick una falsa impresión sobre la relación con su padre. No podía haber confusiones.

Gus bajó la cabeza y le susurró al oído:

—Haré lo que me vayas indicando con tus palabras.

Ella asintió y sonrió forzadamente.

Nick no se echó en brazos de su madre como hubiera hecho años antes, pero sí dejó que le diera un beso. Estaba acalorado, sudoroso y lleno de polvo, pero a ella le encantaba aquel olor, el de un sano jugador de *rugby* de once años.

—Has estado fantástico —le dijo, como lo hacía tras cada partido—. Y seguro que la próxima vez ganaréis.

Nick sonrió y se encogió de hombros. Después miró a Gus con curiosidad.

—Nick, te presento a Gus Wilder. Ha venido conmigo desde Darwin.

—Hola —dijo el niño.

—¿Cómo estás, Nick? —Gus le tendió la mano y se la estrecharon—. Has jugado muy bien.

—Gracias —Nick sonrió, claramente complacido por el elogio, y miró a Freya con ojos inquisitivos. Después le preguntó en voz baja —: ¿Es el señor Wilder…?

—Llámalo Gus, Nick. Es un amigo. Y espera ser compatible contigo —dijo Freya, eligiendo las palabras con cuidado, consciente de la gente que se arremolinaba en torno a ellos.

—¿En serio? —Nick miró a Gus con los ojos brillantes.

Éste le sonrió débilmente.

—¿Y cómo lo has encontrado? —preguntó el niño a su madre.

—¿Eres tú, Gus? ¿Gus Wilder? —Mel Crane, el entrenador del equipo, había sido compañero de clase de Gus. Sonrió de oreja a oreja mientras palmeaba el hombro de Gus con su enorme mano—. Me pareció que eras tú. ¡Qué alegría volver a verte!

—¿Cómo estás, Mel?

—Bien. ¿Qué te trae por Sugar Bay? ¿Vas a quedarte una temporada?

—No, sólo unos días —contestó Gus con precaución.

Freya comenzó a sentir una gran ansiedad. Mel, como entrenador de Nick, era una de las pocas personas que estaba enterado de su enfermedad. Y también sabía que Gus y ella habían sido pareja.

No tardaría mucho en atar cabos.

—Nick ha jugado de maravilla —dijo Mel mientras le revolvía el pelo—. Pero debes saber que Gus era un fantástico jugador. Tuve la suerte de que también se le daban muy bien las matemáticas y me dejaba copiar los deberes.

Nick se echó a reír y Freya observó que su admiración por Gus aumentaba.

—¿Por qué conoces a mamá y a mi entrenador? ¿Viviste aquí?

—Hace siglos. Pero sólo durante dos años, los dos últimos de la escuela secundarla.

Freya intervino rápidamente antes de que se destaparan demasiados recuerdos.

—Tenemos que marcharnos, Mel. Queremos que Gus vea cómo está todo antes de que se haga de noche.

—Claro —dijo Mel—. Si tienes un rato mientras estés aquí, Gus, pásate por el garaje.

—¿Sigue en el mismo sitio?

—Sí. Desde que mi padre se jubiló, lo llevamos mi hermano y yo.

—Te haré una visita —dijo Gus estrechándole la mano.

—Será mejor que nos vayamos ya —dijo Freya, deseosa de evitar que se les acercara alguien más.

Lo peor estaba por llegar.

***

A Gus le parecía surrealista estar sentado en el coche al lado de Freya. con su hijo en la parte de atrás que no era consciente de que su vida estaba a punto de cambiar.

—¿Qué quieres ver, Gus? —preguntó Nick.

Gus miró a Freya.

—Creo que lo mejor será que vayamos a casa —dijo ella.

—Pero le has dicho al señor Crane…

—Sé lo que le he dicho, Nick, pero necesitaba una excusa para que nos marcháramos. Quiero llevar a Gus a casa. Tenemos mucho

de qué hablar.

—¿Sobre el riñón?

—Sí.

Nick se recostó en el asiento y dejó de hacer preguntas. Gus volvió la cabeza y vio que el niño lo miraba con ojos inquisitivos. Gus le guiñó el ojo. Nick sonrió y a él le dio un vuelco el corazón.

Salieron al paseo marítimo. Los bañistas estaban recogiendo, pero quedaban algunos surfistas. Gus pensó que él había sido como ellos, que no quería salir del agua hasta hacerse de noche, para consternación de su madre. Sorprendido, vio que Freya tomaba una calle a la derecha.

—¿Vives aquí? ¿Enfrente de la playa?

—¿Dónde si no?

Llegaron a un edificio moderno de cristal y madera. En el jardín había un letrero con el nombre de la galería de Freya.

—¡Hola, *Erizo*! —Nick abrazó con entusiasmo al perro. Después dijo a su madre—: Me muero de hambre.

—Vaya novedad —respondió ella.

Gus agarró las bolsas de viaje mientras Freya abría la puerta y la siguió al interior. Era una vivienda de planta abierta.

—¡Oye! ¡Qué bonito es esto! —exclamó Gus.

—No está mal, ¿verdad? —Freya dejó el bolso y las llaves en una encimera de granito—. Me lo vendieron con la galería. Siéntate, por favor. Voy a preparar café.

Gus siguió de pie mientras observaba los detalles de las paredes, el suelo de parqué y los ventanales que daban al mar.

Era un sitio perfecto para Freya. Cerca del mar y decorado con gusto y con sencillez. Se preguntó si las acuarelas que colgaban de las paredes las habría pintado ella.

Nick había abierto la nevera y había agarrado un refresco.

—¿Qué hay para comer?

—Lo de siempre —replicó Freya. Había puesto la cafetera y estaba sacando lo necesario para preparar un sándwich—. Perdóname un momento, por favor —le dijo a Gus.

—Desde luego. Hay que alimentar a la fiera hambrienta.

Nick sonrió y se acercó a la encimera, agarró dos lonchas de queso y las puso en el pan que su madre había untado de mantequilla.

—¿Te has lavado las manos?

—Lo acabo de hacer.

—¿Quieres tomate?
—No, sólo queso —añadió otra loncha y fue a por un plato.
Gus pensó en lo hogareña que resultaba la escena. Era una rutina familiar para ellos, y volvió a sentirse dolorosamente excluido.
—¿Y tú? —preguntó Freya—. ¿Tienes hambre? ¿Quieres un sándwich?
—No, gracias. Me basta con el café.
Nick se apoyó en la encimera y comenzó a comer. Seguía llevando la ropa de deporte.
«¿Cómo demonios puede estar enfermo este niño?», pensó Gus. «Parece totalmente normal».
Era cruel.
—¿Te ha contado mamá lo de mi «calentamiento global»? —le preguntó Nick de repente sonriendo entre bocado y bocado.
—Sí —dijo Gus—. Ha sido mala suerte, pero espero poder cambiarla.
Freya se había quedado inmóvil.
—Estupendo —contestó Nick—. ¿Tienes la sangre del tipo O, como yo?
—Sí.
—Pero Gus tiene que hacerse otras pruebas antes de que podamos estar completamente seguros de que es totalmente compatible contigo —intervino Freya.
Nick asintió y siguió comiendo. Gus miró a Freya, que le sonrió débilmente.
—Si me ayudas a llevar esto —dijo ella— podremos ponernos cómodos y tomar el café.
—Claro.
Llevaron la cafetera, las tazas, una jarra de leche y un plato de galletas a una mesita de café rodeada de cómodos sillones.
—¿Queréis que me quede? —preguntó Nick.
—Sí, cariño, tenemos que hablar contigo.
Nick se sentó en el brazo de un sillón, con el refresco en una mano y el plato con los restos del sándwich en la otra.
—¿Os conocíais de antes? ¿De cuándo Gus vivió aquí?
—Sí —respondió su madre.
Nick la miró. Después miró a Gus y de nuevo a su madre.
—No iréis a contarme alguna locura, ¿verdad? Como que Gus es mi padre o algo así.

Capítulo 5

A Freya casi se le cayó la cafetera, que dio un golpe en la mesa. Gus se dirigió a ella de inmediato.

—¿Te has quemado?

Ella negó con la cabeza. Estaba tan avergonzada por la pregunta de Nick que no le preocupaba la pequeña quemadura que se había hecho en la parte interior de la muñeca. Trató de hallar las palabras adecuadas para que Nick lo entendiera y quiso defender a Gus, pero fue incapaz de articular palabra.

Impotente, miró a su hijo, que la observaba, al igual que a Gus con los labios apretados y una mirada angustiada, como si quisiera retirar lo que había dicho.

«Tengo que contestarle», pensó Freya.

Pero, antes de que pudiera hacerlo, Gus habló.

—Exactamente, Nick —dijo con voz calmada—. He venido porque soy tu padre y quien mejor te puede ayudar. Y quiero hacerlo.

Ya estaba dicho.

«Gracias, Gus», se dijo Freya sintiendo al mismo tiempo un inmenso alivio y una sensación de fracaso. Debería haber estado preparada para aquello, ya que conocía a su hijo y sabía lo inteligente y perspicaz que era.

Cuando recuperó la voz, trató de compensar su silencio anterior.

—Gus quiere ayudarnos, cariño. Sabemos que puede haber otros donantes, pero Gus es el que tiene más posibilidades de cumplir los requisitos.

Nick se había puesto colorado y tenía los ojos llenos de lágrimas. Se bajó del brazo del sillón lentamente y dejó el plato y el refresco en la mesa.

—Gracias —dijo tembloroso y sin mirar a ninguno de los dos—. Es estupendo —y lanzó una mirada nerviosa a Freya—. Si no te importa, voy a ducharme y a cambiarme de ropa.

Aquello no era lo que Freya esperaba; no era propio de Nick ducharse por su propia voluntad. Normalmente, ella tenía que llevarlo a rastras al cuarto de baño.

Gus y ella se mantuvieron en un incómodo silencio mientras el niño salía de la habitación y no hablaron hasta oír que la puerta de su dormitorio se cerraba.

Freya gimió suavemente. Se sentía fatal por Gus. ¿Qué pensaría de ella y de su hijo?

—Lo siento, Gus. No era éste el recibimiento que me había imaginado.

—¿Quieres ir a hablar con él?

—No lo sé —se sentía aturdida—. No sé si serviría de algo. Voy a intentarlo. Vuelvo enseguida.

Recorrió el pasillo y llamó a la puerta de la habitación de su hijo.

—¿Nick?

—Me estoy desvistiendo.

—¿Quieres que hablemos?

—Después.

—No tardes.

Cuando volvió al salón, Gus se encogió de hombros.

—Ha sido un *shock* para él.

—Pero has venido de muy lejos para conocerlo.

Gus no parecía enfadado, lo cual la sorprendía.

—Todo a su tiempo. Hay que darle la oportunidad de asimilar la noticia.

Era evidente que Gus sabía por lo que estaba pasando Nick porque él había sufrido un choque similar veinticuatro horas antes. Le sonrió agradecida.

—¿Quieres otra taza de café?

—Así que te has quemado —le contestó él mirándole la muñeca —. Debes ponerte algo. ¿Tienes pomada para las quemaduras?

—Tengo una planta de aloe vera que me ha dado Poppy. Eso servirá.

Gus se levantó y la siguió a la cocina. Freya arrancó un trozo de la planta que estaba en el poyete de la ventana.

—Déjame a mí —dijo él quitándoselo—. Te resultará difícil hacerlo con una sola mano.

Antes de que ella pudiera protestar, le agarró el brazo con delicadeza, apretó la planta para que soltara el jugo y comenzó a frotarle suavemente con ella la piel enrojecida.

Al tocarla. Freya sintió una corriente eléctrica y recordó cuando eran jóvenes y ella se había hecho un corte en el tobillo con un

coral. Gus se lo había limpiado con delicadeza, igual que en aquel momento, y le había aplicado un antiséptico.

«De acuerdo», se dijo Freya, «es un tipo que se preocupa por los demás. Por eso está aquí y por eso ha estado trabajando en África todos esos años. Pero eso no es una excusa para que me derrita cuando me toca».

—Gracias —le dijo cuando él acabó—. Ya me siento mejor.

Gus seguía sosteniéndole el brazo y, cuando lo miró, vio en sus ojos una mirada que recordaba de años atrás.

Experimentó un dolor dulce y traicionero a la vez y estuvo a punto de arrojarse a sus brazos.

Él le soltó la mano.

—Ahora sí quiero más café.

El momento había pasado, y Freya se preguntó si se había imaginado esa mirada.

Sirvió el café y le dio una taza a Gus.

Les llegó el sonido del agua de la ducha.

—Siempre quise avisarlo, prepararlo antes de que te conociera —dijo ella a la defensiva—. Pero has sido tú el que ha insistido en conocerlo hoy.

Gus tomó un sorbo de café.

—Me has dicho que tuvo una mala experiencia al conocer a tu padre.

—Sí, fue una desilusión para él.

—¿Te importa contarme lo que pasó?

—Pues… mi padre se presentó aquí antes de Navidad. Llegó en un pequeño yate llamado *Poppy*. ¿Te imaginas?

—Como en una fantasía romántica.

—Exactamente.

—¿Cómo se llama?

—Sean Hockey —Freya se recostó como si fuera a contar una larga Historia—. Desde luego, daba el papel: delgado, moreno y con la cara curtida. Muy guapo realmente. Pelo blanco y rizado, ojos azules y acento irlandés.

—¿Cómo reaccionó Poppy?

—Lo recibió con los brazos abiertos y rejuveneció diez años de la noche a la mañana. Nick lo adoraba. Para empezar, ya no era el único varón en la familia. Entonces tenía siete años y estaba loco de contento. Sean era el abuelo ideal: activo, amigable, divertido y muy interesado en su nieto.

—¿Y tú?

—Yo también estaba emocionada. Por fin tenía padre —ante su falta de tacto, evitó la mirada de Gus y se puso colorada—. Aunque hay que reconocer que no era como me lo había imaginado. No era una estrella de cine, desde luego, pero no dejaba de elogiar mis cuadros. Incluso me habló de una de mis abuelas, que es artista y sigue viviendo en Irlanda.

—De ahí te viene el talento —Gus sonrió.

—No lo sé. El caso es que enseñó a Nick a navegar y nos llevaba a los tres en el yate de excursión. Hasta le pintó la casa a Poppy. ¿Te acuerdas de la casa de mi madre?

—Claro. Era maravillosa, la única al borde de la arena, pintada con los colores del arco iris. Todo el mundo hablaba de ella.

—Pues espera a verla.

—¿Por qué?

—Sean la pintó de blanco con rayas azules. Quedó inmaculada, como su yate.

—Por Dios, «inmaculada» no es una palabra que asocie con Poppy. ¿Qué hizo ella?

—Fingió que le encantaba. Por aquel entonces le remordía la conciencia, así que no juzgaba con claridad.

—Supongo que al final tu padre lo estropeó todo.

—Sí. Una semana antes de Navidad desapareció en su yate —Freya hizo una pausa significativa—. Con todos los ahorros de Poppy. Gus se quedó con la boca abierta.

—¿Y cómo consiguió tu padre hacerse con el dinero?

—Ya conoces a Poppy. No confía en los bancos y no le importa el dinero. Lo poco que había ahorrado lo tenía en casa, metido en un frasco —Freya suspiró—. Fue la Navidad más triste y deprimente de mi vida. Tratamos de estar alegres por Nick. pero no tuvimos mucho éxito. Más tarde me enteré por uno de los pescadores de aquí de que Sean se había trasladado a Gladstone, había cambiado el nombre del yate por el de *Caroline* y vivía con otra mujer, la señora Keane, Caroline Keane, una viuda, por supuesto. Y no tenía acento irlandés.

—Así que es un timador.

—De los pies a la cabeza. Poppy reconoció más adelante que era un ludópata. Lo sabía y, sin embargo, no tomó precauciones.

Gus lanzó un bufido, se levantó y se acercó a la ventana a contemplar el mar.

—Ya veo por qué los padres no tienen aquí muy buena reputación.

Freya también se levantó y se acercó a él.

—Sé que no te pareces a Sean: de hecho, eres lo contrario. Has venido a dar, no a quitar.

—Ése es el plan —contestó él sin volverse.

—Sé que a Nick le has caído bien y estoy segura de que quiere conocerte, pero está…

—Asustado.

—Sí.

El problema era que, aunque Gus no fuera un timador, era un peligro. Si entraba en sus vidas, aunque fuera por poco tiempo, y se volvía a marchar, como iba a hacer, les dejaría un enorme vacío.

Gus se dio la vuelta para mirarla.

—Creo que voy a irme. Tienes que hablar con Nick y yo tengo que registrarme en el hotel.

—Puedes quedarte aquí, si quieres —dijo Freya sin pensarlo. Estaba segura de que Gus querría alojarse en el hotel para mantener una distancia emocional, pero la invitación le había salido de forma espontánea. Contuvo la respiración mientras esperaba la respuesta.

Cuál no sería su sorpresa al ver que Gus sonreía.

—¿No crees que tendrías que consultar a Nick antes de hacer ofrecimientos tan precipitados? No es que me haya recibido con los brazos abiertos precisamente.

—Pero estás haciendo algo maravilloso por nosotros y estamos en deuda contigo. ¿Y si voy a hablar con él? Seguro que se habrá tranquilizado.

—Ahora no, Freya —había dejado de sonreír—. Lo mejor para todos es que me aloje en el hotel.

Era ridículo sentirse decepcionada. Iba a sonreír cuando él la agarró del brazo.

—Déjame que te vea esa quemadura antes de marcharme. No sé si debieras confiar en los remedios caseros de Poppy.

—Estoy bien —era verdad. La quemadura había dejado de escocerle y el aloe vera le estaba haciendo efecto.

De todos modos. Gus la tomó de la muñeca y con la otra mano le tocó levemente, con una suavidad increíble la piel enrojecida.

Ella lanzó un grito ahogado y él se quedó inmóvil. Freya lo miró y la mirada ardiente de él tuvo el efecto de una descarga eléctrica.

Ella no pudo resistirlo y apartó la vista.

—Me pondré en contacto con el médico de Nick mañana por la mañana.

—Si me necesitas, estaré en la galería todo el día.

—Muy bien, te llamaré.

Sin añadir nada más, Gus se dirigió a la puerta de la cocina, donde había dejado la bolsa de viaje, la agarró y salió sin mirar atrás.

Freya estaba cortando champiñones y cebolla para preparar una *pizza* cuando Nick entró en la cocina. Tenía el pelo húmedo, lo que según, su madre, le hacía parecer más joven y vulnerable.

Aquella noche también parecía avergonzado.

Miró rápidamente alrededor.

—¿Dónde está Gus?

—Se ha ido al hotel.

—¿Ha ido a comprar vino para la cena?

—No, Nick. Se queda a dormir allí.

—¿Por qué? ¿No le has pedido que se quedara aquí?

Freya dejó el cuchillo, se cruzó de brazos y sonrió.

—Gus cree que es mejor así. Quiere darte tiempo para que te recuperes de la sorpresa.

—Ah.

—Es un buen hombre, Nick. No es como Sean. Quiere ayudarte.

El niño miró la *pizza*.

—¿Le vas a poner tocino?

—Claro.

—¿Mucho?

—Lo justo. Ya sabes que el doctor Kingston te ha dicho que tienes que comer mucha verdura y poca sal.

Nick suspiró y, por un momento, Freya pensó que no iba a seguir hablando de Gus.

Pero no fue así.

—No lo entiendo, de verdad. Si Gus es un tipo tan estupendo, ¿por qué no es un padre como es debido? ¿Por qué no vive con nosotros?

Había llegado el momento decisivo. La explicación era complicada, pero Freya tenía que hallar las palabras correctas.

Nick pensó que tardaba mucho en contestarle, por lo que siguió haciéndole preguntas.

—Si está ahora tan dispuesto a ayudarme, ¿por qué se marchó? ¿Qué teníamos de malo? —unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas y se las secó enfadado—. ¿Qué le pasa a toda nuestra familia?

—¡Cariño! —Freya dejó de buscar las palabras correctas y se apresuró a abrazarlo.

El lunes por la mañana, Gus miró por la ventana al cielo azul y las olas y deseó sentirse menos preocupado. Había pasado otra mala noche pensando en Nick y Freya y no había resuelto nada.

Se duchó, se afeitó y bajó a desayunar. Al salir del comedor, se detuvo, Nick estaba en el vestíbulo hablando con la recepcionista.

Iba vestido con el uniforme escolar y llevaba la cartera. ¿Qué hacía allí?

—¿Nick?

El chico se dio la vuelta y sonrió con nerviosismo.

—Hola, Gus —se volvió hacia la recepcionista—. No hace falta que llame a la habitación porque ya lo he encontrado.

«Ya lo he encontrado».

Esas palabras le sonaron a Gus a música celestial. Su hijo lo buscaba. El corazón se le llenó de júbilo.

—Me alegro de verte —le dijo.

—Esperaba poder encontrarte —dijo el niño.

—¿Has desayunado? —Gus sonrió intentando que Nick se sintiera a gusto.

—Sí, gracias —tragó saliva, nervioso—. No me envía mamá. Quería verte… para hablar.

—Muy bien. Podemos subir a mi habitación o salir. Creo que preferiría estar al aire libre. ¿Y tú?

—Sí, fuera será mejor.

Salieron a la agradable luz del sol. En el paseo marítimo se veían niños yendo a la escuela, practicantes de surf con su tabla y personas que iban a comprar temprano. Gus y Nick se sentaron en un banco.

—Mira —Gus señaló las olas y la curva de la playa—. Tienes suerte de vivir aquí.

—Sí. Pero no está tan bien cuando tienes que ir al colegio todos los días.

—Pero, si no recuerdo mal. las olas siguen aquí cuando se acaba

la escuela.

—Sí —Nick sonrió—. Mola vivir aquí salvo porque mucha gente sólo se queda una temporada y se marcha —lo miró de reojo—. Como tú.

Gus trató de aparentar tranquilidad y se recostó en el banco.

—No hay mucho trabajo en esta zona, por eso la gente se va. Yo me tuve que ir a la universidad y, después, a otro continente.

—Sí, ya me lo ha contado mamá. Ya te he dicho que ella no me ha pedido que viniera. Le he dicho que tenía que ir pronto al colegio. No sabe que estamos hablando.

A Gus le conmovió la sinceridad del chico y su evidente preocupación por Freya.

—Podemos decírselo después.

—Supongo que sí. Anoche estuvimos hablando de ti y me contó lo que había pasado, por qué habíais roto. Me dijo que no nos dejaste a propósito y que no sabías de mi existencia.

—Sí, es verdad.

—Y me dijo que había sido decisión suya no decírtelo.

—¿Te explicó la razón? —preguntó Gus sin poder contenerse.

—Más o menos, pero no tenía mucho sentido.

Aunque Gus entendía los motivos de Freya, le seguía doliendo que se lo hubiera ocultado y no lo veía lógico. De todos modos trató de explicárselo a Nick.

—A veces hacemos cosas que nos parecen bien en su momento, pero que no tienen sentido cuando pensamos en ellas más adelante.

—Sobre todo en la familia tan rara que tengo.

—Todas las familias son raras a su manera, Nick.

El viento despeinó el pelo del niño, que pareció meditar las palabras de su padre.

—Tal como me lo ha explicado mamá, parece que no era lo bastante buena para ti.

—¿Te ha dicho eso? —preguntó Gus perdiendo su aparente calma.

—No con esas palabras exactamente.

—¿Pero te dijo que no encajaba en mi vida?

—Sí, algo así.

Gus dejó escapar un profundo suspiro ¿Cómo iba a pedirle a Nick que entendiera que por aquel entonces eran jóvenes, que la mayoría de los jóvenes cometen errores de juicio que no les parecen tales en su momento?

El niño tenía once años y no cabía esperar que pensara que tener dieciocho era ser joven.

—Lo bueno es que tu madre me haya encontrado ahora.

—Sí. Gracias por venir y ofrecerme uno de tus riñones —Nick le sonrió con timidez—. Eso era realmente lo que quería decirte.

Gus le devolvió la sonrisa. Quería a aquel niño. Quería abrazarlo, pero tal vez era demasiado pronto.

—Tengo dos riñones, así que puedo darte uno. Pero antes me tengo que hacer unas pruebas.

—Anoche le mandé un correo electrónico al doctor Kingston. Es un hombre guay y me contestó diciéndome que está encantado de que te hayamos encontrado y que la mayoría de las pruebas te las pueden hacer en Durranvale, si quieres.

—Me parece bien.

—Pero si vas a Durranvale, tienes que saber algo.

—¿El qué?

—Una de las enfermeras es una vampira.

Durante unos segundos, Gus no supo qué contestar. Estaba a punto de echarse a reír cuando vio un brillo travieso en los ojos de Nick y cambió de táctica.

—¿En serio? ¿Una vampira?

—Creo que cuando te saca sangre se queda con cierta cantidad.

—¡No me digas! —Gus fingió sentir escalofríos—. Descríbemela para huir de ella.

—Reconocerla es fácil. Tiene el pelo negro y largo y la piel muy pálida.

—¿Y colmillos?

Nick soltó una risita.

—No. En realidad, es muy guapa.

—Claro, las vampiras suelen ser bellísimas; por eso son tan peligrosas. ¿Crees que debo decirle que sé lo que trama?

—No te pido que le claves una estaca en el corazón ni nada parecido —contestó Nick sonriendo con menos seguridad.

—Menos mal. Así que estás dispuesto a salvarle el pellejo. ¿Es que te gusta?

—De ninguna manera —el niño se puso colorado.

—Muy bien. No le diré ni una palabra.

A lo lejos se oyó el sonido de un timbre. Nick se levantó y recogió la cartera que había dejado a sus pies.

—Vas a llegar tarde a la escuela.

—Sí, será mejor que me vaya.

—Corre, pero ten cuidado al cruzar la calle. Y gracias por hablarme de la vampira.

—Buena suerte —Nick le sonrió por última vez.

Gus lo observó mientras corría con la cartera golpeándole en la cadera y, durante unos segundos, tuvo la sensación de que lo conocía de toda la vida.

Pero la realidad era que llevaba casi doce años, privado de ese sentimiento maravilloso.

Freya había perdido la concentración. Gus la había llamado por teléfono para decirle que había alquilado un coche y que iba a Durranvale para que le hicieran los análisis de sangre, las radiografías y un escáner y, aunque ella había seguido haciendo las cosas habituales, abrir la galería, sonreír a los visitantes, mirar el correo y contestar a las llamadas telefónicas, su mente estaba en el hospital.

Había ido allí muchas veces con Nick, por lo que sabía perfectamente lo que le estaban haciendo a Gus.

Sus sentimientos oscilaban entre la esperanza y el miedo. Aquella mañana, Nick la había dicho que estaba seguro de que su padre lo salvaría. Tenía todas sus esperanzas puestas en él. Y ella también, desde luego.

Aunque Nick no corría peligro inmediato, estaba en una lista de espera de carácter nacional y les habían asegurado que habría un donante. Sin embargo, ella sabía que todos, incluyendo Gus, querían que fuera él quien donara el riñón.

No obstante, los tejidos tenían que ser totalmente compatibles, por lo que ¿no era aventurado tener demasiadas esperanzas?

Tenía que haberle deseado suerte a Gus aquella mañana, al menos varios cientos de veces.

No dejaba de pensar en la noche anterior, en cómo Gus le había agarrado la muñeca y la había mirado… Seguía viendo el brillo de emoción en sus ojos. Pero era una estupidez obsesionarse con aquello, que había sido cuestión de un momento.

No había sido nada.

No.

Había habido algo. Sin lugar a dudas, algo había pasado cuando Gus le tocó la piel. Había habido una intensidad en su expresión

que no se podía pasar por alto. La misma que hacía muchos años en tantas ocasiones, en aquel verano perfecto.

Al pensar en el verano revivió, miles de recuerdos, como el de la primera vez que Gus le pidió que salieran juntos y que fuera su pareja en el baile que conmemoraba el final de la escuela, secundaria.

Recordaba todos los detalles de aquella tarde…

Los miércoles terminaban con una clase de Historia, una de las pocas en que ella y Gus estaban juntos. Y fue un miércoles cuando él la habló al salir de la escuela.

Al ver que la esperaba en la puerta, le dio un vuelco el corazón.

Estaba loca por él desde el día en que Gus llegó al colegio, dos años antes, pero era muy tímida, y él también, por lo que apenas habían hablado.

Habían flirteado un poco e intercambiado muchas sonrisas, pero él estaba centrado en el surf, el *rugby* y los estudios, y nunca le había pedido que salieran. Por lo que Freya sabía, no se lo había pedido a ninguna chica, y había muchas que lo estaban deseando.

Pero, esa tarde tan especial, Gus la abordó con nerviosismo.

—Hola, Freya.

—Hola —ella trató de parecer tranquila, como si aquello no tuviera importancia.

—Quería saber… si tienes pareja para el baile.

—No —las rodillas comenzaron a temblarle—. Todavía no.

Mel Crane pasó a su lado y esbozó una sonrisa bobalicona. Gus lo miró con el ceño fruncido y después sonrió tímidamente a Freya.

—¿Te gustaría ir conmigo?

Freya trató de hablar, pero la lengua se le había paralizado.

—Sí —consiguió decir por fin.

—¿Sí?

Parecía que él tenía tanta dificultad para expresarse como ella. ¿Por qué ponía esa cara de incredulidad? Su sorpresa infundió valor a Freya.

—Sí, Gus. Me gustaría mucho ir al baile contigo.

—Genial —le sonrió de oreja a oreja—. Todavía no sé los detalles, como a qué hora recogerte.

—No importa, no hay prisa. Gracias, Gus.

Él la acompañó tres manzanas y ella creyó que no tocaba el suelo con los pies. Hablaron del profesor de Historia, de sus amigos, del surf…

Se despidieron al llegar al paseo marítimo. Freya corrió a su casa totalmente emocionada.

E, inmediatamente, se topó con el primer obstáculo.

A Poppy no le hizo gracia la idea de que su única hija fuera a salir con un jugador de *rugby*. ¿Acaso no eran todos ellos unos matones con mucha labia? ¿No había un buen chico con el que Freya pudiera salir? ¿Alguien sensible y con inclinaciones artísticas?

Como era de esperar, Freya insistió en que Gus era un buen chico. No sólo se le daba bien el *rugby* sino que era prácticamente el primero de la clase. Era un encanto y ella iba a ir con él al baile o, si no, no iría con nadie.

Cuando Poppy, por fin, accedió contra su voluntad, se produjo la pelea por el vestido.

—Puedo hacer maravillas con la máquina de coser y un buen tinte —sugirió Poppy.

Freya estaba horrorizada y se negó en redondo a ir al baile vestida con ropa tenida, como una hippy.

—Todas las chicas se van a comprar un vestido en Durranvale; alguna incluso en Brisbane.

—Sabes que no podemos permitirnos ni siquiera comprar un pañuelo en una de esas tiendas.

—No importa. Ganaré el dinero que necesito.

—¿Cómo?

—Venderé velas de aromaterapia en el mercado.

Poppy puso los ojos en blanco. Ella ya había pasado por la «fase del mercado», como la llamaba, vendiendo jabón, velas y joyas hechas a mano, y había ganado mucho dinero. Sin embargo, detestaba las largas horas de trabajo necesarias para reponer la mercancía todas las semanas, por lo que había optado por realizar un trabajo a tiempo parcial en la guardería del pueblo.

Pero Freya estaba decidida. Fue con su amiga Jan y la madre de ésta a Durranvale y se enamoró de un precioso vestido, para el que dejó una señal. Luego se dedicó a hacer velas por las tardes.

Durante un mes fue todos los fines de semana a los mercados de artesanía local de los pueblos costeros de los alrededores. Acabó exhausta, ya que tenía que tomar un autobús para ir y volver y, además, quedarse despierta hasta medianoche para hacer los deberes.

Pero mereció la pena porque ganó suficiente dinero para comprarse el vestido y unos zapatos que la propia Cenicienta

envidiaría; y le sobró para ir a la peluquería y hacerse la manicura.

La noche del baile se puso su vestido de chiffon azul, que todos dijeron que hacía juego con sus ojos, y se sintió de maravilla.

Gus fue a buscarla vestido de esmoquin y estaba tan guapo que ella creyó que se iba a morir allí mismo y a ir directamente al cielo.

Y eso fue antes de que bailaran y se tocaran por primera vez.

Capítulo 6

Volver a casa esa noche paseando con Gus fue incluso mejor que bailar con él. Tuvieron que recorrer todo el frente marítimo porque la casa de Poppy estaba al otro extremo de la bahía, y Freya propuso que se quitaran los zapatos y anduvieran por la arena.

Dejaron los zapatos en unas rocas y Gus se metió el bolsito de Freya en el bolsillo y se enrolló los bajos de los pantalones mientras ella se levantaba el vestido con una mano y con la otra agarraba la de él.

No vieron a más parejas en la playa mientras paseaban bajo el cielo estrellado.

Freya se hubiera quedado allí toda la noche. Nunca se había sentido tan feliz ni tan viva. No dejaba de mirar a Gus y de contemplar su belleza. Le encantaban muchas cosas de su aspecto: el pelo oscuro, los ojos castaños, el perfil fuerte e inteligente, los hombros anchos, las piernas largas y las poderosas manos.

Entonces llegó el momento en que Gus le soltó la mano y le puso la suya en la nuca.

Freya solía llevar el pelo suelto, pero esa noche se lo había recogido en un moño.

—¿Sabes que tienes una piel maravillosa?

Los dedos de Gus en su nuca le produjeron el deseo de acurrucarse en sus brazos.

—Como me siento detrás de ti en clase de Historia —prosiguió él— y el pelo se te cae hacia delante, me paso las horas admirando tu nuca.

—Así que por eso saco mejores notas que tú en Historia.

—Puede ser —le acarició el nacimiento del pelo—. Me encanta esta parte.

Y mientras ella se derretía ante el contacto de sus dedos, él le rozó el cuello con los labios.

Freya se puso a temblar. Su delicadeza era insoportable. Bajó la cabeza para mostrar la piel en un ruego silencioso que pedía más. El roce de los labios de Gus en el cuello le produjo un profundo deseo, ganas de llorar y de reír, de bailar…

Entonces la besó en los labios.

Como cabía esperar, era tarde cuando por fin llegaron a casa de Freya porque, además, se habían olvidado de los zapatos y tuvieron que volver a por ellos, pero no se acordaban de dónde los habían dejado. Se reían como niños, ebrios de felicidad.

Gus volvió a besarla en los escalones de entrada. Seguía besándola cuando Poppy abrió la puerta.

Con los brazos en jarras, lanzó a Gus una mirada iracunda.

—Hace horas que Freya tendría que haber vuelto. ¿Quién te has creído que eres?

Gus estuvo muy comedido, pero se fue enseguida. Fue Freya la que se puso furiosa cuando se hubo marchado.

—¿Cómo te portas así, mamá? Sólo nos estábamos besando. ¿Por qué has sido tan desagradable con Gus?

—No me fío de él ni de ninguno de esos esnobs que viven en la colina.

—Pues yo sí, y eso es lo que importa.

Freya recordó esas palabras cuatro meses después, al final del verano, cuando Gus se había marchado a la universidad y a ella no le había venido la regla.

Estaba tan ensimismada en sus recuerdos que, cuando sonó la campanilla de la puerta, que le indicaba que había llegado otro visitante a la galería, no alzó la vista. A la mayoría de la gente le gustaba ver los cuadros sin que los observaran y ella no estaba de humor para charlas con turistas.

Cuando una sombra se proyectó sobre su escritorio, levantó la vista y se puso colorada.

—¡Gus!

El corazón de Gus le latía con fuerza. Al entrar en la galería, había visto a Freya sentada de espaldas a él. Estaba inclinada hacia delante, por lo que su pelo castaño claro se había abierto como una cortina para mostrar la pálida piel de la nuca. Y de pronto recordó todos los detalles de cuando se enamoró de ella y la embriagadora felicidad de aquel verano mágico.

El verano de los dos.

Consternado, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y recordó los apelativos cariñosos que le dedicaba Freya. Se acercó al escritorio, pero, cuando ella levantó la cabeza, vio sobresalto y

miedo en sus ojos, por lo que el pasado feliz se rompió en mil pedazos.

Gus volvió al presente y a su desgraciada complejidad.

—Hola —dijo él. Y al ver la mirada preocupada de Freya, trató de animarla con una broma—. Por fin he escapado de las garras de la vampira.

—¿Qué vampira? —parecía más preocupada que antes.

—¿No te lo ha dicho Nick?

—No. Creí que estabas en el hospital. ¿De qué hablas?

—He estado en el hospital. Me han hecho radiografías de todos los órganos vitales, me han escaneado desde todos los ángulos posibles y me han sacado litros de sangre.

—Ah, por eso decías lo de la vampira.

—Sí. Un chiste malo. Pero la culpa es de Nick, que me habló de la enfermera vampira cuando fue a verme esta mañana.

—¿En serio? —Freya se había puesto de pie.

—Estoy muy contento de que viniera. Fue a darme las gracias y eso significa mucho para mí. Es un gran chico. Debes estar orgullosa de él.

No parecía que Freya se hubiera tranquilizado. Se frotó las sienes como si le doliera la cabeza.

—Nick no me dijo que iría a verte.

—Creo que se sentía mal por lo de ayer. Y tiene derecho a verme. Al fin y al cabo, soy su padre.

—Sí, claro —seguía con el ceño fruncido y sin mirarlo—. ¿Qué vas a hacer ahora que las pruebas han terminado? ¿Volverás al norte?

—¿Por qué? —preguntó él con frialdad—. ¿Estás deseando librarte de mí?

—No, pero me habías dicho que tenías compromisos.

—No quiero marcharme hasta haber conocido un poco más a Nick.

—¿Sabes que tardarán una semana o más en darnos los resultados?

—¿Una semana. Freya? ¿Y qué es una semana cuando tú has tenido a Nick más de once años? ¿No entiendes que necesito conocerlo?

—Claro que lo entiendo, perdona —parecía estar a punto de llorar.

—Van a dar prioridad al caso de Nick —afirmó él en tono

conciliador—. Así que puede que nos los den antes —miró el reloj —. Las clases están a punto de acabar y he pensado que tal vez a Nick le gustaría venir a bañarse conmigo esta tarde. No lo entretendré mucho. Sé que tiene que hacer los deberes. Sabe nadar, ¿verdad?

—Por supuesto. Es como yo: le encanta el agua.

Sin venir a cuento, Gus recordó una canción que había oído años antes y que hablaba de una sirena abandonada.

Sólo la había escuchado un par de veces, pero en ambos casos el lamento sobre la sirena perdida y desolada le había recordado a Freya.

Y durante días la había seguido recordando. Y sólo había dejado de hacerlo al convencerse de que ella habría seguido con su vida como había hecho él. Pero ¿cómo iba a haber supuesto que no se había casado con un tipo afortunado? ¿Cómo iba a imaginar que había un hijo, un vínculo vivo que lo uniría a ella para siempre?

—Puedes venir con nosotros, si quieres.

—No puedo. Tengo que quedarme aquí.

Gus echó una ojeada a las salas vacías y a las paredes llenas de cuadros.

—Sé que ahora mismo no parece muy concurrida —dijo ella leyéndole el pensamiento—. Pero nunca se sabe quién puede entrar. No puedo cerrar por capricho.

—Es una lástima —volvió a mirar las paredes—. Algunos cuadros son estupendos.

Sí, he tenido suerte. He conseguido que esta pequeña galería despierte interés. Se ha hecho un nombre y vienen de toda Australia a verla. Hay artistas importantes que quieren exponer aquí.

—Es todo un logro —afirmó Gus, verdaderamente impresionado —. ¿Algunos de los cuadros son tuyos?

—Sí —contestó ella. Levantó la mano para señalarlos.

—Espera un momento. Vamos a ver si adivino cuáles son.

Recordaba vagamente los esbozos que Freya había realizado doce años antes y comenzó a recorrer las salas mirando paisajes, marinas, bodegones de fruta y flores tropicales, retratos, cuadros abstractos…

No tardó en darse por vencido y sonrió a Freya para disculparse.

—Me rindo. Todos me parecen buenos, pero ninguno parece claramente tuyo. Y debo reconocer que, si has pintado alguno de ellos, has mejorado muchísimo desde la escuela secundarla.

—Eso espero —se acercó él con los brazos cruzados y una sonrisa maliciosa—. ¿Cuáles te gustan? No es una pregunta con trampa —prosiguió riéndose ante su expresión angustiada—. No voy a cortarme las venas si no eliges los míos. Simplemente, siento curiosidad.

Gus examinó varios cuadros y se detuvo ante uno abstracto.

—Si fuera a comprar uno para mí, creo que elegiría éste.

—Es de Cari Barrow. Tienes buen gusto. Probablemente sea el más caro de los que hay aquí.

—¿En serio? —señaló un collage. ¿Y éste? Es precioso.

—Ése es mío —respondió ella sonrojándose.

—Vaya. Me gusta mucho la combinación de colores, resulta muy agradable a la vista —se volvió hacia ella sonriendo—. Eres un genio.

—Gracias.

Seguía ruborizada y los ojos le brillaban de placer. Y Gus sintió tantos deseos de besarla que se quedó sin aliento. Sin embargo, en lugar de hacerlo, dijo:

—¿Por qué no vienes a la playa con nosotros? ¿No puedes poner un cartel en la puerta que diga que has tenido que cerrar pronto y que lamentas las molestias?

Ella hizo un mohín. Gus vio que sopesaba los pros y los contras y creyó que su curiosidad por el incipiente vínculo ente Nick y él ganaría la partida.

—Creo que puedo cerrar una hora.

Gus sonrió y ella hizo lo propio. Se miraron a los ojos y. sin previo aviso, el fuego de su antigua atracción volvió a prender.

—Hola, mamá.

La voz de Nick los sobresaltó. Estaba en el umbral de la puerta, tenía el pelo revuelto y la cartera le colgaba del hombro.

—Hola, Nick. Llegas en el momento oportuno —dijo Freya en un tono extrañamente alto mientras aumentaba el color de sus mejillas —. Gus me estaba preguntando si te gustaría ir a darte un baño.

—¿Tú qué crees? —se le iluminó la cara—. Gracias, Gus. ¿Y tú, mamá? ¿No vienes?

—Sí, creo que sí.

—Genial.

«Esto es una insensatez», se dijo Freya mientras se ponía el traje

de baño. Cerrar la galería un lunes para irse a bañar con Gus era probablemente la mayor estupidez que había cometido en su vida.

Sabía perfectamente que tendría que haber dejado que Gus y Nick fueran solos, pero dos cosas la habían impulsado a no hacerlo, ninguna de ellas digna de admiración. La primera era que estaba celosa de la relación que se empezaba a establecer entre padre e hijo y no quería que la excluyeran.

La segunda era que esos escasos minutos a solas con Gus en la galería habían sido maravillosos y, a pesar de que sabía que tales momentos eran tan frágiles como una pompa de jabón y acababan por producir dolor, quería más.

Era una estúpida.

Se sentó en la cama para reflexionar antes de cometer un grave error.

¿Era de verdad tan egoísta que sentía celos del tiempo que Gus pasaba con Nick, después de haberlo tenido todos aquellos años para ella sola? No, quizá se sintiera algo preocupada ante la posibilidad de que Gus le robara a Nick, pero si ésa hubiera sido su única inquietud, no habría cerrado la galería para irse a la playa.

La verdadera causa de su estupidez era la otra: el placer embriagador que había experimentado ante los elogios que Gus le había dedicado a su cuadro: era la forma en que la sangre le circulaba más deprisa al mirarlo y la certeza de que nunca dejaría de amarlo, de que sacaría tiempo de donde fuera para estar con él.

Pero tratar de recuperar aquellos momentos era una insensatez, desde luego, porque lo que ella quería era toda una vida con Gus. ¿Por qué no recordaba que las vidas de ambos estaban a años luz?

Cuando él eligió esposa, se inclinó por una mujer que no podía ser más distinta de ella.

¿Por qué no recordaba que Gus estaba allí exclusivamente para ayudar a Nick?

—¡Mamá! —Nick asomó la cabeza por la puerta. Se había puesto el bañador y llevaba una toalla alrededor del cuello—. ¿Estás lista? Gus ha vuelto y nos espera.

—Ya casi estoy.

Se levantó de un salto y se miró al espejo. La última vez que Gus la había visto en traje de baño, ella era una jovencita en bikini. ¿Qué pensaría de ella en aquellos momentos?

Se puso una camisa larga y unas chancletas. En el vestíbulo agarró un sombrero y la bolsa de la playa. Nick iba dando saltitos

delante de ella, alegre y nervioso.

Ella vio a Gus por la ventana esperándolos en la calle. El corazón también comenzó a darle saltitos en el pecho, aunque estaba más nerviosa que alegre.

—¡Qué guay! —exclamó Nick—. Voy a la playa con mi madre y mi padre.

—Nick…

El niño se dio la vuelta, contempló la expresión precavida de su madre y puso cara de preocupación.

—¿Qué pasa?

—No debes tener demasiadas esperanzas. No puedes suponer…

—¿Qué? —preguntó el niño con el ceño fruncido.

—Me refiero a Gus y a mí. No somos…, no vamos a… —gimió ante su torpeza—. Tu padre está aquí para ayudarte, cariño, para conseguir que te pongas bien. Pero no debes esperar que él y yo volvamos a estar juntos.

En aquel momento, Nick estaba demasiado emocionado para que algo le preocupara. Se limitó a sonreír y a decir:

—Muy bien. Date prisa.

¿Debería habérselo explicado con más claridad?

—¡Nick!

El niño se dio la vuelta y la miró con unos ojos tan brillantes que no tuvo el valor de quitarle la alegría.

—Recuerda que no debes meterte muy adentro en el agua.

Después de dejar la toalla colocada y mientras caminaban por la arena hacia el agua. Gus sintió la necesidad de contraer los abdominales. Distaba mucho de estar gordo, pero no tenía el tipo de los dieciocho años, lo cual, hasta aquel momento, no le había preocupado en absoluto.

El agua estaba maravillosa. Había olvidado la estimulante experiencia que suponía agarrar una ola, sentir cómo te elevaba y dejarte arrastrar por ella hasta la orilla.

Y jamás hubiera soñado que aquel placer primario se incrementara por la compañía de un niño.

Como había muchas olas, Gus no dejó de observar a su hijo en todo momento y, la verdad, agradeció la distracción. Si no lo hubiera estado mirando, no habría apartado la vista de Freya y de su traje de baño.

En realidad, no se hubiera limitado a mirarla, sino que habría sentido la necesidad de estar cerca de ella y de hallar excusas para tocarla.

Pero Freya era más inteligente que él y se había mantenido a distancia. Cuando los tirantes del bañador se le caían, se los subía mucho más deprisa que cuando era joven, y no le lanzaba sonrisas seductoras.

Cuando Nick dijo que ya tenía bastante, volvieron adonde habían dejado las toallas, exhaustos y chorreando. Pero Poppy les sirvió de nueva distracción. Los esperaba sentada en la arena.

Nick hizo las presentaciones.

—Hola. Poppy. ¿A que no sabes una cosa? ¡Mi padre está aquí!

—Ya lo veo —Poppy sonrió.

«Ya estamos otra vez», pensó Gus.

A Poppy no le caía bien de joven y no sabía cómo lo recibiría en aquellos momentos. Ni siquiera estaba seguro del papel que había desempeñado en la decisión de Freya de no hablarle de su embarazo.

Pero había algo de lo que estaba seguro: le hubiera gustado llevar más ropa puesta al ver a la madre de Freya después de tanto tiempo. Era difícil sentirse respetable cuando se estaba medio desnudo y chorreando, sobre todo cuando sabía que Poppy consideraba que era hijo de una pareja de esnobs y totalmente inadecuado para su hija.

—¿Cómo estás, Poppy? —preguntó con una sonrisa forzada.

—Muy bien, gracias —contestó ella mientras se levantaba y envolvía a Nick en una toalla y lo abrazaba.

Gus se sorprendió de que al niño no le molestara aquel despliegue de afecto en público.

—Gus ha estado todo el día en el hospital —dijo Freya a su madre.

Sin dejar de abrazar a su nieto, Poppy se volvió hacia Gus.

—Freya me ha dicho que has venido a ayudar a Nick.

—¡Ojalá pueda hacerlo!

—Es una estupenda noticia —dijo Poppy sonriéndole abiertamente— y te estamos muy agradecidos. Freya y Nick siempre vienen los lunes a cenar a casa. ¿Quieres venir esta noche con ellos?

—¡Sí! —exclamó Nick alzando el puño.

—Tranquilo, Nick —le reprendió suavemente su madre—. Recuerda lo que te he dicho. Puede que Gus tenga otros planes.

Freya miró a Gus y éste se dio cuenta de que le estaba dando la oportunidad de rechazar la invitación. Trató de tomar rápidamente la mejor decisión.

Durante el tiempo que había salido con Freya, su madre nunca le había invitado a comer a su casa, pero en aquellos momentos, con la vida de su nieto en la cuerda floja, parecía que las barreras se habían derrumbado.

Se alegró sin poder evitarlo, a pesar de que se había propuesto mantener la distancia. Cenar los tres juntos con Poppy sería como jugar a la «familia feliz», y Nick podría llevarse una falsa impresión. A pesar de ello, Gus quería aceptar la invitación. Llevaba demasiado tiempo al margen.

Tres pares de ojos lo observaban en espera de su respuesta.

Al ver la mirada esperanzada de su hijo, Gus se decidió. Al fin y al cabo, estaba allí por él.

—Gracias, Poppy. Me encantará cenar con vosotros, pero antes debo pasar por el hotel para cambiarme.

Nick comenzó a bailar de alegría.

—Nosotros también tenemos que cambiarnos y Nick tiene que hacer los deberes —dijo Freya, que parecía sentir un gran alivio.

—La cena estará lista a las siete —les informó Poppy.

Mientras cenaban en la acogedora cocina de Poppy, realmente parecían una familia feliz.

Fue Nick quien abrió la puerta a su padre, y éste aspiró el aroma a jazmín procedente de unas velas y el olor a curry.

Nick puso los ojos como platos al ver el vino y las flores que Gus llevaba.

—¿Son para mamá?

Gus se estremeció al ver la alegría del niño.

—Son para tu abuela, que es la anfitriona y se ha tomado la molestia de prepararnos la cena.

Nick lo llevó a la cocina. Su padre se fijó inmediatamente en Freya, que estaba poniendo la mesa. Se había recogido el pelo y llevaba grandes aros de oro en las orejas. Al ver a Gus. le sonrió.

Su sonrisa era resplandeciente, como si estuviera iluminada desde su interior. Gus se habría quedado allí mirándola eternamente, si Nick no hubiera intervenido.

—Poppy. Gus te ha traído unos regalos.

Gus dio los regalos a Poppy, que se sonrojó como una colegiala y que le dio un inesperado abrazo.

—No recuerdo cuándo fue la última vez que un hombre me regaló flores.

—Qué detalle, Gus —dijo Freya sonriendo y besándolo en la mejilla.

Poppy puso las flores en un jarrón.

—Freya, cariño, trae unas copas y tú, Gus, el sacacorchos. Está en el cajón que hay al lado del fregadero. Y hay gaseosa para ti en la nevera, Nick. Sírvete, cielo.

Después de acabar de poner la mesa y llevar la comida, se sentaron. Por la ventana entraba un poco de brisa y les llegaba el sonido de las olas al romper en la playa. La casa de Poppy estaba situada al borde de la arena.

—Se me había olvidado lo que es vivir tan cerca del mar que puedas oírlo en todo momento —observó Gus.

—No sé si podría vivir sin ese sonido —dijo Poppy.

—Cuando me quedo a dormir aquí —intervino Nick— me duermo con el ruido de las olas.

Gus recordó una noche que había dormido allí con Freya. ¿Había vuelto a vivir una noche tan perfecta?

Se preguntó qué haría Freya las noches que Nick se quedaba a dormir en casa de su abuela. ¿Saldría con alguien? Se dio cuenta de que era una pregunta en la que no quería profundizar.

—El olor a curry me recuerda a África —afirmó.

Mientras Poppy servía la carne y el arroz, lo acosaron a preguntas y él les habló de Eritrea, en el cuerno de África.

—¿Dónde está el cuerno de África? —preguntó Nick.

—Ve a buscar el globo terráqueo y te lo enseñará —sugirió Poppy.

Nick tardó unos instantes en volver con el globo y dárselo a Gus. Después se apoyó en el respaldo de la silla de su padre con una mano en su hombro.

—Los nombres de los países han cambiado, desde que construyeron este globo, pero aquí está Eritrea, cerca de Etiopía; y esto es el mar Rojo.

Cuando Nick volvió a su asiento y comenzaron a cenar, Gus les habló de Asmara, la capital, de su bella arquitectura colonial y de las islas y arrecifes del mar Rojo.

—¿Viste muchos elefantes? —preguntó Nick.

—No, sólo quedan cien en Eritrea.

—¿Qué les ha pasado?

—La mayoría murieron durante la guerra.

—¿Qué guerra? —preguntó Nick, horrorizado.

—Una larga guerra con Etiopía por la independencia. Fue muy dura. Además de la guerra hubo sequía y muchas enfermedades —miró a sus tres oyentes—. Perdonad, no es un tema muy agradable para hablar de él en la cena.

—Ya estamos acostumbradas —afirmó Freya—. Nick ha hecho peores preguntas en otras cenas —y añadió dirigiéndose a su hijo—: Debido a la guerra y a la sequía, Gus fue a Eritrea a ayudar a sus habitantes.

Nick, claramente impresionado, preguntó a su padre:

—¿Cómo los ayudabas?

—Trabajando a su lado. Mi labor consistía en ayudarlos a combatir la sequía, así que me dedicaba a hacer pozos, a construir presas y a buscar plantas resistentes a la sequía para que las cultivaran.

—¿Y tu esposa? ¿También los ayudaba?

Freya lo miró a los ojos, desafiante. Gus tardó unos segundos en responder.

—Monique daba clases de Medicina en un hospital. Y enseñaba a la gente normas para estar sana.

—¿Cómo murió? —preguntó Nick.

—¡Nick! —exclamó Freya en tono de advertencia.

Capítulo 7

Gus consiguió sonreír. Sabía que Freya se había disgustado, pero no quería regañar a Nick. El chico era inteligente y entendía que su vida corría peligro. Lo más probable era que el tema de la muerte lo atormentara más de lo que daba a entender.

Tal vez una respuesta sincera lo ayudara.

Aún así, hablar de la muerte de Monique lo estremecía hasta lo más profundo de su ser.

—Mi mujer murió en una explosión. Tomó una desviación equivocada y la camioneta pisó una mina procedente de la época de la guerra.

—Dios mío —murmuró Poppy.

—Lo siento mucho —dijo Freya mortalmente pálida.

Se produjo un silencio incómodo que Gus no quiso dejar que se prolongara.

—Las guerras son terribles, pero ahora los eritreos siguen con sus vidas. ¿Has visto arte contemporáneo africano. Freya? Creo que te encantaría.

Freya se animó ostensiblemente.

—He visto una exposición en Canberra que me pareció fantástica. Me gustaron sobre todo las esculturas.

Le dijo a Gus los artistas a los que admiraba más y, para alivio de los adultos, Nick comenzó a aburrirse y dejó de hacer preguntas.

Las dejó para más tarde, una vez en casa, cuando su madre le había dado el beso de buenas noches e iba a apagar la luz de su habitación.

—Mamá, ¿te gusta Gus?

Freya tuvo que agarrarse al marco de la puerta para no caerse.

—Claro que me gusta.

—Quiero decir de verdad.

Aquella noche, después de lavar los platos, Gus los había acompañado a casa. Nick iba en medio de los dos hablando animadamente, saltando y, de vez en cuando, agarrándolos del brazo. Al despedirse en la puerta. Nick había dado a Gus un fuerte abrazo que pareció no tener fin.

Al recordar ese momento, Freya tuvo ganas de llorar. Volvió a la cama de Nick y se sentó en el borde.

—No has olvidado lo que te dije, ¿verdad? Sabes que Gus y yo no vamos a volver a estar juntos.

—¿Por qué no?

—Gus no ha venido aquí a verme. Ha venido por ti.

—Pero también quiere verte. No deja de mirarte y creo que le gustas.

«No deja de mirarte». Freya pasó por alto la emoción que le habían producido esas palabras.

—Bueno, sí… A Gus le caigo bien porque somos viejos amigos, nada más. Cariño, tienes que entender que eso no significa que vayamos a vivir juntos ni nada parecido.

A Nick se le llenaron los ojos de lágrimas.

Freya lo abrazó.

—No te pongas triste, cariño. Ahora que Gus sabe que tiene un hijo, querrá seguir en contacto contigo. Estoy segura de que lo verás a menudo. Está muy orgulloso de ti.

—Pero ¿y si vuelve a desaparecer?

—No lo hará.

—El abuelo lo hizo.

—Gus es un hombre distinto. La situación es completamente diferente. Gus está encantado de que seas su hijo y sé que significas mucho para él.

Nick se secó las lágrimas con un pico de la sábana.

—Supongo que si me da un riñón, tendrá que volver para asegurarse de que se lo cuido bien.

—Claro que sí —Freya consiguió contener la emoción que la embargaba y se obligó a imaginarse a su hijo fuerte y sano y viviendo momentos maravillosos con su padre.

Mientras salía del dormitorio se dijo que todo saldría a la perfección cuando Nick se pusiera bien.

Pero ¿cómo iba ella a poder soportar que Gus apareciera y desapareciera de sus vidas? Le resultaría mucho más fácil si no estuviera irremediablemente enamorada de él.

Esperar a que le dieran el resultado de las pruebas fue una nueva tortura para Gus. Trató de mantenerse ocupado y seguir en contacto con su trabajo a través del teléfono y el correo electrónico.

Con el coche de alquiler se dedicó a recorrer la zona. Veía a Nick por la tarde, después de acabar las clases, e iban a bañarse o a correr por la playa con *Erizo*.

Freya le había enviado un álbum de fotos de Nick por correo electrónico y las estudiaba minuciosamente, fascinado por la transformación gradual de su hijo desde su nacimiento. A veces le parecía que sonreía como Freya o reconocía en él expresiones como las que él tenía de niño.

Se sorprendió al darse cuenta de que había dejado de estar furioso por los años perdidos con su hijo. Ya conocía a Nick y eso era lo más importante. El pasado ya no existía; tenían el presente. Y si era el donante adecuado y los médicos hacían bien su trabajo, Nick podría disfrutar de una vida larga y sana, de la que él pensaba formar parte.

Más de una vez consideró la posibilidad de invitar a comer a Freya al hotel. A pesar de que seguía pensando que había sido injusta, quería conocerla mejor por diversas razones, una de las cuales era que conocía a Nick como nadie.

Ella había cambiado en muchos aspectos y quería saber cómo y por qué.

Pero no la invitó porque le había dejado claro que no quería intimar demasiado con él, y era razonable que fuera precavida pues Nick era el centro de su vida, y el niño necesitaba todo su amor y atención. Lo último que necesitaba en aquellos momentos era que la distrajera un antiguo novio.

De todos modos, a él le parecía increíble lo difícil que le resultaba mantenerse alejado de Freya. Para empezar, la veía todos los días y cada día estaba más guapa. Y el haber vuelto a Sugar Bay y estar rodeado de las vistas, los olores y los sonidos que habían acompañado al romance que habían tenido, se le hacía más difícil de soportar que esperar los resultados de las pruebas.

Recordó cómo se había enamorado de ella.

Le había parecido asombroso descubrir, al final de la escuela secundaria, que la chica tímida y esquiva que llevaba deseando desde hacía dos años, estaba interesada en él. Al principio lo consideró un milagro, pero a lo largo del verano, y a pesar del recelo de sus padres, la relación se hizo cada vez más íntima.

Recorrían kilómetros andando por la costa para estar completamente solos. La primera vez que hicieron el amor fue en una caleta, después de caminar dos horas y media.

Al recordarlo, Gus volvió a sentir el olor de la piel de Freya y su suavidad. Y se acordó de su entusiasmo, su dulzura y su valentía.

Y a ella no le había importado la torpeza que él había demostrado a causa de lo nervioso que estaba.

Había hecho el amor con más seguridad y delicadeza la vez siguiente, durante un fin de semana en casa de Poppy.

Ésta casi nunca se marchaba de Sugar Bay, pero una amiga la había invitado a un cumpleaños y estuvo fuera todo el fin de semana.

Freya había llamado por teléfono a Gus a su casa.

—Tenemos la casa a nuestra entera disposición todo el fin de semana.

—¡Vaya! Le he dicho a Mel que lo ayudaría en la gasolinera esta tarde.

—¿No puedes escaquearte o encargárselo a otro?

Lo intentó con varios compañeros y finalmente consiguió sobornar a Fred Barlett con la promesa de que le dejaría usar su tabla de surf durante quince días.

Cuando llegó a casa de Freya, ella lo recibió envuelta únicamente en un sarong rosa. Había encendido velas perfumadas y decorado la cama con pétalos de flores.

Hicieron el amor, se fueron a bañar, volvieron a casa, se ducharon y volvieron a hacer el amor con dulzura y ternura y también con malicia y desenfreno. Se besaron y acariciaron de una forma que sólo habían leído en los libros o de la que sólo habían oído hablar. Fue hermoso.

Estuvieron hablando hasta muy tarde y se prepararon un banquete a medianoche. Y Gus se dio cuenta de que una chica como Freya podía ser mucho más que una amante: podía ser también su mejor amiga.

¿Cómo era posible que se le hubiera olvidado todo eso? ¿Cómo la había dejado marchar?

Pero era demasiado tarde para volver a la edad dorada de los dieciocho e iba a enloquecer si se seguía haciendo ese tipo de preguntas. Después de tres días de inquietud, Gus fue al garaje de los hermanos Crane, donde encontró a Mel trabajando en un motor.

—Lo siento, Gus, pero no puedo dejarlo. ¿Qué te parece si nos tomamos una cerveza sobre las seis y media?

A esa hora estaban sentados en un bar con vistas a la bahía recordando su juventud y tomando cerveza. Mel le contó lo que

hacía y le habló de su esposa y de sus dos hijos.

Pero, inevitablemente, la conversación acabó centrándose en Freya y Nick.

Cuando Gus volvió con otro par de cervezas. Mel le dijo sin más preámbulos:

—El hijo de Freya es un chaval fabuloso. Y no me refiero sólo a su habilidad como jugador. Se está comportando de manera increíble al enfrentarse al problema del riñón. No habla de ello. Sigue viviendo como si tal cosa.

La emoción hizo que a Gus se le formara un nudo en la garganta y fue incapaz de decir nada.

—Dime que me calle si me meto en lo que no me importa, pero me parece que de tal palo tal astilla —prosiguió Mel.

—¿A qué palo te refieres?

Éste pareció desconcertado durante unos instantes, pero se recuperó enseguida.

—¿Tal vez al que está sentado frente a mí?

Era absurdo negar la verdad.

—Supongo que ya lo sabrá todo el pueblo.

—Puede que no todo —Mel sonrió—, pero sí las tres cuartas partes.

—Lo que quiere decir que casi toda la población de Sugar Bay se enteró de que soy el padre de Nick un día o dos después de saberlo yo —Gus volvió a sentir la furia que creía haber superado.

—¿No sabías nada? ¿Lo dices en serio? —Mel hizo una mueca de desagrado—. ¿Freya no te dijo que estaba embarazada?

—No tenía ni idea —respondió Gus con frialdad. A pesar de que creía haber aceptado que le hubieran engañado durante años, la herida se había vuelto a abrir.

—Vaya sorpresa. Al final de la escuela secundaria todos creíamos que Freya y tú erais la pareja con más posibilidades de…

—¿De qué?

—No sé. De seguir juntos, supongo.

Gus apretó los dientes con fuerza. Sabía que era verdad. Antes de marcharse de Sugar Bay, Freya y él estaban locos el uno por el otro y eran inseparables. Era incapaz de determinar cuándo había empezado él a cambiar, probablemente en cuanto se marchó a Brisbane. ¿Cómo, si no, la había dejado marchar con tanta facilidad?

A los dieciocho uno era impresionable y voluble.

Pero ¿era eso una excusa?

Lo peor era que había cambiado tan deprisa y tan radicalmente que había asustado a Freya. Pero no iba a confesarle a Mel Crane que ella había intentado contarle lo del bebé.

—Sé que no es asunto mío —dijo Mel—, pero aquí nadie sabía quién era el padre de Nick. Freya y Poppy se fueron al norte durante unos meses y, al volver. Freya estaba embarazada y no dijo nada sobre cómo había sido. Pero una cosa te digo, Gus: Freya ha hecho un trabajo espléndido con el chico. Como entrenador, he visto toda clase de familias. En mis equipos hay niños sin madre, sin padre, con padres que nunca acuden a ver jugar a sus hijos, con padres que gritan a sus hijos e insultan al árbitro. Es indiscutible que para Nick hubiera sido una ventaja tenerte, pero Freya lo ha hecho muy bien. Incluso deja que su hijo practique un deporte que a ella no le gusta. La respeto por eso. Estoy seguro de que preferiría que jugara al tenis.

Gus sonrió con ironía.

—A mi mujer, Freya le cae muy bien. En realidad, le cae bien a todo el mundo.

—Lo que me sorprende es que no se haya casado —dijo Gus.

—Y no ha sido por falta de oportunidades. Casi todos los solteros del distrito han puesto los ojos en ella —Mel se rió entre dientes—. ¿Y qué me dices de Nick? ¿Se pondrá bien?

—Eso espero.

—¿Con la ayuda de uno de tus riñones?

—Sí. Seguimos esperando que nos comuniquen si somos compatibles —en ese momento sonó su móvil—. Perdona. Qué coincidencia —dijo al mirar el número—. Me llaman del consultorio médico. Voy a salir un momento.

El corazón le latía con fuerza mientras se apresuraba a salir.

—Dígame.

—¿El señor Wilder? Tengo un mensaje del doctor Kingston. Tiene los resultados de los análisis de sangre y de tejidos y quiere que venga a verle.

—Desde luego. ¿Cuándo?

—Lo antes posible. ¿Podría venir a Brisbane mañana por la mañana?

—Por supuesto.

—Muy bien. Le doy cita a las once.

Una semana después, Gus volvió a ir a Brisbane, esa vez con Freya y Nick. Durante todo el viaje por la autopista, Freya se estuvo debatiendo entre la esperanza y el terror.

La semana anterior había sido un torbellino de preparativos desde que supieron que Gus era un donante perfecto por el tipo de sangre, las muestras de tejido, el estado de los riñones, el corazón, los pulmones y la mente. Si todo iba bien. Nick podría llegar a viejo disfrutando de buena salud.

Pero si las cosas se torcían…

Freya no quería ni imaginarse la posibilidad del fracaso, la rechazaba. Pero, a pesar de ello, sentía pánico.

No sólo le preocupaba Nick, sino también Gus, ya que toda operación implicaba un riesgo.

Dos personas a las que amaba podían correr peligro.

—No estés tan triste —le dijo Gus cuando se detuvieron a tomar un café.

—Lo siento —Freya sabía que, por Nick, tenía que parecer optimista.

Mientras pedían lo que iban a tomar, Gus le susurró al oído:

—Todo va a salir bien.

Ella alzó la cabeza y observó la seguridad que había en sus ojos. Eso le dio fuerzas. Gus la besó en la mejilla y ella deseó cerrar los ojos y apoyarse en él.

Y tal vez lo habría hecho si Nick no los hubiera estado observando.

En Brisbane se alojaron en un hotel al lado del hospital. Gus insistió en pagarlo, a pesar de las protestas de Freya.

—Hasta ahora no he contribuido al mantenimiento de Nick.

La cita con el coordinador del trasplante, el doctor Lee, era a las tres. En la sala de espera. Nick leía un cómic y Freya hojeaba una revista.

Gus le apretó la mano para infundirle valor y ella le respondió con una sonrisa.

Cuando entraron, el doctor Lee los saludó calurosamente y les explicó cómo iba a desarrollarse el procedimiento. Al día siguiente tenían que llegar pronto al hospital para hacer un reconocimiento final a Nick, que duraría todo el día. El equipo médico volvería a comprobar que el niño podía recibir el riñón de Gus y Nick comenzaría a tomar medicamentos para evitar el rechazo.

El doctor les explicó todo con calma. Parecía que un trasplante era algo rutinario que no implicaba riesgo alguno. Freya miraba de vez en cuando a Gus y a Nick, que intercambiaban sonrisas cariñosas, y el corazón le rebosaba de amor, orgullo y admiración. Los dos eran fuertes.

Por ellos trataría de estar tranquila y ser optimista. Al fin y al cabo era la única forma de pasar los días que se avecinaban.

Después de cenar, Nick estaba listo para irse a la cama. Era temprano y ni Freya ni Gus tenían sueño, por lo que se sentaron en el balcón de la habitación de Freya. Hablaron sobre todo de Nick. Freya le dio detalles sobre su infancia: cuándo había empezado a gatear y a andar; como, a los tres años, se había alejado de la casa, y el miedo que ella pasó hasta que lo encontró en la tienda de la esquina.

—Se había encontrado diez centavos y quería comprar comida para un pececito que había visto en el bajío —dijo sonriendo al recordarlo.

Los dos se echaron a reír y a Freya le pareció maravilloso estar sentada allí con Gus mientras su hijo dormía al lado. Estuvo a punto de creer que llevaban años haciéndolo, que eran una familia.

Durante unos instantes se deleitó en esa fantasía. Se vio comiendo con Gus, sentados en el sofá tomando una copa de vino y compartiendo la cama.

¡Por Dios! Estaba segura de que se había puesto colorada. Era una estúpida.

Pero estaba muy contenta por Nick de que su padre hubiera entrado en su vida y de que el niño lo adorara.

Y no tenía sentido desear haber tomado una decisión distinta en el pasado. En su momento le había parecido la correcta.

—Nick me ha hablado de tu padre —dijo Gus interrumpiendo sus pensamientos—. Tenías razón: ese viejo timador le ha hecho perder la confianza.

—Fueron unas navidades terribles. Pobre Nick. Estaba cantando villancicos con el coro del colegio y creía que su abuelo lo estaba escuchando. Pero fue precisamente entonces cuando mi padre se marchó, mientras Nick cantaba.

—Sigue preocupándole que yo también desaparezca.

—He tratado de tranquilizarlo.

—Yo también. Le he dicho que me tendré que marchar cuando acabe todo esto, pero que lo veré con frecuencia. Y lo digo en serio, Freya. No perderemos el contacto. Y vendré siempre que pueda.

Freya sabía que no debía alegrarse en exceso porque Gus le prometiera que seguiría en contacto, ya que era a Nick a quien quería ver. Incluso cabía la posibilidad de que quisiera llevárselo de vez en cuando, por lo que ella se debería acostumbrar a las despedidas.

Tales pensamientos la entristecieron, así que sonrió forzadamente.

—También aproveché la ocasión —dijo Gus— para decirle que tiene más de un abuelo.

—Sí, claro —Freya se sintió culpable—. Lo siento, Gus. Tenía que haberte preguntado cómo están tus padres.

—Están bien. Ahora viven en Perth. Mi hermana se mudó allí al casarse y ya ha tenido un niño. Mi madre no soportaba vivir tan lejos de su nieto.

Por primera vez en mucho tiempo, Freya recordó a los padres de Gus, de clase media y conservadores. Cuando vivían en Sugar Bay, el padre había sido el director de banco más importante y terco del pueblo. Su esposa y él nunca se habían relacionado con la comuna hippy que vivía al otro extremo de la bahía.

Y a los dos les había resultado muy difícil ocultar que Freya no les caía bien, pero había que reconocer que la trataban con tanta frialdad como Poppy a Gus.

—¿Les ha hablado a tus padres de Nick?

—Sí, hace dos días.

—Tuvo que resultarte difícil.

—No fue la llamada telefónica más sencilla de mi vida.

A pesar de que el tono de voz de Gus no era acusatorio, Freya pensó que, con su secreto, había hecho daño a más personas.

—¿Se sorprendieron?

—Por supuesto. Estaban sorprendidos y preocupados. Les gustaría venir a ver a Nick.

—Estupendo.

Freya sintió un gran desánimo ante la perspectiva de volver a ver a los padres de Gus, además de todo lo que le estaba sucediendo. Trató de desviar la conversación hacia otros temas, pero observó sorprendida que Gus fruncía el ceño como si se preparara para enfrentarse con ella. Instintivamente, alzó los

hombros y sacó la barbilla.

—Me sorprende que no te hayas casado —le dijo él desafilándola con la mirada.

Sus palabras la pillaron totalmente desprevenida.

—¿Ca-casarme? —repitió como una estúpida con el corazón latiéndole a toda velocidad.

—Eres una mujer encantadora y sé que has tenido muchos admiradores.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mel.

—Ah. Le encanta cotillear.

Gus no respondió y esperó a que le hablara de los hombres de su vida mientras ella se apoyaba en el respaldo de la silla y estiraba las piernas con aire de despreocupación.

Si otro hombre la hubiera interrogado a ese respecto, ella le habría dicho dónde podía meterse sus preguntas. Pero se trataba de Gus, el padre de su hijo, que no la interrogaba por celos sino porque se preguntaba por qué no había encontrado a un hombre que pudiera representar un modelo masculino para Nick.

—Mel tiene razón. He salido con algunos hombres, casi todos de aquí. Y me hicieron mucha compañía. Hace unos años, a través de mi trabajo, conocí a un hombre muy agradable de Melbourne —se interrumpió porque no quería añadir que era interesante e inteligente, que le gustaba Nick y que estaba dispuesto a comprometerse en una relación duradera.

—¿Y qué pasó?

¿No lo sabía? ¿No lo adivinaba?

—No había chispa entre nosotros —contestó ella con una sonrisa triste—. O no la suficiente.

No la suficiente para una relación a largo plazo. Ella temía que, al cabo del tiempo, Jason la aburriera. Pero no iba a decírselo a Gus.

Tenía las mejillas ardiendo, así que desvió la mirada y no vio cómo reaccionaba él. Gus no dijo nada durante unos segundos. Los dos se mantuvieron inmóviles mirando el tráfico incesante mientras ella se preguntaba por las mujeres de su vida, sobre todo por su esposa.

Al final, no pudo contenerse. Si Gus la había interrogado, también podía hacerle ella algunas de las preguntas que la mantenían despierta por la noche.

—¿Y tú? ¿Puedes hablarme de Monique? —vio que tensaba los músculos de la cara—. Si no te resulta doloroso, claro.

—¿Qué quieres saber?

Todo. Nada…

—No sé… ¿Cómo os conocisteis?

Gus se removió incómodo en la silla.

—Por el trabajo. Estábamos los dos en un pueblo remoto y éramos los únicos que no éramos africanos, así que comenzamos a vernos.

Por la forma de decirlo, parecía más una amistad que una relación amorosa. Pero tenía que haber sido romántica, porque Freya había visto a Gus enamorado y sabía lo tierno y apasionado que era.

—¿La trajiste a Australia? ¿Os casasteis aquí?

—No, nos casamos en África. Nuestros padres fueron a la boda.

«Nos casamos». Esas palabras la atravesaron como si le hubieran disparado.

Sintió un dolor más intenso que el habitual al pensar en Gus, lo que le demostró de modo definitivo que seguía enamorada de él. Después siguió torturándose al imaginárselo el día de la boda con su hermosa novia del brazo.

Se imaginó a sus padres, contentísimos, al conocer a los padres de Monique, igualmente contentos, y sus comentarios sobre la buena pareja que hacían y cómo estaban, hechos el uno para el otro.

Seguir haciendo preguntas era profundizar en la herida, pero Freya no pudo parar.

«¿Era guapa Monique?», quiso preguntarle, pero, en su lugar, dijo:

—¿Cómo era físicamente?

—Muy francesa —contestó él con una levísima sonrisa—. Con los ojos castaños, el pelo negro y liso y una nariz francesa.

—¿Qué es una nariz francesa?

—Muy puntiaguda —Gus sonrió.

Freya distinguió el afecto en su voz. Era evidente que la había amado.

De pronto, Gus lanzó un profundo suspiro y se echó hacia delante apoyando los codos en las rodillas.

—Perdóname, Gus. Tengo la misma falta de tacto que Nick y hago demasiadas preguntas inconvenientes.

—No importa. No son las preguntas…

—Pero los recuerdos te hacen daño.

—Sí —afirmó él levantando la cabeza—. Pero no del modo en que te imaginas.

Freya se sintió desconcertada. Él se puso de pie y se aproximó a la barandilla del balcón. Cuando se dio la vuelta, tenía una expresión sombría.

—Lo que más me duele es el sentimiento de culpa.

—¿De culpa? —¿qué demonios quería decir?

—Monique estaba a punto de marcharse de Eritrea —dijo él—. Pero la convencí de que se quedara otros seis meses hasta que yo acabara el proyecto de una presa.

Y en algún momento de esos seis meses, su camioneta había pisado una mina. Freya sintió una enorme compasión por Gus.

—No debes culparte —le dijo. Y al ver que no contestaba, prosiguió—: Pero creo que te entiendo. Cuando algo malo le sucede a un ser querido, es fácil convencerse de que se es culpable.

Gus la miró con el ceño fruncido.

—No te sentirás culpable de la enfermedad de Nick, ¿verdad?

—Es fácil hacerlo. A veces me torturo pensando que he hecho algo mal o que no he hecho algo que debía hacer, como haberlo llevado antes al médico.

La expresión sombría de Gus se transformó en una de ternura.

—Por lo que me han dicho, eres una madre fabulosa; perfecta, para ser exactos.

Distaba mucho de ser perfecta, pero, dadas las circunstancias, agradeció la generosidad de Gus al decírselo.

—Supongo que soy como la mayoría. Lo hago lo mejor que puedo. Los interrumpió el ruido de una bocina. Freya miró el reloj.

—No quiero que te acuestes tarde por mi causa. Tienes que estar en excelentes condiciones mañana para las pruebas finales.

Gus estuvo de acuerdo y se marchó. Freya se fue a la cama, pero le costó mucho conciliar el sueño.

Era absurdo. Después de tantas noches en vela preocupada por encontrar un donante para Nick. se había quitado ese peso de encima. Debería estar tranquila y dejar de dar vueltas en la cama y de poner en tela de juicio la decisión que había tomado tantos años antes.

El caso era que, hasta que Gus había aparecido, estaba segura de haber tomado la decisión correcta para ambos.

Cuanto más veía a Gus, y lo guapo, encantador y *sexy* que era, más recordaba cuánto lo había querido.

Freya gimió, incapaz de borrar los recuerdos. Recordó la calidez de sus abrazos y el sabor de sus besos, sus labios en los de ella, en su cuello y sus senos.

Recordó cómo ella lo besaba por todo el cuerpo y el olor del mar en su piel.

¡Por Dios! No podía seguir así, atormentándose de ese modo. Se levantó para prepararse un chocolate y buscar algo para leer que no fuese romántico.

Capítulo 8

El doctor Lee entró en la sala de espera sonriendo y con los pulgares levantados.

—¡Buenas noticias! ¡Todo bien!

Las pruebas habían terminado y el trasplante se realizaría al día siguiente. Empezarían a las nueve de la mañana y terminarían hacia la una de la tarde.

Con la aprobación del médico, Freya y Gus llevaron a Nick a ver una película de aventuras espaciales con final feliz. Después tuvieron que volver al hospital porque Nick tenía que quedarse allí a pasar la noche para comenzar a tomar la medicación antirrechazo.

Sentado en la cama del hospital, Nick sonrió a Gus.

—Mañana a esta hora ya tendré tu riñón en mi interior.

—Y yo estaré encantado de que así sea —le contestó Gus, emocionado.

—Se acabó el calentamiento global —Nick volvió a sonreír.

Sin embargo, Freya distinguió el miedo que se ocultaba tras su sonrisa y sintió unas ganas tremendas de llorar. Su valor la emocionaba.

—Estaré aquí muy temprano —le dijo al niño cuando dio muestras de tener sueño.

—Y traerás a Gus, ¿verdad?

—Sí, cariño.

Mientras lo abrazaba, decidió ser valiente. Si su hijo aguantaba sin un quejido, no iba ella a ser menos.

Gus abrazó a Nick.

—He observado a las enfermeras y no he visto ninguna vampira. ¿Y tú?

Nick negó con la cabeza y soltó una risita.

—Pero, de todas formas, te he traído un arma —Gus se sacó una pequeña sarta de ajos del bolsillo—. Esto mantendrá alejadas a las vampiras hambrientas. Están en todos los hospitales y tratan de parecer normales.

—Gracias por el aviso —dijo Nick riéndose—. ¿Dónde lo pongo? ¿Debajo de la almohada?

—El ajo huele mucho —afirmó Freya con precaución, preocupada porque Nick se metiera en un lío, pero sin querer estropearles el juego.

—Podemos ponerlo aquí —propuso Nick mientras abría el cajón de la mesilla de noche—. ¿Llegas a agarrarlo?

—Sí, genial. Me preguntaba qué haría si una vampira entrara en medio de la noche.

—Habrá enfermeras que entren y salgan toda la noche —Freya se sintió obligada a decírselo.

—Ya lo sé, mamá.

Freya se alegró de estar con Gus cuando salieron de puntillas de la habitación de Nick. Habían esperado hasta que se quedó dormido, pero a ella no le hacía ninguna gracia dejarlo solo.

—Mañana también será un día importante para ti —le dijo a Gus cuando llegaron a la planta baja.

—Pero tenemos que comer algo y me gustaría invitarte a cenar.

—¡Oh!

—¿Eso significa que sí o que no? —le preguntó mirándola divertido.

Freya se echó a reír y se señaló la camiseta y los vaqueros.

—Pensaba que no he traído nada que ponerme.

—Podemos buscar un sitio informal —propuso él.

Ella recordó que tenía en la maleta unos pantalones negros y un par de blusas.

—Probablemente pueda vestirme para un sitio caro.

—Estupendo. Vamos a darnos un lujo.

Freya se puso los pantalones negros y una blusa de seda de color crema, se hizo un moño, se puso unos pendientes y unas sandalias negros y un chal del mismo color.

—¡Caramba! —exclamó Gus al verla—. Si eso es informal, cómo será verte vestida de tiros largos.

Freya se dio cuenta de que Gus no la había visto vestida elegantemente, salvo para el baile de la escuela secundaria. Pero hacía tanto tiempo de eso que dudaba que se acordara.

Él, por supuesto, estaba guapísimo con su chaqueta oscura, su camisa blanca y su pantalón beis.

—¿Me pongo una corbata?

—No, estás… —no podía decirle que maravilloso—. Estás bien.

—He conseguido reservar una mesa en la marisquería que hay al lado del río y el taxi nos espera. No quería preocuparme por encontrar aparcamiento. Vamos.

Llegaron a las ocho pasadas y les condujeron a una mesa con vistas a la ciudad.

—¿Cómo has conseguido una mesa tan buena reservando tan tarde?

—Cuando me lo propongo, soy muy convincente.

Ella presintió que se estaba sonrojando y agarró el menú para ocultarse detrás de él. No tenía sentido recordar lo tremendamente convincente que Gus podía ser.

La cena fue estupenda. Gus era el acompañante perfecto y Freya se deleitó en la oportunidad de estar sentada frente a él, ya que podía mirar sus ojos maravillosos cuando quisiera. Hubo momentos en que casi se dejó de preocupar por Nick. Se imaginó que Gus y ella volvían a estar juntos y que estaban enamorados.

Tal vez Gus supiera que ella se pondría a llorar si hablaban de Nick, porque la entretuvo con anécdotas sobre la gente estupenda que había conocido en África. Y le explicó el proyecto de viviendas en el que estaba trabajando en el norte de Australia.

—Se trata de que las comunidades aborígenes sean quienes decidan lo que quieren hacer. Antes les construíamos casas según nuestros criterios. En este proyecto, participan en cada fase. Deciden el tipo de casa que quieren y dónde construirla. Es de esperar que evitemos los errores de falta de sensibilidad hacia otras culturas que se han cometido en el pasado.

—Parece que sigues el mismo modelo que en Eritrea.

—Sí, y funciona muy bien.

—Supongo que estarás deseando volver para ver cómo van las cosas.

—No puedo dejarlos en la estacada.

—¿Así que volverás en cuanto estés bien?

—Ése es el plan.

Gus entrecerró los ojos como si tratara de evaluar el estado de ánimo de Freya, que le dedicó una sonrisa esperando que no pareciera muy forzada.

Después de cenar pasearon por el sendero que discurría paralelo al río. Era un lugar tan romántico que deberían haber ido agarrados de la mano, pero se limitaron a caminar muy cerca el uno del otro. La manga de la chaqueta de él rozaba la fina seda de la blusa de

ella, y cada vez que Freya sentía el contacto, contenía la respiración.

Soplaba una suave brisa que rizaba el agua del río. Los pensamientos de Freya iban de Gus a Nick.

—¿Cómo estará?

Gus no tuvo que preguntarle a quién se refería.

—Seguro que duerme como un tronco.

—¿No debería llamar para ver si me echa de menos?

—Tienen el número de tu móvil y te prometieron que te llamarían si Nick te necesitaba.

Freya sabía que Gus tenía razón.

—Le ha encantado la sarta de ajos. Y le servirá de distracción esta noche —se detuvo e inspiró profundamente.

—¿Recuerdas la última vez que paseamos junto a este río?

—Sí, fue hace doce años. Me llevaste a cenar y luego me acompañaste a la estación.

Y para entonces ya había decidido no decirle nada del bebé.

¿Por qué?

Era difícil recordar cómo se sentía al tomar aquella decisión.

—Antes de que lleguemos a la parada de taxis quiero darte las gracias por todo, Gus. Sé que te he hecho mucho daño al no hablarte de Nick y lo siento de verdad. Yo… —tragó saliva y lo intentó de nuevo—. Quiero agradecerte que te hayas portado tan bien.

Él no respondió y, como las sombras le ocultaban la cara. Freya no pudo adivinar su reacción.

¿Qué se esperaba? ¿Que de repente la perdonara?

Gus estaba ayudando a Nick. ¿No le bastaba?

Le temblaba tanto la voz que casi sollozó.

—También quiero darte las gracias por estar dispuesto a donar el riñón a Nick. No estaba segura de cómo reaccionarías después de tanto tiempo.

—Es lo que cualquier padre hubiera hecho. Quiero a Nick. Además, mis riñones están sanos y puedo apañarme con uno. Y Nick vivirá.

Freya pensó que ayudar a Nick era otro de sus proyectos bienintencionados y meditados, y que era ilógico sentirse deprimida.

«¡Ya basta!», se dijo. «Debes sentirte agradecida por lo que ha hecho y no esperar nada más».

Pero, al volver Gus a su vida, se había dado cuenta de todo a lo que había renunciado, al único hombre que la llenaba de felicidad y de deseo en la misma medida.

«Pido demasiado. Que ayude a Nick debería ser suficiente. No debo desear nada más».

¿Cuántas veces tendría que repetírselo a sí misma? ¿Cuándo acabaría asumiéndolo?

Gus se sentó a lado de Freya en el taxi y observó el juego de las luces y las sombras de la calle en su hermoso rostro, y supo que las defensas que se esforzaba en mantener se tambaleaban.

Volvía a estar bajo su hechizo y no quería seguirse defendiendo. De todos modos, esa noche no era precisamente el momento oportuno para estar pensando en seducirla.

Como si quisiera demostrárselo, cuando el taxi se detuvo, Freya se bajó deprisa y consultó el móvil mientras él pagaba.

—Voy a llamar al hospital, Gus. Tengo un terrible presentimiento. Me aterra que algo vaya mal.

Su expresión grave confirmó a Gus lo que ya sabía: no había lugar para romanticismos. ¿Cómo podía estar pensando en eso cuando Freya estaba tan preocupada por Nick?

Había evitado hablar del niño en el restaurante, lo cual no implicaba que no hubiera estado pensando en él todo el tiempo.

Sabía que nada de lo que le dijera disiparía su miedo y la observó con preocupación mientras llamaba al hospital.

—Soy Freya Jones, la madre de Nick. Quería saber si todo va bien.

Mientras escuchaba atentamente a la persona al otro lado de la línea parecía vulnerable, pero estaba insoportablemente hermosa, y Gus deseó poder librarla de su dolor para siempre.

—Sí, sí, de acuerdo —Freya sonrió—. Son buenas noticias. Gracias.

Se volvió hacia él con una sonrisa radiante.

—Tenías razón, Nick duerme como un tronco y está perfectamente.

Se dirigió hacia él, pero tropezó, y Gus, sin dudarlo, abrió los brazos para recibirla.

Su pelo sedoso le rozó la mejilla y sus cálidos senos se aplastaron contra su pecho. Freya, después de tanto tiempo…

Era la felicidad absoluta que Gus la abrazara.

Freya se sintió mucho más tranquila y llena de esperanza. Quería seguir en sus brazos y no soltarlo nunca. Para separarse de él tuvo que hacer un enorme esfuerzo, pero lo consiguió.

—Gracias —dijo tratando de parecer normal y despreocupada—. Necesitaba ese abrazo.

—De nada. Estoy a tu disposición —respondió él con los ojos brillantes.

—También necesitaba salir esta noche —dijo ella mientras abrían la puerta del hotel—. La cena ha sido perfecta. Llevo en tensión mucho tiempo y mañana va a ser tan… tan… —se estremeció—. Me habría sentido fatal si hubiera tenido que pasar la noche sola.

Gus le pasó el brazo por los hombros mientras cruzaban el vestíbulo. El portero les sonrió pensando probablemente que eran amantes.

Nadie más montó en el ascensor. Gus le cedió el paso como un caballero, pero ella habría preferido que no la hubiera soltado.

—¿Cómo estás? —le preguntó ella.

Él le sonrió desconcertado, como si su pregunta fuera difícil de responder.

—¿Estás nervioso por lo de mañana?

—Ah —se rió despreciándose a sí mismo—. Sí, estoy aterrorizado —volvió a sonreír y la tomó de la mano.

Ella sabía que se trataba de un juego y era absurdo quedarse sin aliento por estar agarrados de la mano.

Al mirarlo a los ojos, el mensaje que le transmitieron hizo que se derritiera. Cuando el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron, no sabía si las piernas la sostendrían.

Por suerte, consiguió llegar hasta su habitación.

—Gracias por esta agradable velada, Gus —las palabras le parecieron trilladas, inadecuadas. Quería invitarlo a tomar algo, pero aquello no era una cita ni Gus un viejo amigo con el que ella pudiera estar tranquila, por lo que no estaba segura si sería apropiado invitarlo.

Mientras ella vacilaba, él sonrió y le acarició la cara.

—No irás a quedarte despierta toda la noche, preocupada por lo que sucederá mañana, ¿verdad?

—Espero que no —el roce de sus dedos era electrizante.

—Tal vez no debieras pasar la noche sola, Freya.

La mera idea de pasar la noche con él le provocó una oleada de deseo. Pero bromeaba, claro.

Freya vio cómo la miraba. Por Dios, ¡quizá no bromeara!

Después, sus dedos descendieron por su mejilla, y ella estuvo segura de que hablaba en serio. Y trató de recordar por qué no era una buena idea pasar la noche con Gus.

Su cerebro se negó a cooperar.

Lo único que se le ocurrió fue que aquella noche era la única oportunidad que tenían de estar juntos, y fue incapaz de hallar una sola razón para rechazar a Gus. Al fin y al cabo, su corazón le pertenecía desde hacía doce años.

—Creo… creo que no quiero estar sola, Gus.

Lo miró a los ojos y un mensaje silencioso se transmitió entre ambos. Freya sintió un calor en su interior como si se hubieran encendido mil cerillas. Deseaba que aquello sucediera con tanta intensidad que le resultaba increíble que estuviera sucediendo. La mano le temblaba de tal modo que fue incapaz de introducir la llave en la cerradura.

—Déjame a mí —dijo Gus.

La puerta se abrió.

Freya entró a oscuras y en silencio. Gus la siguió y encendió la luz. La habitación se iluminó y comenzó a oírse el aire acondicionado.

Freya se volvió hacia él con una sonrisa tímida.

—¿Quieres un café o una copa?

—No, gracias —se quitó la chaqueta y la dejó en una silla. Después se acercó a ella y le quitó el bolso, que agarraba fuertemente con ambas manos, y lo dejó en una mesa.

Los latidos del corazón de Freya eran ensordecedores. Le cosquillearon los labios de anticipación cuando Gus se inclinó hacia ella. Cerró los ojos y sus labios se tocaron.

Gus. Por fin.

Su sabor y el olor de su piel eran tal y como ella los recordaba. Lo abrazó y dejó que el beso fluyera en su interior como una ola que llegara a la orilla.

Era demasiado bueno para ser verdad. Al cabo de tantos años, Gus la besaba, la abrazaba estrechamente como si no pensara soltarla.

Freya había creído que sentiría timidez o vergüenza después de tanto tiempo, pero ni por asomo. Estar con Gus le pareció perfecto.

Se fueron acercando a la cama y cayeron juntos sobre la colcha. Durante unos instantes se limitaron a estar allí tumbados, mirándose a los ojos y sonriendo como si tuvieran dieciocho años y no creyeran en la suerte que habían tenido.

Gus le apartó el pelo de la cara.

—Sigues teniendo los ojos del color del mar. Siguen cambiando según tu estado de ánimo.

—Los tuyos no cambian. Pero me gustan así. Que siempre estén igual te hace muy…

—¿Predecible?

—Iba a decir digno de confianza —volvió a sonreír y le pareció que aquel momento era el más feliz de su vida—. ¿De qué color los tengo ahora?

—Verdes.

Volvieron a besarse con deliciosa lentitud, mordisqueándose, degustándose, profundizando y dejando que el deseo se renovara. Después, Freya estalló de impaciencia y se sentó y comenzó a desabotonarse la blusa con toda la velocidad que sus dedos temblorosos le permitían.

Gus se quitó la camisa, los zapatos y el pantalón en un santiamén. La ropa de ambos voló por la habitación y, con ella, lo hicieron las últimas inhibiciones de Freya.

Al volverse a tumbar, le ardía la piel. Gus era hermoso y ella estaba deseando que la acariciara. Emitió un grito ahogado cuando él comenzó a besarla en la mandíbula, la garganta y los senos.

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. No quería llorar, pero se trataba de Gus, y la felicidad se le mezclaba con la tristeza por todo lo que había perdido.

—Freya —susurró él con desesperación—. ¿Cómo pude dejar que te marcharas?

Aquello fue demasiado. Su emoción se desbordó y se aferró a él apretando la cara contra su hombro para tratar de contener las lágrimas. Pero Gus la separó con delicadeza y la besó la cara y los párpados húmedos y después la boca temblorosa y sollozante. Ella sintió el gusto salado de sus lágrimas en los labios de él, y se besaron con furia.

Mucho después, Gus apagó la luz y atrajo a Freya hacia sí. Apoyó la cara en la curva de su cuello y aspiró el aroma de su piel.

—Gus —murmuró ella, adormilada.

—Mmm…

—¿En qué piensas?

—En las chispas.

—¿En las que se producen entre nosotros?

Él sonrió y la besó en el cuello.

—Parece que no nos faltan.

—Creo que tienes tazón —le agarró la mano y comenzó a besarle cada dedo.

Ese simple gesto de intimidad lo emocionó y se dio cuenta de que necesitaba decirle una cosa que llevaba acosándole toda la noche.

—Por si te lo has preguntado, no era así con Monique.

Freya dejó de besarlo.

—En realidad me lo he preguntado. No he podido evitarlo.

—Resulta que nuestro matrimonio no iba bien —detestaba tener que reconocerlo, pero aquella noche quería que Freya lo supiera—. En cierto sentido se podría decir que era un matrimonio de conveniencia.

—¿De verdad? —ella se incorporó apoyándose en un codo.

—Nos pareció una buena idea en su momento. Dos adultos jóvenes que pensaban igual y que vivían en un país extranjero… con necesidades sanas.

—Pero ¿no estabais enamorados?

—No —respondió él al cabo de unos segundos—. Nos teníamos cariño, pero no estábamos enamorados.

—¿No hubiera sido más sencillo tener una aventura?

—¿Eso es lo que tú hubieras hecho?

—Lo he hecho muy de vez en cuando.

—Bueno, sé que ahora puede parecer pretencioso, pero Monique y yo tratábamos de dar buen ejemplo. Responsabilidad social, miembros respetables de una ONG, etc. Teníamos que proteger nuestra imagen, así que pensamos que lo mejor sería que nos casáramos. Fue un error —Gus hizo una mueca en la oscuridad. No quería seguir hablando de aquello, pero, ya que había empezado, tenía que decirle toda la verdad, y no verle la cara lo ayudaba—. Por eso Monique quería irse de Eritrea.

—¿Quería dejarte?

—Sí. Me pidió que nos separáramos un tiempo —Gus suspiró—. Pero mi maldito orgullo se lo impidió. No me gusta reconocer que he fracasado.

—Tus padres se hubieran disgustado.

—Por no decir algo peor. Estaba totalmente comprometido en la construcción de la presa y convencí a Monique de que se quedara otros seis meses.

—Oh, Gus. Y entonces sucedió lo de la mina.

—Sí.

—¡Qué terrible debió ser para ti!

Gus oyó el sollozo de la voz de Freya y se dio cuenta de que había sido un estúpido. ¿Por qué había iniciado aquella conversación? ¿Por qué trataba de librarse de sus remordimientos cuando lo que tenía que hacer era consolar a Freya?

Ella se sentó en la cama.

—Ponte boca abajo, Gus. Estás disgustado y tienes los hombros muy tensos. Voy a darte un masaje.

—Pero se supone que era yo quien tenía que ayudarte a relajarte.

—Y lo has hecho, créeme. Haz lo que te digo.

Sonriendo, Gus se puso boca abajo.

—No recuerdo la última vez que me dieron un masaje.

—Por eso necesitas uno ahora.

Las manos de Freya comenzaron a masajear sus músculos con firmeza, de manera más relajante que *sexy*.

Pero Gus se corrigió a sí mismo mientras la calidez y el bienestar se extendían por su cuerpo. Aquellas hábiles manos eran las de Freya… y estaba desnuda.

La mañana llegó con demasiada rapidez.

Freya oyó la alarma del su móvil y gimió somnolienta mientras extendía el brazo para apagarlo. Abrió los ojos de mala gana. Hacía meses que no dormía tan bien.

Entonces se acordó. ¡Nick! ¡El trasplante! ¡Gus! Tenían que llegar temprano al hospital.

—Buenos días, dormilona.

Vio a Gus en el cuarto de baño, junto al lavabo. Llevaba unos boxers de rayas blancas y negras y se estaba afeitando.

Parecía increíblemente tranquilo y, cuando sonrió a Freya, ésta

se sintió menos angustiada y recordó que se había prometido ser valiente.

A pesar de la dura prueba a la que iban a enfrentarse ese día, pensó que despertarse y ver a Gus era maravilloso, y admiró sus anchos hombros y sus bien definidos músculos.

Sintió un hormigueo en todo el cuerpo al recordar lo que había sucedido la noche anterior. Hacer el amor con Gus había sido hermoso, emotivo y catártico.

No era de extrañar que hubiera dormido tan bien.

Pero ese día, el cuerpo perfecto, fuerte y hermoso de Gus iba a ser dañado por el bien de su hijo.

Se sintió invadida de una oleada de gratitud, que se mezcló con su miedo y su felicidad. Se levantó y agarró un albornoz.

Se acercó a Gus y, procurando no mancharse con la crema de afeitar, lo abrazó.

Él se rió suavemente y la rodeó con sus brazos. Ella le recorrió las costillas del lado izquierdo con los dedos y se detuvo donde el bisturí del cirujano haría la incisión. Se le encogió el estómago.

Amaba a Gus. En el pasado había querido a un chico dulce y *sexy*, pero en aquel momento amaba a un hombre conmovedor, generoso y hermoso. Cuando estaba con él se sentía fuerte y segura.

Luchando contra el miedo, Freya le sonrió con valentía y lo besó, con crema y todo.

Capítulo 9

La seguridad de Freya vaciló al llegar al mostrador de ingresos del hospital. Gus esperaba que lo dejara allí, pero a ella le resultaba imposible.

—No necesito que me ayudes a rellenar un impreso —dijo él con suavidad—. Ve corriendo a ver a Nick. Te necesita.

—Pero trataré de volver antes de que te lleven al quirófano.

—Quédate con Nick. Todo va a salir bien.

Nunca se había sentido tan desgarrada. Estaba ansiosa de ver a Nick, pero le resultaba muy difícil dejar a Gus.

—Si no vuelvo antes de que te lleven al quirófano… —Freya dudó mientras trataba de no llorar. Quería decirle a Gus que lo quería pero la enfermera los estaba mirando y, por otra parte, tal vez Gus no quisiera oír esa confesión, quizá se sorprendiera de que ella se hubiera apresurado a sacar conclusiones sobre su relación después de una única noche juntos.

—Mucha suerte —se limitó a decirle—. Que todo salga bien.

Con un suave sonido que podía haber sido un gemido, él la atrajo hacia sí y la abrazó.

—Gracias —susurró ella—. Si me vuelves a abrazar así, podré salir de ésta.

—Yo también.

La soltó, le guiñó el ojo y la besó en la mejilla.

—Vete. Dile a Nick que lo quiero. Y no te olvides de tomarte un café. No tienes que ayunar porque nosotros dos debamos hacerlo.

Era imposible que se tomara un café, ya que tenía un nudo en el estómago. Mientras se alejaba, la felicidad y la seguridad en sí misma que la habían acompañado desde que se había despertado la abandonaron, y volvió a tener miedo.

¿Y si algo saliera mal? ¿Podría soportarlo?

Quería ser valiente, pero ¿qué podía asustarla más que el hecho de que fueran a sufrir una operación importante las dos personas a las que más quería en el mundo?

Se detuvo frente a la habitación de Nick e inspiró profundamente. No quería demostrar a su hijo que tenía miedo. Se

obligó a sonreír y entró.

—Hola, mamá —Nick le sonrió de oreja a oreja—. Mira quién está aquí.

A ella se le congeló la sonrisa al ver a la pareja de pelo blanco que estaba al lado de la cama. Hacía años que no los veía, pero los reconoció de inmediato.

Los padres de Gus.

Se llevó la mano al pecho. Sabía que en algún momento tendría que enfrentarse a Bill y Deirdre Wilder, pero no esperaba que fuera aquella mañana.

—Mis abuelos han venido a verme —le anunció Nick con orgullo —. Son los padres de Gus.

Freya consiguió sonreír y les tendió la mano.

—Es un placer volver a verlos.

Los padres de Gus asintieron. La señora Wilder la miró con severidad. Pero al menos le estrecharon la mano.

—¿Cómo estás, Freya? —le preguntó él.

—Hola, Freya —dijo la madre sin sonreír.

—Es estupendo que hayan podido venir tan deprisa. Habrán viajado toda la noche.

—En realidad, llegamos anoche. Tratamos de llamar a Angus al hotel, pero no respondió.

A Freya no le pasó desapercibido el tono levemente acusatorio de Deirdre Wilder.

—¿Gus está bien? —preguntó su padre.

—Sí. Ahora mismo lo están ingresando.

Esperaba no parecer culpable. Era indudable que los padres de Gus siempre la habían considerado una mujer de la vida que había seducido a su hijo y les había robado a su nieto. Aunque sabía que era una tontería, no podía desechar la idea de que habían adivinado que su hijo había pasado la noche con ella.

Después de un incómodo silencio, Freya dijo:

—No saben lo agradecida… los agradecidos que estamos los dos a Gus. De no haber sido por él… —tuvo que interrumpirse porque iba a echarse a llorar y sabía que la situación era tan emotiva para los padres de Gus como para ella. Inspiró profundamente y le pasó a Nick el brazo por los hombros—. Y ahora Nick ha conocido a sus abuelos —lo besó—. ¿Cómo te sientes, campeón?

—Tengo hambre. Las enfermeras no me han dejado desayunar.

—Gus tampoco puede comer nada —dijo Freya sonriendo.

—Nick se parece mucho a Gus —afirmó Deirdre Wilder con voz ahogada.

—Poppy siempre me dice que tengo los ojos de mamá —Nick estaba encantado de ser el centro de la atención.

—Bueno, sí, tienes los ojos muy claros —Deirdre Wilder le sonrió con sorprendente amabilidad, aunque su expresión se transformó en una máscara de hielo cuando se dirigió a Freya—: ¿Está aquí tu madre, Freya? —le preguntó como si esperara que Poppy hubiera renegado de sus deberes de abuela.

—Está de camino. Llega esta mañana en el tren —sonrió a Nick —. Poppy estará aquí cuando te despiertes.

La verdad era que a Freya le sorprendió que su madre no insistiera en ir a Brisbane cuando fueron Gus, Nick y ella, pero Poppy había afirmado categóricamente que los tres necesitaban estar solos un tiempo.

—Para que se creen lazos afectivos —dijo misteriosamente—. Mientras tanto me ocuparé de *Erizo*. Después se lo dejaré a Jamie, el amigo de Nick, y tomaré el primer tren el día de la operación. Estaré con Nick cuando más me necesite.

Freya se preguntó cuántos «lazos afectivos» esperaba su madre que se crearan. Sospechaba que Poppy se sentía algo culpable por su insistencia de años atrás en que su hija no necesitaba a un hombre en su vida y en que las dos solas podían criar a Nick perfectamente.

Fueras cuales fueran las razones de su madre, Freya le estaba muy agradecida por el tiempo que habían pasado con Gus.

Unos pasos anunciaron la llegada de la enfermera.

—Buenos días, Nick. Vengo a lavarte y a ponerte esta bata —sonriendo, le mostró una bata de hospital—. ¿Qué opinas de la última moda?

Nick la miró con aire dubitativo.

—¿Mi padre también se pondrá una?

—Probablemente lo esté haciendo ahora mismo. Y sin discutir.

Deirdre Wilder se volvió hacia su esposo.

—Será mejor que nos demos prisa si queremos ver a Angus.

Besaron a su nieto, le desearon suerte y se marcharon.

Mientras la enfermera comenzaba a desabotonarle el pijama. Nick sonrió a Freya con satisfacción.

—Ahora tengo padre y cuatro abuelos. ¿No es genial? Soy como Jamie.

Al ver la emoción que brillaba en los ojos de su hijo, Freya sintió un nudo en la garganta. Quiso decirle que no debía esperar que su familia fuera como la de Jamie.

Los abuelos de Jamie, el mejor amigo de Nick, vivían en el interior de Sugar Bay. Las dos familias tenían granjas en las que se celebraban los cumpleaños y la Navidad, reuniones en las que había innumerables tíos y primos. Nick consideraba tales celebraciones un paraíso familiar.

Era imposible imaginarse que los Jones y los Wilder se reunieran así. Pero, mientras la enfermera lavaba a Nick, el niño sonrió a su madre.

—En realidad, tengo más suerte que Jamie, porque su padre no le ha donado un riñón.

Freya estuvo a punto de sollozar, pero volvió a sonreír a su hijo.

En cuanto Nick estuvo lavado y vestido, llegó el anestesista para introducirle el, gota a gota.

—Aquí van las medicinas mientras te operan —le dijo el anestesista.

Nick palideció al ver los tubos y la jeringuilla.

—¿También se lo van a poner a mi padre?

—Se lo acabo de poner.

Eso fue suficiente para satisfacer a Nick, que se sometió sin hacer ni una mueca. Freya deseó poder decirle a Gus la confianza que le proporcionaba a Nick el saber que su padre compartía la misma dura prueba.

Pero no iba a dejar a Nick en aquel momento. Además, pensar que los padres de Gus la vieran con su hijo la ponía nerviosa.

Para vergüenza de Gus, el alma se le cayó a los pies cuando vio que los pasos que había oído en el pasillo eran de sus padres. Estaba seguro de que no volvería a ver a Freya, pero conservaba un resquicio de esperanza. ¿Cómo habían llegado sus padres tan pronto?

—Angus —dijo su madre sollozando mientras corría a abrazarlo —. Pobrecito mío.

—Cuidado con el gotero, mamá.

Gus recibió los abrazos de su madre y los apretones de mano y palmadas en la espalda de su padre.

—¿Estás bien, hijo?

—Muy bien, gracias. Me han hecho muchas pruebas últimamente —consiguió sonreír—. Y parece que estoy perfectamente.

Su madre hablaba con nerviosismo y le acariciaba el pelo como si tuviera diez años.

—Teníamos que verte antes de que te llevaran al quirófano. Hemos conocido a Nick y es encantador. Se parece mucho a ti.

—¿Cómo está?

—Bien. Está siendo muy valiente. Y también hemos visto a Freya, claro. Parece…

—¿Está bien? —la interrumpió Gus. A pesar de lo que le preocupaba Nick, era en Freya en quien no dejaba de pensar y en lo mal que lo debía estar pasando.

Su madre hizo una mueca de disgusto.

—Parece que está bien —lo dijo como si la salud de Freya fuera un defecto de su personalidad.

—Estás haciendo lo correcto, hijo —dijo su padre—. Quiero que sepas que estamos orgullosos de ti.

—Gracias, papá —respondió Gus con sinceridad—. Y gracias por venir.

Esperaba que lo acosaran a preguntas sobre el motivo de que Freya no le hubiera hablado de su hijo.

Casi oía las preguntas de su madre: «¿Qué pasa con las visitas, Nick? Freya no puede seguir manteniéndote al margen de la vida de Nick».

Era indudable que las preguntas vendrían más tarde.

—Ahora no te preocupes por nada —dijo Deirdre—. Estaremos aquí para cuidarte cuando haya acabado la operación.

—No hace falta. Estaré…

—Claro que hace falta, cariño. Hemos venido desde muy lejos para cuidarte. Llevas mucho tiempo cuidando a otros y ya es hora de que alguien te mime.

Aunque así fuera, los únicos mimos que a Gus le interesaban eran los de Freya. Pero no iba a discutir con su madre. Respiró aliviado cuando llegaron dos enfermeros.

—Ha llegado el momento de bajarle al quirófano —le anunciaron alegremente.

Por fin. Gus lo estaba deseando. Trató en vano de tranquilizar a su madre, que se había echado a llorar.

—No te preocupes. Todo saldrá bien. Cuida de Freya. Su madre

redobló el llanto al oír la última frase.

Fue el día más largo de la vida de Freya.

Mientras comenzaban a operar a Gus, esperó con Nick en su habitación. Trató de leer una revista, pero le resultaba imposible concentrarse.

Los médicos que estaban operando a Gus le hicieron saber que todo estaba saliendo bien, ante lo cual respiró aliviada. Después le llegó el turno a Nick de bajar al quirófano.

Era el momento que Freya más temía, pero, por su hijo, no se desmoronó. Pensó en Gus que donaba el riñón en esos momentos. Nick simplemente iba a recibir su regalo. Nada más.

Cuando todo acabara, Nick volvería a estar sano. Pero, mientras lo subían a la camilla, le pareció increíblemente joven, pequeño y vulnerable. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ya te vas —le dijo mientras lo despedía con un beso como si se fuera a la escuela—. Poppy estará aquí cuando te despiertes.

Al doblar la esquina, Nick intentó sonreír, pero estaba pálido y preocupado.

Freya se quedó sola. Demasiado nerviosa para permanecer sentada, se puso a recorrer los pasillos. Pasó por una fuente y se dio cuenta de que no había bebido nada en toda la mañana. Mientras sorbía el agua helada, se repitió que todo saldría bien.

Pensó que debería comer algo o al menos tomarse un café, pero la sola idea de ingerir algo que no fuera agua le producía náuseas. Trató de llamar a Poppy, que estaría a medio camino de Brisbane, pero no consiguió comunicarse con ella. Poppy odiaba la tecnología moderna y casi nunca encendía el móvil.

Trató de ser optimista, así que se imaginó que Nick se licenciaba en la universidad, conseguía un trabajo fantástico, se casaba y tenía hijos. Quería que la vida de su hijo fuera perfecta, pero tendría cuidado para no entrometerse en ella y dejar que tomara sus propias decisiones, que esperaba que fueran más acertadas que las que ella había tomado.

Sin embargo, al pensar en Gus, fue incapaz de imaginar su futuro o tal vez le diera miedo hacerlo.

Deseó haber hablado con él del futuro la noche anterior. Pero él sólo le había ofrecido una noche, que había sido fabulosa, por lo que ella no quiso estropearla.

No pudo evitar recordarla. La mezcla de pasión y ternura que le había demostrado Gus no podía ser fingida. Recordó la confesión que le había hecho sobre su matrimonio. Pobre hombre. La culpa, aunque fuera injustificada, era un fardo muy pesado.

Lo único que sabía de sus planes era que iba a volver a su trabajo en cuanto se hubiera repuesto, y que tardaría meses en acabarlo. Nada en la situación fomentaba sueños románticos.

De mala gana dirigió sus pensamientos a Bill y Deirdre Wilder, quienes, sin duda, estarían sentados en la sala de espera, ya que las noticias del quirófano se las darían allí.

«Entonces, ¿qué hago aquí tratando de no verlos y dando tumbos por los pasillos?», se preguntó.

Disgustada por su estupidez, comenzó a deshacer el camino, pero se perdió dos veces. Al final consiguió llegar a la sala de espera temblando y casi sin aliento.

No había rastro de los padres de Gus.

Capítulo 10

Una familia que estaba sentada en una esquina de la sala de espera se volvió hacia Freya cuando entró.

—Siento molestarlos, pero ¿han visto a una pareja mayor esperando aquí?

—Estaban operando a su hijo, pero ya han acabado. Están con él en su habitación.

—Gracias.

Se mareó mientras corría por los pasillos. Se detuvo para preguntar a una enfermera dónde estaba la habitación de Gus y siguió corriendo todo lo que le permitían las piernas.

Al llegar, lo vio tumbado en la cama, aparentemente dormido y lleno de tubos por todas partes. Sus padres estaban a ambos lados de la cama. Deirdre Wilder se levantó enseguida y se acercó de puntillas a la puerta mientras se llevaba un dedo a los labios para pedirle que no hablara.

—No se puede molestar a Angus —siseó.

—¿Está bien?

Deirdre salió al pasillo.

—La operación ha sido un éxito, pero sigue dormido. Las enfermeras nos han avisado de que necesitará calmantes muy fuertes que probablemente le producirán sueño.

—Pobre Gus.

—Sí —afirmó Deirdre.

—¿Puedo entrar un momento?

—Dadas las circunstancias, creo que somos su padre y yo los más indicados para ayudarlo.

—Sólo querría…

—Tal vez más tarde se encuentre en condiciones de recibir visitas —Deirdre la miró con dureza y hostilidad—. Cortas.

Estaba claro lo que quería decir: «Somos la familia de Gus y tú no formas parte de ella y sólo causas problemas».

—Dele recuerdos de mi parte —dijo Freya, pero dudaba que Deirdre lo fuera a hacer.

Volvió a la sala de espera. Temía no ser capaz de aguantar todo

el tiempo que tendría que esperar.

Pero Poppy estaba allí.

¡Qué alegría le produjo verla! ¡Qué maravilla sentirse en sus brazos!

Poppy tenía un termo de té, todavía caliente, y una caja de galletas que había hecho la madre de uno de los amigos de Nick. Le habló de Sugar Bay, del tiempo glorioso que habían tenido, de que *Erizo* se había quedado contento en casa de Jamie y de que todo el mundo le había deseado suerte.

Freya agradeció su charla y Poppy no le hizo preguntas indiscretas sobre los días anteriores.

Pasaron las horas y, por fin, el doctor Lee apareció en la puerta. A Freya le dio un vuelco el corazón al tiempo que se ponía en pie de un salto.

—Las cosas no han podido salir mejor —les anunció—. El riñón ya está en su sitio y Nick ya está produciendo orina en la mesa de operaciones.

—¡Qué maravilla! —Freya lo abrazó y le dio las gracias, abrazó a su madre y le dio las gracias—. ¿Y Gus? ¿Sabe ya la noticia?

—Aún no.

—Entonces, perdonad, pero tengo que dársela.

Freya empezó a correr.

Le dolía mucho.

Gus estaba preparado, pero la intensidad del dolor le sorprendió. Se despertó por su causa y vio a su madre sentada al lado de la cama.

—¿Cómo está Nick? —fue lo primero que preguntó.

—Todavía no lo sabemos, cariño.

Gus cerró los ojos. Se sentía drogado y se durmió para volverse a despertar enseguida. Creyó oír la voz de Freya entre susurros. Su madre estaba en la puerta, pero volvió a la cama silenciosamente y sin Freya.

—¿Era Freya?

—Sí. Ha venido a decirnos que todo ha ido bien. Nick ya ha salido del quirófano y lo han llevado a cuidados intensivos infantiles. Está bien.

—Es estupendo —Gus consiguió esbozar una sonrisa—. Cuánto me alegro —después se acordó—. ¿Por qué no ha entrado Freya a

verme?

—Tienes que descansar, cariño.

—¿Quieres decir que no has dejado que entrara? —trató de incorporarse y jadeó al sentir un terrible dolor en el lado izquierdo del cuerpo.

—Aún no puedes recibir visitas.

Gus trató de discutírselo, pero se sentía exhausto y desistió.

***

—Esa mujer siempre ha sido una bruja —le dijo Poppy a Freya —. Y no se ha dulcificado con la edad.

—En mi opinión se parece más a un rottweiler.

Madre e hija intercambiaron una sonrisa compungida sentadas a la mesa donde habían cenado. No podían hacer nada más en el hospital aquella noche mientras Nick y Gus descansaban, así que habían salido a cenar. Lo hicieron en un restaurante italiano.

Era la primera comida decente de Freya en todo el día y, por fin, comenzó a relajarse. Tal vez por eso estaba deseosa de manifestar cómo la había decepcionado la madre de Gus.

—No me ha dejado acercarme a él. Me ha cerrado el paso como un jugador de *rugby*.

—No podrá impedir que su hijo te vea cuando haya recuperado las fuerzas.

—No estoy tan segura.

—¡Deja de ser tan negativa!

Freya suspiró. Una vez liberada de la tensión, se sentía exhausta. Aunque seguiría experimentado cierto grado de tensión hasta comprobar que el cuerpo de Nick aceptaba el nuevo riñón.

¿Por qué no estaba más contenta? Había pensado que se sentiría eufórica y debiera estarlo. Llevaba esperando ese día mucho tiempo y, por fin, el miedo y la ansiedad se habían terminado. En un par de semanas, Nick y Gus volverían a hacer una vida normal.

Justamente ése era el problema. La vida de Gus estaba muy lejos de allí y lo iba a echar terriblemente de menos. Y la insatisfacción que experimentaba en aquel momento, después del triunfo obtenido, se debía exclusivamente a que no había podido verlo y comprobar que estaba bien y que sus sentimientos por ella, eran tan intensos como los de esa misma mañana.

«Qué vergüenza, Freya. El pobre lo está pasando fatal y tú eres

una asquerosa egoísta», pensó.

—Deja de preocuparte —le dijo Poppy en un tono de ligera impaciencia.

—Lo siento, pero es que estoy muy cansada —contestó Freya apretando la mano de su madre—. Como dices tú, todo parece mejor tras una noche de descanso. Mañana estaré como nueva.

Gus no daba crédito al ver que su madre había vuelto a montar guardia a la mañana siguiente, muy temprano. Llegó con fruta y flores y tres novelas y se instaló en una esquina de la habitación con la aparente intención de no moverse.

Gus quería a su madre, desde luego, pero ésta tenía la desgraciada costumbre de tratar de asfixiar a los demás, rasgo que había provocado su huida a África en tanto que su hermana se mudaba a Perth, al otro lado del continente, sin mucho éxito, ya que, al final, los padres se habían trasladado allí.

Contuvo un gemido de irritación. No era un inválido. Le habían quitado el gotero y se había levantado y duchado, y estaba deseoso de recuperarse.

—Mamá, no hace falta que te quedes aquí todo el día —le dijo en tono diplomático.

—No me importa, cariño. Llevo mucho tiempo sin hacer nada por ti. Quiero estar disponible por si me necesitas.

—Pues, para serte sincero, lo que de veras necesito es ver a Nick.

—Sería estupendo, desde luego. Creo que ya ha salido de cuidados intensivos y está en su habitación.

—Genial —Gus apartó la sábana.

—Pero no pensarás ir andando hasta allí, Angus. Aún no estás muy fuerte.

—Claro que sí.

—Espera, voy a ver si encuentro una silla de ruedas —contestó su madre, alarmada.

—No la necesito.

—Claro que sí —dijo ella con voz quejosa—. No seas tonto. Voy a preguntar.

Gus no estaba dispuesto a esperar. Quería ver a Nick y no quería que fuera su madre quien lo llevara. En cuanto ella hubo salido, se levantó con cuidado. La herida le seguía doliendo mucho, pero

tendría que aguantarse.

Podía andar bastante bien si se mantenía recto.

Fue Poppy quien saludó a Gus en la habitación de Nick.

—Gus, qué alegría verte levantado. Mira quién ha venido, Nick —sonriendo, se acercó a la puerta y tomó a Gus del codo—. Despacio —murmuró mientras lo conducía a una silla—. Os dejo para que habléis —y salió discretamente.

Gus percibió el brillo de los ojos de Nick y su buen color.

—Tienes un aspecto estupendo.

—Estoy muy bien. El doctor Lee dice que mi riñón funciona mejor que los suyos. Gracias, papá.

Consternado, Gus se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar. Quería mucho a su hijo y había temido que el trasplante no funcionara. Sonrió tembloroso.

—Saber que vas a estar bien es la mejor noticia que me pueden dar.

—Me han dicho que hoy podré levantarme —Nick sonrió.

—Estupendo.

De pronto, la sonrisa del niño se desvaneció.

—Pero hay una cosa que no me gusta. No podré volver a jugar al *rugby*.

Gus sonrió al saber de lo que se trataba, pero recordó que, cuando tenía la edad de Nick, el *rugby* dominaba su vida.

—Es un fastidio, pero ya sabes lo que eso significa: que tendrás más tiempo para hacer surf, escalar, navegar, ir detrás de las chicas…

Al oírle mencionar a las chicas, Nick soltó una risita.

—Hablando de chicas —dijo Gus con la esperanza de parecer despreocupado— ¿dónde está tu madre? —a pesar de todo, no dejaba de pensar en ella.

—Ha ido a llamar por teléfono por algo relacionado con la galería. Volverá enseguida —el niño lo observó con una mirada de complicidad.

—¿Por qué me miras así?

—Estaba pensando que quizá mi madre te siga cayendo bien.

—Por supuesto que me cae bien.

—Pero ¿significa eso que…? —Nick se puso colorado y se miró las manos mientras retorcía el pico de la sábana—. Supongo que no… ¿Piensas casarte con ella?

Fue como si Gus hubiera chocado contra una pared. Lo último

que se esperaba era que su hijo, recién salido de cuidados intensivos, se transformara en un Celestino.

Consiguió reírse para ocultar la consternación que sentía.

—Te estás precipitando —se rascó la barbilla mientras trataba de decidir cómo responder a la pregunta, a lo que lo ayudaría mucho saber la respuesta, desde luego.

A pesar del dolor, de las visitas de sus padres y de las del personal médico, no había dejado de pensar en Freya. La noche que habían pasado juntos había sido increíble, mejor incluso que cuando eran jóvenes. Y una noche no era suficiente.

Pero necesitaban tiempo para descubrir adonde les llevaría la maravillosa química que había entre ellos.

Pero no tenían tiempo.

Y no quería dar a Nick falsas esperanzas ni confundirlo. El niño tenía que recuperarse, estabilizarse en casa con su madre y su abuela, volver a la escuela y comenzar a practicar un deporte distinto.

Reprimió una mueca. Nick observaba todas sus reacciones atentamente.

—Desde que tu madre y yo nos volvimos a ver en Darwin, sólo hemos pensado en ti. He dedicado todo el tiempo a intentar que te pongas bien y no he tenido la oportunidad de pensar en otras cosas, como el matrimonio.

—Pero ahora sí tienes tiempo.

—No, Nick. Tengo que volver a trabajar en cuanto pueda. Una comunidad entera depende de mí. Pero estaré en contacto contigo y con tu madre.

Nick asintió muy lentamente como si necesitara reflexionar sobre sus palabras.

—¿Sigues enfadado con mamá por no haberte hablado de mí?

—Ya no. Creo que dejé de estarlo en cuanto te conocí. Pero no deberías darle vueltas a esas cosas —Gus le revolvió el pelo.

—No me preocupan. Creo que ya he adivinado lo que os pasó a mamá y a ti y por qué ella no te habló de mí.

—¿En serio? ¿Por qué no me lo cuentas?

—Pues… Ha pasado algo en la escuela —Nick bajó la vista—. Todos sabían que tenía que ir al hospital y, el último día, una niña de mi clase… —miró a su padre—. Suele ser muy callada y sensata. Bueno, cuando me marchaba, salió corriendo detrás de mí y me deseó buena suerte a gritos.

—¡Qué amable!

—Sí —Nick sonrió avergonzado—. El caso es que no hice nada. Fingí no haberla oído. Quería contestarle, pero seguí andando con la cabeza baja como un… como un…

—¿Zoquete?

—Sí.

—Y ahora desearías haberte comportado de otro modo.

El niño asintió y Gus tragó saliva para tratar de deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—Podrás hablar con ella cuando vuelvas.

—Si tengo el valor de hacerlo.

—Eres un niño valiente, no lo dudes —Gus sonrió—. Así que crees que yo, cuando era joven, no le dije lo correcto a tu madre.

—Probablemente.

Gus suspiró al recordar el día que había puesto a Freya en el tren y la desolación que sintió al ver, cuando el tren arrancó, que ella estaba llorando.

Si hubiera averiguado por qué, su vida habría sido muy distinta.

Tal vez no se hubiera licenciado en la universidad, ciertamente no hubiera ido a África ni hubiera intervenido en proyectos fascinantes en lugares remotos.

La vida de Freya también hubiera sido muy distinta. Había pasado muchos años luchando sola.

Al pensar en ello, Gus contempló la decisión de mantener el embarazo en secreto desde una perspectiva totalmente distinta.

La realidad era que, al dejarla embarazada, le había robado el futuro que ella planeaba. Y que, al permanecer callada, Freya le había permitido, como un regalo, tener el futuro al que él aspiraba.

—Tal vez tengas razón —le dijo a Nick—. Quizá lo de ser un zoquete sea cosa de familia.

Nick le sonrió, pero algo llamó su atención en la puerta.

—Hola, mamá.

Gus se giró e hizo una mueca de dolor. Al mirar a Freya supo que había escuchado al menos el final de la conversación.

Ella sonrió forzadamente al entrar.

—Es maravilloso ver que los dos os estáis recuperando tan deprisa.

Se sentó en el borde de la cama. A Gus le pareció que estaba increíblemente atractiva con los vaqueros y la chaqueta de punto que llevaba.

—Me he encontrado con Poppy y tu madre en el vestíbulo peleándose por una silla de ruedas.

Gus gimió.

—Mi madre está decidida a atarme a una de esas sillas y a pasearme como si fuera un bebé —puso una cara que hizo reír a Nick y después le guiñó el ojo—. Te estoy dando mal ejemplo, así que no me hagas caso —después se dirigió a Freya—. ¿Podrías acompañarme a mi habitación? Contigo estaré a salvo porque no me imagino a mi madre peleándose contigo para sentarme en esa maldita silla.

—Desde luego. Estaré encantada de ayudarte.

Le ardían las mejillas al ayudar a Gus a levantarse. Éste llevaba una bata encima del pijama y estaba un poco pálido y se movía con cuidado, pero nada de ello disminuía su masculinidad ni impedía que el corazón de ella latiera más deprisa.

Tras despedirse de Nick, salieron del brazo de la habitación. Ella se deleitó en la calidez de su cuerpo y en el olor de su loción para después del afeitado, que ya le resultaban familiares, pero que, añadiéndolos a la conversación que acaba de escuchar, acabaron abrumándola.

Se encontraron a Poppy en el pasillo.

—De buena te has librado, Gus. Una enfermera ha conseguido convencer a tu madre de que es deseable que los pacientes como tú se levanten y caminen lo antes posible, así que tu madre ha dejado la silla de ruedas.

—Bendita sea esa enfermera —dijo Gus.

Poppy dirigió a su hija una sonrisa radiante a la que Freya trató de no hacer caso. Su madre era casi peor que su hijo en lo que se refería a que Gus y ella volvieran a estar juntos.

Creyó que él la soltaría al haberse evaporado la amenaza de la silla de ruedas, pero le apretó el brazo con fuerza.

Freya se sintió emocionada, aunque también nerviosa y asustada. Una vez superado el trasplante, no sabía en qué punto se hallaba su relación y no quería hacerse ilusiones que después no se convirtieran en realidad.

No cabía esperar que el pobre Gus estuviera para romances después de todo lo que le había pasado. Estaba pálido y parecía agotado cuando por fin llegaron a su habitación.

—Tienes que descansar —le dijo Freya después de ayudarlo a acostarse y de haberle dado un vaso de agua.

—Estoy bien —le agarró la mano—. No te vayas, por favor. Apenas nos hemos visto y tengo que hablar contigo. Siéntate en la cama.

A pesar de que estaba segura de que necesitaba descansar. Freya se sentó preguntándose de qué querría hablarle. La noche anterior, después de hacer el amor, habían hablado del matrimonio de Gus, pero no de la relación entre ambos, pasada, presente o futura.

Hablaron de Nick y del alivio que suponía saber que lo peor había pasado.

—Te voy a echar de menos —dijo Gus acariciándole la mano.

Freya no supo si estaba contenta de que así fuera o triste porque Gus ya estaba pensando en marcharse.

—Todavía tardarás un tiempo en irte, ¿no?

—Mi plan es hacerlo la semana que viene.

—¿Tan pronto?

—A los médicos no les hace gracia, pero espero estar bien. Y tengo que volver.

Freya asintió mientras traba de sonreír.

—La gente de allí confía en mí. Y estoy decidido a cumplir lo que les he prometido. No podemos permitirnos más retrasos. El trabajo tiene que estar terminado para cuando comience la estación húmeda.

Era lógico, desde luego. Freya sabía desde el principio que había alejado a Gus de un proyecto importante, y él ya le había dado mucho, a ella y a Nick. No tenía derecho a sentirse decepcionada.

—Nick y yo tendremos que quedarnos aquí, en Brisbane, algunas semanas. Cuando le den el alta, tendrán que hacerle un análisis de sangre diario para comprobar que no hay rechazo.

—No te preocupes, Floss —le contestó él mientras le acariciaba la mejilla.

Floss, su antiguo apodo. A Freya le encantó que se acordase. Se sintió feliz. Lo único que necesitaba era que Gus le sonriera y la acariciara. Cerró los ojos y apretó la mejilla contra su mano.

—Para serte sincera, ya estoy harta de preocuparme. De ahora en adelante voy a tener una fe absoluta en que tu maravilloso regalo hará que Nick siempre esté bien.

—Por supuesto. Le he prometido que mantendremos el contacto.

—Eso supone mucho para él.

—Y con un poco de suerte habré acabado el trabajo para Navidad.

Faltaban seis semanas. Aunque ella sabía que pasarían volando, le parecía que era mucho tiempo de espera. Y no había garantías de que Gus volviera corriendo a Sugar Bay cuando estuviera libre de obligaciones.

—Supongo que tu familia espera que pases la Navidad con ellos —trató de no parecer desanimada.

—Probablemente —le acarició el lóbulo de la oreja—. Pero voy a tener que causarles una decepción. Un miembro muy importante de mi familia vive en Sugar Bay.

—Tal vez no debieras darle muchas esperanzas a Nick sobre esos días —dijo Freya en voz baja—. Por si acaso no puedes venir.

—Te preocupa que lo desilusione como hizo tu padre.

—No queremos otras navidades desastrosas.

—Te prometo que no le fallaré, Freya —deslizó la mano por detrás de su cuello y le acarició la nuca—. Ni tampoco a ti.

¿Qué quería decir exactamente?

Pero antes de que ella pudiera decidir cuál era la forma mejor de preguntárselo. Gus atrajo su cara hacia la de él. Freya observó en sus ojos una mezcla de pasión y ternura, y el corazón se le desbocó.

—Acércate —murmuró él—. Quiero besarte y no puedo si no te inclinas.

—¿Te duelen las costillas?

—Un poco.

—Sería mejor que no te excitaras —dijo ella inclinándose al mismo tiempo.

—Un poco de excitación es justamente lo que me ha prescrito el médico.

Sus narices estaban a punto de tocarse. Sus labios se rozaron. El cuerpo de Freya despedía chispas.

—¿Y por qué tendría que dejar que me besaras? —susurró ella.

—¡Por Dios! —gritó una voz femenina a sus espaldas—. ¡Se le van a saltar los puntos! ¿Qué demonios estás haciendo?

Freya dio un respingo y oyó que Gus lanzaba un gemido. Su madre entró en la habitación como un elefante en una cacharrería.

Freya quiso gemir como Gus. Había confirmado el mayor temor de Deirdre Wilder: era una fresca y una desvergonzada que trataba de llevar a su hijo a la perdición.

—Me parece increíble… —empezó a decir Deirdre.

—Mamá, por favor, ya basta. No somos niños.

La voz fría y autoritaria de Gus sorprendió a su madre, que

apretó los labios.

Freya se levantó muy digna. Miró a Gus a los ojos, donde leyó una disculpa.

—Como te decía —le dijo a Gus— necesitas descansar.

—No te preocupes, es lo que voy a hacer.

Freya sonrió.

—Entonces te dejo —sonrió a Deirdre y le dijo muy educadamente—: Buenos días, señora Wilder.

No obtuvo respuesta y salió de la habitación.

Una vez en el pasillo, se dedicó a recordar los detalles del tiempo que había pasado con Gus hasta el momento en que había estado a punto de besarla.

Sonrió y dio un saltito. Hacía muchos meses que no era tan feliz.

Gus miró a su madre directamente a los ojos.

—Lo siento, pero no puedes seguir así, mamá. ¿No te das cuenta de que exageras?

—Sólo me preocupo por ti. Freya se preocupa por Nick y yo lo hago por ti.

—Y te lo agradezco, pero no es sólo eso. Sigues teniendo un problema con Freya y Poppy, ¿verdad?

—Un problema con su estilo de vida. Siempre ha sido muy distinto del nuestro, muy poco formal.

—Pero reconocerás que Nick es un chico estupendo.

—Sí, cariño. Es adorable.

—Y se porta bien —añadió Gus— además de ser serio y valiente.

—Desde luego.

—Y debes recordar que no ha llegado a ser así por sí mismo: y sin embargo, nosotros no hemos intervenido en su educación.

Deirdre abrió la boca para hablar, pero la cerró como si hubiera cambiado de idea.

—Si Nick es así, se debe a Freya y Poppy —afirmó Gus—. Creo que Freya ha hecho un trabajo notable y me gustaría que fueras menos severa con ella.

Deirdre asintió con aire avergonzado.

Satisfecho, Gus cerró los ojos. Estaba exhausto. Fue quedándose dormido mientras pensaba en Freya, Nick y Poppy, en la eficaz unidad que formaban. Y se preguntó cómo iba a encajar en ella.

Pero la pregunta del millón era si debía intentarlo. ¿Y si volvía

con Freya y no salía bien? ¿No empeoraría eso las cosas para Nick? Era un riesgo importante. ¿Se atrevería a correrlo?

El cansancio lo rindió antes de hallar la respuesta.

Capítulo 11

Seis semanas eran mucho tiempo.

Después de doce años, separado de Freya, seis semanas le deberían parecer una nimiedad, pero Gus nunca se había sentido tan impaciente, y deseaba que el tiempo volara.

En lugar de ello, los días transcurrían con una lentitud desesperante.

El proyecto en el que trabajaba era muy interesante e importante para él, pero había dos personas a quienes llevaba en el corazón y de las que odiaba estar separado. De cualquier modo, ya había estado fuera varias semanas y tenía que acabar el proyecto antes de la estación húmeda, así que no podía ausentarse otra vez. Trabajaba día y noche para acabar a tiempo.

Pensaba en Nick constantemente. El destino le había jugado una extraña pasada y se sentía más unido a su hijo que la mayoría de los padres. Le llenaban de alegría sus llamadas y correos electrónicos en que le decía lo bien que se estaba recuperando.

En cuanto a Freya…

Gus pensaba demasiado en ella.

El pensamiento más recurrente era la increíble noche que habían pasado juntos. Revivía cada momento, empezando por la cena, cada mirada, cada sonrisa…

Recordaba el paseo por el río y el irresistible deseo que lo consumía. Y, después, la alegría de descubrir que era correspondido. Luego los besos, las caricias, los suspiros de placer y la apasionada y maravillosa intimidad.

La noche había sido tan perfecta como cuando eran jóvenes, pero mucho más conmovedora tras las vidas por separado que habían llevado.

También había otros recuerdos maravillosos desde el momento en que había vuelto a verla en Darwin hasta que se había despedido de él en el aeropuerto de Brisbane con ojos llorosos.

—Volveré antes de Navidad —le había dicho él mientras la volvía a besar—. Y volveré para estar un tiempo, así que Nick no tendrá que preocuparse.

A pesar de la presión laboral, Gus estaba totalmente decidido a cumplir su promesa. Quería a Nick. Y quería a Freya. La amaba con la certeza profunda e inevitable de la que había carecido en su matrimonio.

Y no iba a dejarla escapar por segunda vez.

Durante casi todo el mes de noviembre, Freya se sintió optimista. Nick estaba más fuerte cada día y cuando Gus hablaba con ella por teléfono o le mandaba un correo electrónico, estaba cariñoso y flirteaba con ella, por lo que estaba segura que sus sueños más preciados iban a hacerse realidad.

Lo único que deseaba era que el tiempo pasase más deprisa. No estaría totalmente tranquila y contenta hasta que volviera a ver a Gus, lo mirara a los ojos y viera que no albergaba falsas esperanzas.

También tenía momentos de duda, sobre todo cuando se acostaba y recordaba la vez anterior en que también habían estado separados seis semanas y lo mucho que había cambiado Gus en ese tiempo.

¿Volvería a pasar?

Se dijo que no, pero deseaba estar completamente segura. En realidad, sus esperanzas tenían una base muy endeble: los pocos días en Brisbane, días de emociones desbordadas en que nada que no fuera el hospital parecía real.

¿Había sido una estúpida al creer que le importaba tanto a Gus como él a ella? Si examinaba su relación reciente, sólo habían tenido una noche de amor. Una noche en que dos adultos, que previamente tenían una relación, se habían buscado en unos momentos de enormes necesidades emocionales.

Su antigua Historia con Gus no contaba, así que, salvo aquella única noche, el amor que ambos sentían por Nick había sido su única vinculación. Sobre esa base, ¿podía esperar que tuvieran un futuro, juntos?

La forma de vida de ambos era totalmente opuesta. No cabía esperar que Gus se adaptara a la vida tranquila de Sugar Bay ni que quisiera llevar consigo a una mujer y a un niño en sus viajes a lugares lejanos.

Aunque ya sabía todo eso, Freya se aferraba a sus esperanzas. Los momentos a solas con Gus habían sido muy especiales. Los recuerdos sobre sus besos, su voz y su sonrisa la perseguían día y

noche.

¡Ojalá pudiera estar segura! ¡Ojalá fuera ya Navidad!

Gus frunció el ceño al observar la pantalla del ordenador. Un enorme frente de bajas presiones cruzaba el océano índico y se dirigía al norte de Australia.

El cielo ya estaba cubierto y el aire era tan denso y pesado que la ropa se pegaba al cuerpo. Olía a la lluvia que no tardaría en llegar.

La avioneta que iba a sacarlo de allí llegaría al día siguiente, pero cuando comenzara a llover, la pista de aterrizaje se convertiría en un lodazal en cuestión de horas y sería imposible aterrizar.

Gus había hecho varias llamadas para localizar otra avioneta que pudiera llegar antes, pero no había tenido suerte.

Pensó en llamar a Freya para decirle que tal vez no pudiera marcharse de allí para Navidad.

Pero no podía hacerle eso, ni a Nick tampoco. Hallaría el medio de salir de allí, por lo que no había que preocuparlos sin necesidad.

Miró por las ventanas las nubes negras que se acercaban. Si se iba inmediatamente en la camioneta, tardaría en llegar un día a un aeropuerto en condiciones. Probablemente tendría que echar carreras a las crecidas de los arroyos, pero llegaría.

Tenía que hacerlo.

—No me voy a poner esos ridículos cuernos —Nick lanzó los cuernos, hechos de pasta de papel y terciopelo rojo, al otro lado de la habitación.

—¡Por Dios, Nick! —gritó Freya—. ¿Qué mosca te ha picado? Recógelos ahora mismo.

—¿Por qué? —con los brazos cruzados, Nick fulminó a su madre con la mirada—. No los necesito. No pienso ir a cantar villancicos. Son una estupidez y odio la Navidad.

—Sé que no lo dices en serio.

—Claro que sí.

El niño estaba a punto de echarse a llorar, pero se resistía fieramente. Freya se compadeció de él. Era descorazonador verlo tan triste cuando había estado tan bien. Todos los peligros del postoperatorio habían pasado y, aparte de no poder jugar al *rugby* y

de someterse a exámenes médicos regulares, su vida había vuelto a la normalidad. Y había estado deseando que llegara la Navidad.

¡Malditos fueran Gus y sus promesas!

Freya también tenía ganas de tirar algo, algo que hiciera mucho ruido al caer. ¿Cómo podía Gus haberles hecho eso?

De todos modos, no podía dejar que Nick se saliera con la suya.

—Me pediste que comprara los cuernos y he pagado una buena cantidad por ellos. Así que lo menos que puedes hacer es recogerlos.

Su actitud firme y tranquila dio resultado. Nick los recogió de mala gana, pero no demostró remordimiento alguno al mostrar a su madre que una de las puntas se había roto.

—Llévalos a la cocina y trataré de pegarla.

—¿Para qué?

Freya no se molestó en contestarle. Sabía lo frágil que se sentía Nick en el plano emocional.

Gus había elegido el peor momento para no aparecer. En los años anteriores, Nick se ponía en tensión la semana antes de Navidad. Los villancicos le traían amargos recuerdos porque, la noche en que su abuelo se había fugado, él estaba cantando en la playa con el grupo de socorristas de Sugar Bay.

Y ese año iba a ser mucho peor. Nick llevaba semanas, excitado y loco de alegría porque Gus iría a Sugar Bay, incluso le había dicho que llegaría una semana antes de Navidad.

Habían pasado cuatro días de esa fecha y Gus no se había disculpado ni dado explicaciones de su ausencia. Nick estaba destrozado: Freya, furiosa.

Y dolida.

Y confusa y decepcionada.

Suspiró y miró el árbol de Navidad que Nick y ella habían creado con ramas encontradas en la playa. Lo colocaron en un tiesto con arena y lo decoraron con guirnaldas y luces y los ángeles y figuras de Papá Noel que el niño había ido haciendo a lo largo de los años: un verdadero registro de todas las navidades desde que había empezado a ir a la escuela.

Debajo del árbol había un paquete envuelto en papel de rayas rojas y verdes en el Nick había escrito «Papá». Era un libro sobre leyendas de vampiros. Nick estaba muy orgulloso de haberlo encontrado en internet.

A pesar de que Freya había tratado de ocultar lo nerviosa que se sentía por la vuelta de Gus, estaba tan excitada como su hijo,

incluso más. Había ido a la peluquería a ponerse mechas y se había depilado las piernas. Y se había comprado ropa nueva y *sexy*.

Todo para impresionar a Gus.

Pero tenía que reconocer que había sido una estúpida.

No tenía ánimos para obligar a Nick a ir a cantar villancicos. El coro se las apañaría sin él. Por otro lado, su hijo desentonaba terriblemente, aunque cantaba con entusiasmo. Y la actuación era para fomentar el espíritu comunitario, no para demostrar cualidades como cantante.

—Bueno, casi parece nuevo —dijo ella mientras sostenía los cuernos que había arreglado—. Pero lo mejor será que llame a María y le diga que no vas a cantar esta noche. ¿Qué quieres hacer entonces? Podríamos ir a ver si las tortugas han empezado a hacer el nido.

Nick no se apresuró a aceptar la propuesta, lo cual sorprendió a Freya. Con el ceño fruncido, dijo con tristeza:

—Si no voy, los del coro creerán que les he fallado.

—Supongo que sí —Freya esperó a que su hijo le explicara su cambio de idea, pero no lo hizo—. Será mejor que nos vayamos. Si quieres ir a cantar, no debes llegar tarde.

Había una hermosa puesta de sol y la playa estaba bañada en una suave luz malva. El calor pegajoso había desaparecido y soplaba una brisa agradable. Las familias de Sugar Bay se acomodaban en la hierba del parque que llegaba hasta la arena.

Poppy estaba allí repartiendo velas. Se había montado un escenario y los niños con cuernos de ciervo o gorros de Papá Noel hacían cola a su lado.

—Ve —dijo Freya a su hijo y éste salió corriendo hacia la cola mientras se sujetaba los cuernos con la mano.

Freya puso un cojín en la hierba y se sentó. Como era natural, conocía a mucha gente y, en condiciones normales, se hubiera puesto a charlar con alguien, pero aquella noche no tenía ganas. Observó a Nick que saludaba con timidez a una niña muy guapa de pelo oscuro.

«Vaya, vaya», pensó. «¿Es Milla Matheson la razón de que, al final, Nick haya decidido venir?».

Su niño estaba creciendo.

En su vida se había sentido tan sola.

«Maldito seas, Gus», se dijo.

La luz se debilitaba rápidamente. Comenzaron a brillar algunas

velas como si fueran luciérnagas. El coro comenzó a subir al escenario.

Todo el mundo parecía contento, pero los ojos de Freya se llenaron de lágrimas. Temblaba y sabía que en cuanto los niños comenzaran a cantar se vendría abajo. Siempre le emocionaba ver lo que se esforzaban en agradar a sus familias, pero aquella noche no iba a poder soportarlo.

Se abrazó las rodillas y miró fijamente a Nick. Se dio cuenta de que la punta de los cuernos que le había pegado comenzaba a caerse.

«Cómo se parece a Gus», pensó, pero rápidamente desechó dicho pensamiento. «Es una suerte que esté bien. No tengo ningún motivo para sentirme desgraciada».

Pero sí muchos para estar enfadada. La directora del coro subió al escenario. Dio unos golpecitos al micrófono y sonrió al público.

Freya siguió mirando a Nick. Normalmente, su hijo le sonreía justo antes de empezar a cantar, pero esa noche miró a la chica de pelo oscuro que estaba en la fila de delante y luego a la multitud.

«Nick, no sigas buscando a Gus. Sólo conseguirás hacerte daño. Y hacérmelo a mí», pensó Freya. La directora alzó la batuta y Nick sonrió abiertamente.

El coro atacó *Jingle Bells*, pero Nick no cantaba. Sonreía y saludaba con la mano a alguien.

Freya dejó de llorar y comenzó a sentirse avergonzada. ¿Qué hacía su hijo? Se dio la vuelta para ver qué lo estaba distrayendo, pero estaba tan oscuro que no distinguía nada.

Y entonces, se quedó sin respiración.

Poppy, claramente visible a la luz de una farola, estaba en la parte de atrás del público. A su lado había una figura alta y masculina…

Gus.

El corazón de Freya le golpeó el pecho con fuerza.

Poppy señalaba hacia donde estaba Freya y Gus la escuchaba con atención. Después comenzó a abrirse paso entre la multitud en aquella dirección.

Freya trató de ponerse de pie, pero las piernas se negaron sostenerla. El corazón le latía como un caballo desbocado mientras veía la camisa blanca de Gus desplazándose a la luz de las velas.

No era de extrañar que Nick sonriera y se hubiera olvidado de cantar. Freya miró la ropa vieja que llevaba puesta y pensó en los

nuevos modelos que languidecían en su casa.

Trató de levantarse de nuevo y lo consiguió. Saludó a Gus con la mano y él le devolvió el saludo sonriendo.

Freya corrió, tropezando y disculpándose, hasta que consiguió salir de la multitud.

Por fin.

Gus la levantó y la abrazó con fuerza.

Freya experimentó una felicidad total y absoluta.

Jingle Bells acabó y el coro recibió un caluroso aplauso. Sólo entonces Freya recordó que debería estar enfadada con Gus.

—¿Dónde estabas? Nos dijiste que vendrías hace cuatro días.

—Ya lo sé. Lo siento.

Era difícil enfadarse cuando Gus le acariciaba el pelo y la besaba en la frente.

—La temporada húmeda se adelantó —explicó él—. El primer monzón nos pilló de sorpresa. La pista de aterrizaje estaba demasiado embarrada para que aterrizase la avioneta así que tuve que ir en coche hasta un aeropuerto en condiciones, pero los ríos y arroyos ya se habían desbordado, por lo que hubo más retrasos —le sonrió pícaramente—. He tenido que luchar contra riadas y cocodrilos para llegar hasta aquí.

Freya reconoció que las disculpas resultaban convincentes.

—¿No podías habernos avisado?

—No había líneas telefónicas: sólo se podían utilizar los móviles. Pero en buena parte de esa zona no hay cobertura. Era frustrante. Sabía que Nick se sentiría decepcionado.

—Pues sí. Y mucho.

—Cuando llegué a Darwin, estaba sin batería y tuve que darme prisa para tomar el avión. Así que me monté con la esperanza de darle una sorpresa.

—Se pondrá contentísimo —Freya no dejaba de sonreír. Allí estaban, hablando de Nick, que no podía estar más contento de lo que estaba ella.

—Parece que Nick está bien.

—Así es. Todo gracias a ti.

El coro comenzó a cantar de nuevo.

Gus abrazó a Freya por detrás. Se quedaron así, mirando y escuchando.

Freya se hubiera sentido totalmente tranquila si no tuviera tantas preguntas, miedos y esperanzas dándole vueltas en la cabeza.

¿Era ella tan importante para Gus como Nick?

Cuando acabó el segundo villancico, Gus le habló al oído.

—¿Cuánto dura la función?

—Una media hora. Después, Mel Crane, disfrazado de Papá Noel, llega en tractor repartiendo helados a los niños —se dio la vuelta en los brazos de Gus y le preguntó—: ¿Por qué? ¿Ya estás aburrido?

—No, pero me muero de ganas de estar a solas contigo.

El cuerpo de Freya se encendió como un árbol de Navidad. Fue una suerte que comenzara a sonar otro villancico.

Se dijo que no debía emocionarse en exceso. Al fin y al cabo, no era de extrañar que un hombre soltero y recién llegado de un lugar remoto quisiera estar a solas con una mujer.

Los niños acabaron de cantar y saludaron en medio de grandes aplausos. Gus y Freya, agarrados de la mano, se dirigieron hacia el escenario para saludar a Nick.

—¡Papá! —gritó el niño al tiempo que se abalanzaba hacia sus brazos.

Ambos sonrieron de alegría.

Gus le dijo a su hijo lo bien que habían cantado y luego comenzó a explicarle por qué se había retrasado tanto, pero Nick no le prestó mucha atención, ya que su padre estaba allí, que era lo único que le importaba.

Milla Matheson pasó a su lado y dedicó a Nick una sonrisa radiante. Él la saludó con la mano y, después, se puso de puntillas y le susurró algo a su padre.

Gus se volvió y miró disimuladamente a la niña mientras se alejaba. Luego asintió y guiñó el ojo a su hijo en señal de aprobación.

—¿Qué estáis murmurando? —preguntó Freya.

Nick parecía avergonzado y Gus se echó a reír.

—Cosas de hombres —y le pasó el brazo por el hombro a su hijo mientras atraía a Freya hacia sí—. Nick me ha señalado a una chica guapa de su clase.

—Ah —fue lo único que Freya consiguió articular. Cuando estaba tan cerca de Gus era como si el cerebro se le disolviera y no pudiera pensar en nada que no fuera él, en lo que sentía por él, en lo que deseaba que…

¿Estaría pidiendo demasiado?

Poppy llegó hasta donde estaban.

—¡Habéis cantado como los ángeles! —exclamó mientras abrazaba a su nieto. Sonrió a Freya y Gus—. ¿A que han cantado de maravilla?

—Sí —respondieron los dos.

—Y ahora llegan los helados —Poppy lanzó a Gus una mirada de complicidad.

—Sí —Gus tomó a Freya de la mano—. Y mientras Nick engulle unos cuantos voy a llevar a su madre a dar un paseo.

—¿No puedo ir con vosotros? —preguntó el niño.

—Creía que querías tomarte un helado.

Nick se encogió de hombros.

—El caso —prosiguió Gus— es que tengo que decirle a tu madre algo muy importante. Pero te prometo que no tardaremos mucho.

—Tardad lo que queráis —dijo Poppy—. A Nick y a mí no nos importa esperar, ¿verdad, Nick?

El niño estuvo a punto de mostrar su desacuerdo, pero algo en la expresión de Poppy le hizo cambiar de idea.

—Claro que no. Da igual lo que tardéis —afirmó sonriendo.

—Esos dos están sacando conclusiones precipitadas —dijo Freya a Gus mientras se alejaban de la multitud y se dirigían a la playa desierta.

Él se limitó a mirarla largamente a los ojos y a sonreírle mientras ella sentía que la cara le ardía.

Rápidamente trató de pensar en otra cosa.

—Si vamos a andar por la arena, será mejor que nos descalcemos.

—Buena idea.

Dejaron los zapatos al lado de un montón de piedras y caminaron hacia el agua. El mar estaba prácticamente en calma y había marea baja. La luna, casi llena, estaba saliendo.

Freya aspiró la brisa marina con la esperanza de calmarse.

Gus volvió a pasarle el brazo por los hombros.

—Es estupendo estar de vuelta. Esto es tan hermoso, hay tanta tranquilidad… Aquí me siento en paz.

—Por eso es un lugar de vacaciones tan popular.

Gus se detuvo.

—¿Qué te pasa?

—Lo que he dicho es una tontería. No es este lugar lo que me tranquiliza. He estado en miles de sitios hermosos y tranquilos y nunca me he sentido como lo hago cuando estoy contigo, Freya —le

agarró la otra mano—. En Brisbane, aunque la situación era dramática, cuando estaba contigo me sentía… no precisamente tranquilo, porque me pasaba el día deseándote, pero era feliz, profundamente feliz, como si llevara navegando mucho tiempo, perdido en el mar, y hubiera encontrado el sitio perfecto para echar amarras.

Se llevó las manos de ella, entrelazadas en las suyas, al pecho y las dejó allí.

Ella sintió los latidos de su corazón.

—Esperaba… que tal vez… te sintieras…

—Sí —susurró Freya—. Me siento extraordinariamente feliz cuando estoy contigo.

—Floss —su antiguo apodo quedó flotando en el aire mientras él la atraía hacia sí y la besaba.

Pasó mucho tiempo hasta que siguieron andando, agarrados por la cintura y sorteando las olas. Freya había dejado de preocuparse. Estaba exultante de felicidad.

—Estamos hechos el uno para el otro —afirmó Gus.

—Pero cometí un error garrafal al no decirte nada del bebé.

—Yo también tengo la culpa. Era un universitario engreído y no te di la oportunidad de explicarte. Pero eso pertenece al pasado. Ahora tenemos que mirar al futuro.

—¿Quieres decir…?

—Sí. Lo que quiero decir es que te quiero, Floss. Hace seis semanas que no pienso en nada más. Estaba deseando volver para pedirte que te cases conmigo.

A Freya le fallaron las piernas y dio un traspié.

Gus trató de sujetarla, pero ella se agarró a su camisa y le hizo perder el equilibrio. Cayeron a la arena y una ola les pasó por encima.

—¿Estás bien? —preguntó Gus.

—Sí —respondió ella riéndose sin poder remediarlo, a causa de la sorpresa. Llenos de arena y mojados, se abrazaron soltando risitas como si fueran adolescentes.

Vino otra ola y se volvieron a mojar, pero no les importó.

—No quería asustarte —dijo Gus mientras le apartaba un mechón de pelo mojado de la cara.

—No importa. Que te propongan matrimonio es el mejor de los sustos que te pueden dar.

—Pero no me has contestado.

—¿Ah, no? —Freya lo besó—. Pues me encantaría casarme contigo —y lo volvió a besar largamente—. Pero ¿qué vamos a hacer? ¿Tienes algún plan?

—¡Qué importa! Lo único que quiero, de momento, es que estemos los tres juntos. Me da igual dónde o lo que pase mientras seamos una familia.

—Me parece bien. Iría encantada a cualquier sitio donde estuvieras si Nick pudiera recibir una buena atención médica.

—Nos aseguraremos de que así sea —la atrajo hacia sí y comenzó a besarle la garganta—. Siempre te he considerado mi sirena —pero, de repente, se incorporó—. ¡Maldita sea! —exclamó mientras se palpaba los bolsillos.

—¿Has perdido algo? —le preguntó Freya mientras se sentaba también.

—Espero que no —trató de desabotonarse el bolsillo de la camisa empapada. Cuando lo consiguió, metió la mano—. Menos mal. Creía que se lo había llevado el agua.

—¿Qué es? ¿La cartera? ¿El móvil?

—Esto —dijo él mientras le ponía un anillo en el dedo.

—¡Oh! —Freya vio brillar la plata y los diamantes y una piedra oscura—. Un anillo de compromiso —susurró.

—No se ve bien con esta luz, pero la piedra es un zafiro que hace juego con tus ojos.

—Me encanta, Gus. Me gustaría aunque fuera de alambre de espino, pero éste es fabuloso.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó Poppy cuando por fin volvieron de la playa chorreando.

—Casi me ahogo al pedirle a Freya que se case conmigo.

Poppy y Nick comenzaron a gritar.

—Y casi nos hemos prometido bajo el agua —añadió Freya riéndose y mostrándoles el hermoso anillo.

La noticia provocó más reacciones de satisfacción. Nick se puso a bailar una danza guerrera y Poppy los abrazó a pesar de lo mojados que estaban.

Una semana después, tras haber pasado la Navidad más feliz de su vida, Gus le contó a Freya la sorpresa que se habían llevado sus

padres. Paseaban por la playa, como casi todas las tardes, llenos de felicidad, aún sin poderse creer que estar juntos fuera tan maravilloso. Nick iba corriendo delante de ellos con *Erizo*, al que lanzaba una pelota para que la recogiera.

—Mira este terreno —dijo Gus al tiempo que le señalaba una parcela doble frente al mar.

—Es fabuloso. El mejor terreno sin construir de Sugar Bay.

—Mi padre lo compró cuando vivíamos aquí. Tiene buen ojo para invertir.

—Espero que no se haya desprendido de él. Ahora tiene que valer una fortuna.

—Sigue siendo suyo —Gus sonrió—. Mis padres quieren dárnoslo como regalo de bodas.

Freya, totalmente sorprendida, tardó mucho en responder.

—Son muy generosos, pero… ¿Quieres construirte una casa aquí? ¿No te sentirías atado?

—Desde que mi padre me llamó el día de Navidad he estado concibiendo un plan. Quiero construir varias casitas para familias con hijos enfermos de gravedad. Sería un lugar tranquilo, de vacaciones, para que vinieran después de una operación o de recibir quimioterapia. Un lugar para que toda la familia se recuperara.

Freya negó con la cabeza.

—¿No te gusta la idea?

—Claro que me gusta. ¡Estoy asimilándola!

—Es lo que mejor sé hacer, Freya. Tengo experiencia y contactos.

—Y los dos sabemos lo que es tener un hijo gravemente enfermo.

—¿Así que cuento con tu apoyo?

—Totalmente —respondió ella con los ojos brillantes.

—Entonces podríamos quedarnos aquí, al menos hasta que Nick acabe la escuela. Tú seguirías con la galería y yo crearía una fundación para financiar las casitas, así como una página web para dar a conocer el proyecto y gestionar las reservas.

—Me parece perfecto —dijo Freya riéndose y abrazándolo—. No soy capaz de imaginarme nada mejor.

—Yo sí —contestó él abrazándola a su vez.

—¿El qué? —susurró ella mientras él comenzaba a besarla el hombro desnudo.

—Toda una vida contigo.

Mientras la volvía a besar, oyó el grito feliz de un niño, el ladrido de un perro y el sonido de las olas rompiendo en la orilla.

Fin